



REVISTA
Educación, Arte y Comunicación



Vol. 8 Nro. 2

ISSN: 2602-8174 / 1390-9029

Diciembre 2020
LOJA - ECUADOR



unl

Universidad
Nacional
de Loja

latindex



REVISTA ACADÉMICA INVESTIGATIVA Y CULTURAL

La Revista Educación, Arte y Comunicación (EAC) es una publicación semestral centrada en los estudios, reflexiones y aportaciones gnoseológicas y epistemológicas disciplinares e interdisciplinares vinculados con la Educación, el Arte y la Comunicación. Recibe artículos en español e inglés. En aquel, porque es la lengua mayoritaria que otorga identidad a la población lojana; en esta, porque actualmente es la lengua franca de las ciencias.

El interés del aporte científico de la revista está dirigido a la comunidad académica nacional e internacional. Este órgano divulgativo cuenta con grupos de revisores científicos externos e internos especializados en cada área y se ajusta al sistema de dobles pares ciegos.

La revista no solo espera llegar a lectores de diferentes talentos como docentes, comunicadores, psicólogos, artistas, humanistas; sino que también aspira a ofrecer respuestas y generar inquietud en torno a los temas que aborde y así contribuir con el enriquecimiento de la Educación, el Arte y la Comunicación.

URL: revistas.unl.edu.ec/index.php/eac

Vol. 8 Nro. 2

Diciembre, 2020

ISSN: 2602-8174 / 1390-9029

PERIODICIDAD: Semestral

Dirección: Av. Pío Jaramillo Alvarado y Reinaldo Espinosa,

La Argelia

PBX: (593) 07 - 2547252

www.unl.edu.ec

revistas.unl.edu.ec/index.php/eac

Correo electrónico: revista.feac@unl.edu.ec

Indizada/Resumida: Latindex

Folio: 24885

LOJA-ECUADOR

AUTORIDADES

Nikolay Aguirre Ph.D

Rector

Universidad Nacional de Loja

Mónica Pozo Ph.D

Vicerrectora

Universidad Nacional de Loja

Yovany Salazar Estrada Ph.D

Decano de la Facultad de la Educación, el arte y la comunicación



Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



EDITORIAL

¿Qué es el feminismo? ¿Cómo surgió?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿en qué condiciones? ¿Sobre quién debe recaer la autoría? ¿Quién acuñó los términos fundamentales? ¿Cuáles son sus hitos? ¿Quiénes sus representantes? Son preguntas que permiten varias contestaciones y siempre con suficientes cimientos porque todo dependerá del cristal con que se mire. Es una cualidad de las ciencias sociales: pese a las coincidencias, a una pregunta, múltiples respuestas.

De un ejercicio valorativo realizado frente a definiciones de feminismo, rescatamos dos perspectivas: una jurídica y otra cultural. La primera es más simple, se enfoca en derechos, predica que se reconozca la igualdad y se complace con la modificación de leyes. Y es válida e importante. La segunda es mucho más compleja. Se plantea crear conciencia y estructurar condiciones que transformen las relaciones sociales de modo que desaparezca cualquier clase de discriminación o violencia contra la mujer. Se trata de transformar mentalidades, que los miembros de una sociedad admitan como normal o natural una actitud femenina que antes le llamaba la atención, le parecía extraña, reprochable, etc. Conseguirlo es más embarazoso porque no se decreta; se practica y confía que, con el ejercicio habitual, llegue el cambio de mentalidad que suele darse con menos tropiezo en las generaciones menores porque su esquema socio-cognitivo de la normalidad se irá configurando de acuerdo con lo que observan. Obviamente, si además, estos recién iniciados en la socialización reciben formación abierta en torno al tema, se incrementa la posibilidad de aprobación de esta nueva mirada. Significa que transformar mentalidades exige tiempo, propagación y formar desde todas las esferas posibles.

Hasta aquí hemos aceptado que definir el feminismo no es tan sencillo, que cualquier intento de hacerlo podría calificarse de reduccionista. Igualmente, reconocemos que se ha intentado adelantar esta tarea porque así lo demanda la necesidad epistemológico que mueve al humano, pero también que la polémica seguirá en pie. Comprendemos, además, que es natural que ocurra dado que esta evaluación dependerá de factores culturales, sociales, políticos, ideológicos, psicológicos; pero también históricos. Por ejemplo, sacar a la luz un documento puede transformar conocidas explicaciones.



Convencidos de ello, hoy se presenta este monográfico integrado por escritos seculares de mujeres latinoamericanas que en distintos momentos y desde variados lugares han legado sus ideas reivindicativas con respeto a su derecho de ser y a hacer. Ellas consiguieron expresar sus argumentos sobre la base de la ética y de la condición humana a pesar de todas las condiciones adversas, a pesar de que se oponían, a veces, al poder oficial; otras, a la tradición vestida de presión social o religiosa.

Con esta entrega, esperamos que las palabras de Sor Juana Inés de la Cruz, de Manuela Saénz, de Dolores de Veintimilla, Carolina Muzilli y Gabriela Mistral sigan resonando como útiles testimonios de la voz femenina latinoamericana.

Por otro lado, con respeto a los aspectos formales de la escritura, puntualizamos que, como se trata de documentación histórica, siempre se respetó la ortografía original del texto fuente, que alterarla o actualizarla es como intervenir una obra de arte y le restaría valor a este legajo.

ÍNDICE

Sor Juana Inés de la Cruz: cuna del feminismo	08
Manuelita Sáenz: más que la libertadora del libertador	27
Dolores Veintimilla: ¿Y qué si yo digo...?	33
Carolina Muzilli: la tribuna de los derechos de la mujer	38
Gabriela Mistral: maestra y juglar de la maternidad	56



INDEX

Sor Juana Inés de la Cruz: cradle of feminism	08
Manuelita Saenz: more than the liberator of the liberator	27
Dolores Veintimilla: So what if I say...?	33
Carolina Muzilli: women's rights tribune	38
Gabriela Mistral: teacher and minstrel of motherhood	56

 RESUMEN

Juana Inés de Asbaje y Ramírez es el nombre de pila de Sor Juana Inés de la Cruz. Nació en Nueva España, en la población San Miguel de Nepantla en el año 1651? Dada la relevancia de su obra, en julio de 1945, el Congreso del Estado de México modificó oficialmente el nombre de este municipio. Desde entonces se conoce como Nepantla de Sor Juana Inés de la Cruz. Falleció, en 1695, a causa de una de las tantas pestes que eventualmente azotaban a las Indias Occidentales, se cree que fue el tifus. Esta escritora barroca es considerada la figura más sobresaliente de la literatura hispanoamericanas del siglo XVII. Es la undécima musa ya que Platón bautizó como la décima a Safo de Lesbos. Desde muy pequeña encontró su espíritu en las letras y para conservar su disfrute eligió el convento, le huyó al matrimonio que era el único y el otro destino, así lo sostiene en el texto en prosa que se ha seleccionado aquí: “para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación; a cuyo primer respeto (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola; de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros.” Para integrar esta revista se han escogido dos textos en el que queda manifiesta su mirada progresista, el derecho humano de la mujer, y a levantar su voz y ser oída como tal: su célebre redondilla *Hombres necios que acusáis* y su réplica al escrito elaborado por el obispo de Puebla, Fernández de Santa Cruz, con el título de *Carta de sor Filotea*.

Palabras clave: Juana Inés de la Cruz, siglo XVII, feminista, *Hombres necios que acusáis*, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*.

 ABSTRACT

Juana Inés de Asbaje y Ramírez is the given name of Sor Juana Inés de la Cruz. She was born in New Spain, in the town of San Miguel de Nepantla in 1651? Given the relevance of her work, in July 1945, the Congress of the State of Mexico officially changed the name of this municipality. Since then it has been known as Nepantla de Sor Juana Inés de la Cruz. She died in 1695 from one of the many plagues that eventually struck the West Indies, believed to be typhus. This baroque writer is considered the most outstanding figure of Hispanic American literature of the 17th century. She is the eleventh muse, as Plato named Sappho of Lesbos as the tenth. From a very young age she found her spirit in letters and to preserve her enjoyment she chose the convent, she fled from marriage, which was her only and other destiny, as she states in the prose text selected here: “for the total refusal I had to marriage, it was the least disproportionate and the most decent thing I could choose in the matter of the security I desired of my salvation; to whose first respect (as to the most important end) all the impertinences of my genius yielded and subjected the cervix, which were to want to live alone; of not wanting to have obligatory occupation that would embarrass the freedom of my study, nor community rumor that would impede the calm silence of my books. Two texts have been chosen for this journal in which her progressive outlook, the human right of women to raise their voices and to be heard as such, is manifested: her famous “*Redondilla Hombres necios que acusáis*” and her reply to the letter written by the bishop of Puebla, Fernández de Santa Cruz, entitled “*Carta de Sor Filotea*” (*Letter of Sister Filotea*).

Keywords: Juana Inés de la Cruz, seventeenth century, feminist, *Hombres necios que acusáis*, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*.



Hombres necios que acusáis

Hombres necios que acusáis
a la mujer, sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis;

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco,
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis, con presunción necia,
hallar a la que buscáis
para prentedida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión, ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis
que, con desigual nivel,
a una culpáis por cruel
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues como ha de estar
templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende,
y la que es fácil enfada?

Mas, entre el enfado y la pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejaos en hora buena.
Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?

¿O cuál es de más culpar,
aunque cualquiera mal haga;
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?

Pues, ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.



Respuesta a Sor Filotea de la Cruz

Sor Filotea de la Cruz:

Muy ilustre Señora, mi Señora: No mi voluntad, mi poca salud y mi justo temor han suspendido tantos días mi respuesta. ¿Qué mucho si, al primer paso, encontraba para tropezar mi torpe pluma dos imposibles? El primero (y para mí el más riguroso) es saber responder a vuestra doctísima, discretísima, santísima y amorosísima carta. Y si veo que preguntado el Ángel de las Escuelas, Santo Tomás, de su silencio con Alberto Magno, su maestro, respondió que callaba porque nada sabía decir digno de Alberto, con cuánta mayor razón callaría, no como el Santo, de humildad, sino que en la realidad es no saber algo digno de vos. El segundo imposible es saber agradecer tan excesivo como no esperado favor, de dar a las prensas mis borriones: merced tan sin medida que aun se le pasara por alto a la esperanza más ambiciosa y al deseo más fantástico; y que ni aun como ente de razón pudiera caber en mis pensamientos; y en fin, de tal magnitud que no solo no se puede estrechar a lo limitado de las voces, pero excede a la capacidad del agradecimiento, tanto por grande como por no esperado, que es lo que dijo Quintiliano: *Minorem spei, maiorem benefacti gloriam pereunt*. Y tal que enmudecen al beneficiado. Cuando la felizmente estéril para ser milagrosamente fecunda, madre del Bautista vio en su casa tan desproporcionada visita como la Madre del Verbo, se le entorpeció el entendimiento y se le suspendió el discurso; y así, en vez de agradecimientos, prorrumpió en dudas y preguntas: *Et unde hoc mihi? ¿De dónde a mí viene tal cosa? Lo mismo sucedió a Saúl cuando se vio electo y ungido rey de Israel: Numquid non filius Iemini ego sum de minima tribu Israel, et cognatio mea novissima inter omnes de tribu Benjamin? Quare igitur locutus es mihi sermonem istum? Así yo diré: ¿de dónde, venerable Señora, de dónde a mí tanto favor? ¿Por ventura soy más que una pobre monja, la más mínima criatura del mundo y la más indigna de ocupar vuestra atención? ¿Pues quare locutus es mihi sermonem istum? ¿Et unde hoc mihi?*

Ni al primer imposible tengo más que responder que no ser nada digno de vuestros ojos; ni al segundo más que admiraciones, en vez de

gracias, diciendo que no soy capaz de agradeceros la más mínima parte de lo que os debo. No es afectada modestia, Señora, sino ingenua verdad de toda mi alma, que al llegar a mis manos, impresa, la carta que vuestra propiedad llamó Atenagórica, prorrumpí (con no ser esto en mí muy fácil) en lágrimas de confusión, porque me pareció que vuestro favor no era más que una reconvención que Dios hace a lo mal que le correspondo; y que como a otros corrige con castigos, a mí me quiere reducir a fuerza de beneficios. Especial favor de que conozco ser su deudora, como de otros infinitos de su inmensa bondad; pero también especial modo de avergonzarme y confundirme: que es más primoroso medio de castigar hacer que yo misma, con mi conocimiento, sea el juez que me sentencie y condene mi ingratitud. Y así, cuando esto considero acá a mis solas, suelo decir: Bendito seáis vos, Señor, que no solo no quisisteis en manos de otra criatura el juzgarme, y que ni aun en la mía lo pusisteis, sino que lo reservasteis a la vuestra, y me librateis a mí de mí y de la sentencia que yo misma me daría –que, forzada de mi propio conocimiento, no pudiera ser menos que de condenación–, y vos la reservasteis a vuestra misericordia, porque me amáis más de lo que yo me puedo amar.

Perdonad, Señora mía, la digresión que me arrebató la fuerza de la verdad; y si la he de confesar toda, también es buscar efigios para huir la dificultad de responder, y casi me he determinado a dejarlo al silencio; pero como este es cosa negativa, aunque explica mucho con el énfasis de no explicar, es necesario ponerle algún breve rótulo para que se entienda lo que se pretende que el silencio diga; y si no, dirá nada el silencio, porque ése es su propio oficio: decir nada. Fue arrebatado el Sagrado Vaso de Elección al tercer Cielo, y habiendo visto los arcanos secretos de Dios dice: *Audivit arcana Dei, quae no licet homini loqui*. No dice lo que vio, pero dice que no lo puede decir; de manera que aquellas cosas que no se pueden decir, es menester decir siquiera que no se pueden decir, para que se entienda que el callar no es no haber qué decir, sino no caber en las voces lo mucho que hay que decir. Dice San Juan que si hubiera de escribir todas las maravillas que obró nuestro Redentor, no cupieran en todo el mundo los libros; y dice Vieyra, sobre este lugar, que en sola esta cláusula



dijo más el Evangelista que en todo cuanto escribió; y dice muy bien el Fénix Lusitano (pero ¿cuándo no dice bien, aun cuando no dice bien?), porque aquí dice San Juan todo lo que dejó de decir y expresó lo que dejó de expresar. Así, yo, Señora mía, solo responderé que no sé qué responder; solo agradeceré diciendo que no soy capaz de agradeceros; y diré, por breve rótulo de lo que dejo al silencio, que solo con la confianza de favorecida y con los valimientos de honrada, me puedo atrever a hablar con vuestra grandeza. Si fuere necesidad, perdonadla, pues es alhaja de la dicha, y en ella ministraré yo más materia a vuestra benignidad y vos daréis mayor forma a mi reconocimiento.

No se hallaba digno Moisés, por balbuciente, para hablar con Faraón, y, después, el verse tan favorecido de Dios, le infunde tales alientos, que no solo habla con el mismo Dios, sino que se atreve a pedirle imposibles: Ostende mihi faciem tuam. Pues así yo, Señora mía, ya no me parecen imposibles los que puse al principio, a vista de lo que me favorecéis; porque quien hizo imprimir la Carta tan sin noticia mía, quien la intituló, quien la costeó, quien la honró tanto (siendo de todo indigna por sí y por su autora), ¿qué no hará?, ¿qué no perdonará?, ¿qué dejará de hacer y qué dejará de perdonar? Y así, debajo del supuesto de que hablo con el salvoconducto de vuestros favores y debajo del seguro de vuestra benignidad, y de que me habéis, como otro Asuero, dado a besar la punta del cetro de oro de vuestro cariño en señal de concederme benévola licencia para hablar y proponer en vuestra venerable presencia, digo que recibo en mi alma vuestra santísima amonestación de aplicar el estudio a Libros Sagrados, que aunque viene en traje de consejo, tendrá para mí sustancia de precepto; con no pequeño consuelo de que aun antes parece que prevenía mi obediencia vuestra pastoral insinuación, como a vuestra dirección, inferido del asunto y pruebas de la misma Carta. Bien conozco que no cae sobre ella vuestra cuerdisima advertencia, sino sobre lo mucho que habréis visto de asuntos humanos que he escrito; y así, lo que he dicho no es más que satisfaceros con ella a la falta de aplicación que habréis inferido (con mucha razón) de otros escritos míos. Y hablando con más especialidad os confieso, con la ingenuidad que ante vos es debida y con la verdad y claridad que en mí siempre es natural y costumbre,

que el no haber escrito mucho de asuntos sagrados no ha sido desafición, ni de aplicación la falta, sino sobra de temor y reverencia debida a aquellas Sagradas Letras, para cuya inteligencia yo me conozco tan incapaz y para cuyo manejo soy tan indigna; resonándome siempre en los oídos, con no pequeño horror, aquella amenaza y prohibición del Señor a los pecadores como yo: Quare tu enarras iustitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum? Esta pregunta y el ver que aun a los varones doctos se prohibía el leer los Cantares hasta que pasaban de treinta años, y aun el Génesis: este por su oscuridad, y aquéllos porque de la dulzura de aquellos epitalamios no tomase ocasión la imprudente juventud de mudar el sentido en carnales afectos. Compruébalo mi gran Padre San Jerónimo, mandando que sea esto lo último que se estudie, por la misma razón: Ad ultimum sine periculo discat Canticum Canticorum, ne si in exordio legerit, sub carnalibus verbis spiritualium nuptiarum Epithalamium non intelligens, vulneretur; y Séneca dice: Teneris in annis haut clara est fides. Pues ¿cómo me atreviera yo a tomarlo en mis indignas manos, repugnándolo el sexo, la edad y sobre todo las costumbres? Y así confieso que muchas veces este temor me ha quitado la pluma de la mano y ha hecho retroceder los asuntos hacia el mismo entendimiento de quien querían brotar; el cual inconveniente no topaba en los asuntos profanos, pues una herejía contra el arte no la castiga el Santo Oficio, sino los discretos con risa y los críticos con censura; y esta, iusta vel iniusta, timenda non est, pues deja comulgar y oír misa, por lo cual me da poco o ningún cuidado; porque, según la misma decisión de los que lo calumnian, ni tengo obligación para saber ni aptitud para acertar; luego, si lo yerro, ni es culpa ni es descrédito. No es culpa, porque no tengo obligación; no es descrédito, pues no tengo posibilidad de acertar, y ad impossibilia nemo tenetur. Y, a la verdad, yo nunca he escrito sino violentada y forzada y solo por dar gusto a otros; no solo sin complacencia, sino con positiva repugnancia, porque nunca he juzgado de mí que tenga el caudal de letras e ingenio que pide la obligación de quien escribe; y así, es la ordinaria respuesta a los que me instan, y más si es asunto sagrado: ¿Qué entendimiento tengo yo, qué estudio, qué materiales, ni qué noticias para eso, sino cuatro bachillerías superficiales? Dejen eso para quien lo entienda, que yo no quiero ruido con



el Santo Oficio, que soy ignorante y tiemblo de decir alguna proposición malsonante o torcer la genuina inteligencia de algún lugar. Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino solo por ver si con estudiar ignoro menos. Así lo respondo y así lo siento.

El escribir nunca ha sido dictamen propio, sino fuerza ajena; que les pudiera decir con verdad: Vos me coegistis. Lo que sí es verdad que no negaré (lo uno porque es notorio a todos, y lo otro porque, aunque sea contra mí, me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad) que desde que me rayó la primera luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones –que he tenido muchas–, ni propias reflejas –que he hecho no pocas–, han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí: Su Majestad sabe por qué y para qué; y sabe que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento dejando solo lo que baste para guardar su Ley, pues lo demás sobra, según algunos, en una mujer; y aun hay quien diga, que daña. Sabe también Su Majestad que no consiguiendo esto, he intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento, y sacrificársele solo a quien me le dio; y que no otro motivo me entró en religión, no obstante que al desembarazo y quietud que pedía mi estudiosa intención eran repugnantes los ejercicios y compañía de una comunidad; y después, en ella, sabe el Señor, y lo sabe en el mundo quien solo lo debió saber, lo que intenté en orden a esconder mi nombre, y que no me lo permitió, diciendo que era tentación; y sí sería. Si yo pudiera pagaros algo de lo que os debo, Señora mía, creo que solo os pagara en contaros esto, pues no ha salido de mi boca jamás, excepto para quien debió salir. Pero quiero que con haberos franqueado de par en par las puertas de mi corazón, haciéndoos patentes sus más sellados secretos, conozcáis que no desdice de mi confianza lo que debo a vuestra venerable persona y excesivos favores.

Prosiguiendo en la narración de mi inclinación, de que os quiero dar entera noticia, digo que no había cumplido los tres años de mi edad cuando enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñase a leer en una de las que llaman Amigas, me

llevó a mí tras ella el cariño y la travesura; y viendo que la daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, la dije que mi madre ordenaba me diese lección. Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero, por complacer al donaire, me la dio. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia; y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto; y yo lo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden. Aún vive la que me enseñó (Dios la guarde), y puede testificarlo.

Acuérdome que en estos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer queso, porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo este tan poderoso en los niños. Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que deprenden las mujeres, oí decir que había Universidad y Escuelas en que se estudiaban las ciencias, en Méjico; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a Méjico, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad; ella no lo quiso hacer, e hizo muy bien, pero yo despiqué el deseo en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo; de manera que cuando vine a Méjico, se admiraban, no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar.

Empecé a deprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres –y más en tan florida juventud– es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta dónde llegaba antes, e imponiéndome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o tal cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedió así



que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa y yo aprendía despacio, y con efecto le cortaba en pena de la rudeza: que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno. Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales), muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación; a cuyo primer respeto (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola; de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros. Esto me hizo vacilar algo en la determinación, hasta que alumbrándome personas doctas de que era tentación, la vencí con el favor divino, y tomé el estado que tan indignamente tengo. Pensé yo que huía de mí misma, pero ¡miserable de mí! trájeme a mí conmigo y traje mi mayor enemigo en esta inclinación, que no sé determinar si por prenda o castigo me dio el Cielo, pues de apagarse o embarazarse con tanto ejercicio que la religión tiene, reventaba como pólvora, y se verificaba en mí el privatio est causa appetitus.

Volví (mal dije, pues nunca cesé); proseguí, digo, a la estudiosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestro que los mismos libros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro; pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa por amor de las letras. ¡Oh, si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado, cuánto hubiera merecido! Bien que yo procuraba elevarlo cuanto podía y dirigirlo a su servicio, porque el fin a que aspiraba era a estudiar Teología, pareciéndome menguada inhabilidad, siendo católica, no saber todo lo que en esta vida se puede alcanzar, por medios naturales, de los divinos misterios; y que siendo monja y no seglar, debía, por el estado eclesiástico, profesar letras; y más siendo hija de un San Jerónimo y de una Santa Paula, que era degenerar de tan doctos padres ser idiota la hija. Esto me proponía yo de mí misma

y me parecía razón; si no es que era (y eso es lo más cierto) lisonjear y aplaudir a mi propia inclinación, proponiéndola como obligatorio su propio gusto.

Con esto proseguí, dirigiendo siempre, como he dicho, los pasos de mi estudio a la cumbre de la Sagrada Teología; pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de las ciencias y artes humanas; porque ¿cómo entenderá el estilo de la Reina de las Ciencias quien aun no sabe el de las ancilas? ¿Cómo sin Lógica sabría yo los métodos generales y particulares con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo sin Retórica entendería sus figuras, tropos y locuciones? ¿Cómo sin Física, tantas cuestiones naturales de las naturalezas de los animales de los sacrificios, donde se simbolizan tantas cosas ya declaradas, y otras muchas que hay? ¿Cómo si el sanar Saúl al sonido del arpa de David fue virtud y fuerza natural de la música, o sobrenatural que Dios quiso poner en David? ¿Cómo sin Aritmética se podrán entender tantos cómputos de años, de días, de meses, de horas, de hebdómadas tan misteriosas como las de Daniel, y otras para cuya inteligencia es necesario saber las naturalezas, concordancias y propiedades de los números? ¿Cómo sin Geometría se podrán medir el Arca Santa del Testamento y la Ciudad Santa de Jerusalén, cuyas misteriosas mensuras hacen un cubo con todas sus dimensiones, y aquel repartimiento proporcional de todas sus partes tan maravilloso? ¿Cómo sin Arquitectura, el gran Templo de Salomón, donde fue el mismo Dios el artífice que dio la disposición y la traza, y el Sabio Rey solo fue sobrestante que la ejecutó; donde no había basa sin misterio, columna sin símbolo, cornisa sin alusión, arquitrabe sin significado; y así de otras sus partes, sin que el más mínimo filete estuviese solo por el servicio y complemento del Arte, sino simbolizando cosas mayores? ¿Cómo sin grande conocimiento de reglas y partes de que consta la Historia se entenderán los libros históricos? Aquellas recapitulaciones en que muchas veces se pospone en la narración lo que en el hecho sucedió primero. ¿Cómo sin grande noticia de ambos Derechos podrán entenderse los libros legales? ¿Cómo sin grande erudición tantas cosas de historias profanas, de que hace mención la Sagrada Escritura; tantas costumbres de gentiles, tantos ritos, tantas maneras de hablar? ¿Cómo sin muchas reglas y



lección de Santos Padres se podrá entender la oscura locución de los Profetas? Pues sin ser muy perito en la Música, ¿cómo se entenderán aquellas proporciones musicales y sus primores que hay en tantos lugares, especialmente en aquellas peticiones que hizo a Dios Abraham, por las Ciudades, de que si perdonaría habiendo cincuenta justos, y de este número bajó a cuarenta y cinco, que es sesquinona y es como de mi a re; de aquí a cuarenta, que es sesquioctava y es como de re a mi; de aquí a treinta, que es sesquitercia, que es la del diatesarón; de aquí a veinte, que es la proporción sesquiáltera, que es la del diapente; de aquí a diez, que es la dupla, que es el diapasón; y como no hay más proporciones armónicas no pasó de ahí? Pues ¿cómo se podrá entender esto sin Música? Allá en el Libro de Job le dice Dios: Numquid coniungere valebis micantes stellas Pleiadas, aut gyrum Arcturi poteris dissipare? Numquid producis Luciferum in tempore suo, et Vesperum super filios terrae consurgere facis?, cuyos términos, sin noticia de Astrología, será imposible entender. Y no solo estas nobles ciencias; pero no hay arte mecánica que no se mencione. Y en fin, cómo el Libro que comprende todos los libros, y la Ciencia en que se incluyen todas las ciencias, para cuya inteligencia todas sirven; y después de saberlas todas (que ya se ve que no es fácil, ni aun posible) pide otra circunstancia más que todo lo dicho, que es una continua oración y pureza de vida, para impetrar de Dios aquella purgación de ánimo e iluminación de mente que es menester para la inteligencia de cosas tan altas; y si esto falta, nada sirve de lo demás.

Del Angélico Doctor Santo Tomás dice la Iglesia estas palabras: In difficultatibus locorum Sacrae Scripturae ad orationem ieiunium adhibebat. Quin etiam sodali suo Fratri Reginaldo dicere solebat, quidquid sciret, non tam studio, aut labore suo peperisse, quam divinitus traditum accepisse. Pues yo, tan distante de la virtud y las letras, ¿cómo había de tener ánimo para escribir? Y así por tener algunos principios granjeados, estudiaba continuamente diversas cosas, sin tener para alguna particular inclinación, sino para todas en general; por lo cual, el haber estudiado en unas más que en otras, no ha sido en mí elección, sino que el acaso de haber topado más a mano libros de aquellas facultades les ha dado, sin arbitrio mío, la preferencia. Y como no tenía

interés que me moviese, ni límite de tiempo que me estrechase el continuado estudio de una cosa por la necesidad de los grados, casi a un tiempo estudiaba diversas cosas o dejaba unas por otras; bien que en eso observaba orden, porque a unas llamaba estudio y a otras diversión; y en estas descansaba de las otras: de donde se sigue que he estudiado muchas cosas y nada sé, porque las unas han embarazado a las otras. Es verdad que esto digo de la parte práctica en las que la tienen, porque claro está que mientras se mueve la pluma descansa el compás y mientras se toca el arpa sosiega el órgano, et sic de caeteris; porque como es menester mucho uso corporal para adquirir hábito, nunca le puede tener perfecto quien se reparte en varios ejercicios; pero en lo formal y especulativo sucede al contrario, y quisiera yo persuadir a todos con mi experiencia a que no solo no estorban, pero se ayudan dando luz y abriendo camino las unas para las otras, por variaciones y ocultos engarces —que para esta cadena universal les puso la sabiduría de su Autor—, de manera que parece se corresponden y están unidas con admirable trabazón y concierto. Es la cadena que fingieron los antiguos que salía de la boca de Júpiter, de donde pendían todas las cosas eslabonadas unas con otras. Así lo demuestra el R. P. Atanasio Quirqueiro en su curioso libro De Magnete. Todas las cosas salen de Dios, que es el centro a un tiempo y la circunferencia de donde salen y donde paran todas las líneas criadas.

Yo de mí puedo asegurar que lo que no entiendo en un autor de una facultad, lo suelo entender en otro de otra que parece muy distante; y esos propios, al explicarse, abren ejemplos metafóricos de otras artes: como cuando dicen los lógicos que el medio se ha con los términos como se ha una medida con dos cuerpos distantes, para conferir si son iguales o no; y que la oración del lógico anda como la línea recta, por el camino más breve, y la del retórico se mueve, como la corva, por el más largo, pero van a un mismo punto los dos; y cuando dicen que los expositores son como la mano abierta y los escolásticos como el puño cerrado. Y así no es disculpa, ni por tal la doy, el haber estudiado diversas cosas, pues estas antes se ayudan, sino que el no haber aprovechado ha sido ineptitud mía y debilidad de mi entendimiento, no culpa de la variedad. Lo que sí pudiera ser descargo mío es



el sumo trabajo no solo en carecer de maestro, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo solo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible; y en vez de explicación y ejercicio muchos estorbos, no solo los de mis religiosas obligaciones (que estas ya se sabe cuán útil y provechosamente gastan el tiempo) sino de aquellas cosas accesorias de una comunidad: como estar yo leyendo y antojárseles en la celda vecina tocar y cantar; estar yo estudiando y pelear dos criadas y venirme a constituir juez de su pendencia; estar yo escribiendo y venir una amiga a visitarme, haciéndome muy mala obra con muy buena voluntad, donde es preciso no solo admitir el embarazo, pero quedar agradecida del perjuicio. Y esto es continuamente, porque como los ratos que destino a mi estudio son los que sobran de lo regular de la comunidad, esos mismos les sobran a las otras para venirme a estorbar; y solo saben cuánta verdad es esta los que tienen experiencia de vida común, donde solo la fuerza de la vocación puede hacer que mi natural esté gustoso, y el mucho amor que hay entre mí y mis amadas hermanas, que como el amor es unión, no hay para él extremos distantes.

En esto sí confieso que ha sido inexplicable mi trabajo; y así no puedo decir lo que con envidia oigo a otros: que no les ha costado afán el saber. ¡Dichosos ellos! A mí, no el saber (que aún no sé), solo el desear saber me le ha costado tan grande que pudiera decir con mi Padre San Jerónimo (aunque no con su aprovechamiento): *Quid ibi laboris insumpserim, quid sustinuerim difficultatis, quoties desperaverim, quotiesque cessaverim et contentione discendi rursus inceperim; testis est conscientia, tam mea, qui passus sum, quam eorum qui mecum duxerunt vitam.* Menos los compañeros y testigos (que aun de ese alivio he carecido), lo demás bien puedo asegurar con verdad. ¡Y que haya sido tal esta mi negra inclinación, que todo lo haya vencido!

Solía sucederme que, como entre otros beneficios, debo a Dios un natural tan blando y tan afable y las religiosas me aman mucho por él (sin reparar, como buenas, en mis faltas) y con esto gustan mucho de mi compañía, conociendo esto y movida del grande amor que las tengo, con mayor motivo que ellas a mí, gusto más de la suya: así, me solía ir los

ratos que a unas y a otras nos sobaban, a consolarlas y recrearme con su conversación. Reparé que en este tiempo hacía falta a mi estudio, y hacía voto de no entrar en celda alguna si no me obligase a ello la obediencia o la caridad: porque, sin este freno tan duro, al de solo propósito le rompiera el amor; y este voto (conociendo mi fragilidad) le hacía por un mes o por quince días; y dando cuando se cumplía, un día o dos de treguas, lo volvía a renovar, sirviendo este día, no tanto a mi descanso (pues nunca lo ha sido para mí el no estudiar) cuanto a que no me tuviesen por áspera, retirada e ingrata al no merecido cariño de mis carísimas hermanas.

Bien se deja en esto conocer cuál es la fuerza de mi inclinación. Bendito sea Dios que quiso fuese hacia las letras y no hacia otro vicio, que fuera en mí casi insuperable; y bien se infiere también cuán contra la corriente han navegado (o por mejor decir, han naufragado) mis pobres estudios. Pues aún falta por referir lo más arduo de las dificultades; que las de hasta aquí solo han sido estorbos obligatorios y casuales, que indirectamente lo son; y faltan los positivos que directamente han tirado a estorbar y prohibir el ejercicio. ¿Quién no creará, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes? Pues Dios sabe que no ha sido muy así, porque entre las flores de esas mismas aclamaciones se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré contar, y los que más nocivos y sensibles para mí han sido, no son aquéllos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido, sino los que amándome y deseando mi bien (y por ventura, mereciendo mucho con Dios por la buena intención), me han mortificado y atormentado más que los otros, con aquel: “No conviene a la santa ignorancia que deben, este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura con su misma perspicacia y agudeza”. ¿Qué me habrá costado resistir esto? ¡Rara especie de martirio donde yo era el mártir y me era el verdugo!

Pues por la –en mí dos veces infeliz– habilidad de hacer versos, aunque fuesen sagrados, ¿qué pesadumbres no me han dado o cuáles no me han dejado de dar? Ciertamente, señora mía, que algunas veces me pongo a considerar que el que se señala –o le señala



Dios, que es quien solo lo puede hacer- es recibido como enemigo común, porque parece a algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen o que hace estanque de las admiraciones a que aspiraban, y así le persiguen.

Aquella ley políticamente bárbara de Atenas, por la cual salía desterrado de su república el que se señalaba en prendas y virtudes porque no tiranizase con ellas la libertad pública, todavía dura, todavía se observa en nuestros tiempos, aunque no hay ya aquel motivo de los atenienses; pero hay otro, no menos eficaz aunque no tan bien fundado, pues parece máxima del impío Maquiavelo: que es aborrecer al que se señala porque deslucen a otros. Así sucede y así sucedió siempre.

Y si no, ¿cuál fue la causa de aquel rabioso odio de los fariseos contra Cristo, habiendo tantas razones para lo contrario? Porque si miramos su presencia, ¿cuál prenda más amable que aquella divina hermosura? ¿Cuál más poderosa para arrebatarse los corazones? Si cualquiera belleza humana tiene jurisdicción sobre los albedríos y con blanda y apetecida violencia los sabe sujetar, ¿qué haría aquella con tantas prerrogativas y dotes soberanas? ¿Qué haría, qué movería y qué no haría y qué no movería aquella incomprendible beldad, por cuyo hermoso rostro, como por un terso cristal, se estaban transparentando los rayos de la Divinidad? ¿Qué no movería aquel semblante, que sobre incomparables perfecciones en lo humano, señalaba iluminaciones de divino? Si el de Moisés, de solo la conversación con Dios, era intolerable a la flaqueza de la vista humana, ¿qué sería el del mismo Dios humanado? Pues si vamos a las demás prendas, ¿cuál más amable que aquella celestial modestia, que aquella suavidad y blandura derramando misericordias en todos sus movimientos, aquella profunda humildad y mansedumbre, aquellas palabras de vida eterna y eterna sabiduría? Pues ¿cómo es posible que esto no les arrebatara las almas, que no fuesen enamorados y elevados tras él?

Dice la Santa Madre y madre mía Teresa, que después que vio la hermosura de Cristo quedó libre de poderse inclinar a criatura alguna, porque ninguna cosa veía que no fuese fealdad, comparada con aquella hermosura. Pues ¿cómo en los hombres

hizo tan contrarios efectos? Y ya que como toscos y viles no tuvieran conocimiento ni estimación de sus perfecciones, siquiera como interesables ¿no les moviera sus propias conveniencias y utilidades en tantos beneficios como les hacía, sanando los enfermos, resucitando los muertos, curando los endemoniados? Pues ¿cómo no le amaban? ¡Ay Dios, que por eso mismo no le amaban, por eso mismo le aborrecían! Así lo testificaron ellos mismos.

Júntanse en su concilio y dicen: Quid facimus, quia hic homo multa signa facit? ¿Hay tal causa? Si dijieran: este es un malhechor, un transgresor de la ley, un alborotador que con engaños alborota el pueblo, mintieran, como mintieron cuando lo decían; pero eran causales más congruentes a lo que solicitaban, que era quitarle la vida; mas dar por causal que hace cosas señaladas, no parece de hombres doctos, cuales eran los fariseos. Pues así es, que cuando se apasionan los hombres doctos prorrumpan en semejantes inconsecuencias. En verdad que solo por eso salió determinado que Cristo muriese. Hombres, si es que así se os puede llamar, siendo tan brutos, ¿por qué es esa tan cruel determinación? No responden más sino que multa signa facit. ¡Válgame Dios, que el hacer cosas señaladas es causa para que uno muera! Haciendo reclamo este multa signa facit a aquel: radix lesse, qui stat in signum populorum, y al otro: in signum cui contradicetur. ¿Por signo? ¡Pues muera! ¿Señalado? ¡Pues padezca, que eso es el premio de quien se señala!

Suelen en la eminencia de los templos colocarse por adorno unas figuras de los Vientos y de la Fama, y por defenderlas de las aves, las llenan todas de púas; defensa parece y no es sino propiedad forzosa: no puede estar sin púas que la puncen quien está en alto. Allí está la ojeriza del aire; allí es el rigor de los elementos; allí despican la cólera los rayos; allí es el blanco de piedras y flechas. ¡Oh infeliz altura, expuesta a tantos riesgos! ¡Oh signo que te ponen por blanco de la envidia y por objeto de la contradicción! Cualquiera eminencia, ya sea de dignidad, ya de nobleza, ya de riqueza, ya de hermosura, ya de ciencia, padece esta pensión; pero la que con más rigor la experimenta es la del entendimiento. Lo primero, porque es el más indefenso, pues la riqueza y el poder castigan a quien se les atreve, y el entendimiento no, pues mientras es



mayor es más modesto y sufrido y se defiende menos. Lo segundo es porque, como dijo doctamente Gracián, las ventajas en el entendimiento lo son en el ser. No por otra razón es el ángel más que el hombre que porque entiende más; no es otro el exceso que el hombre hace al bruto, sino solo entender; y así como ninguno quiere ser menos que otro, así ninguno confiesa que otro entiende más, porque es consecuencia del ser más. Sufrirá uno y confesará que otro es más noble que él, que es más rico, que es más hermoso y aun que es más docto; pero que es más entendido apenas habrá quien lo confiese: *Rarus est, qui velit cedere ingenio*. Por eso es tan eficaz la batería contra esta prenda.

Cuando los soldados hicieron burla, entretenimiento y diversión de Nuestro Señor Jesucristo, trajeron una púrpura vieja y una caña hueca y una corona de espinas para coronarle por rey de burlas. Pues ahora, la caña y la púrpura eran afrentosas, pero no dolorosas; pues ¿por qué solo la corona es dolorosa? ¿No basta que, como las demás insignias, fuese de escarnio e ignominia, pues ése era el fin? No, porque la sagrada cabeza de Cristo y aquel divino cerebro eran depósito de la sabiduría; y cerebro sabio en el mundo no basta que esté escarnecido, ha de estar también lastimado y maltratado; cabeza que es erario de sabiduría no espere otra corona que de espinas. ¿Cuál guirnalda espera la sabiduría humana si ve la que obtuvo la divina? Coronaba la soberbia romana las diversas hazañas de sus capitanes también con diversas coronas: ya con la cívica al que defendía al ciudadano; ya con la castrense al que entraba en los reales enemigos; ya con la mural al que escalaba el muro; ya con la obsidional al que libraba la ciudad cercada o el ejército sitiado o el campo o en los reales; ya con la naval, ya con la oval, ya con la triunfal otras hazañas, según refieren Plinio y Aulo Gelio; mas viendo yo tantas diferencias de coronas, dudaba de cuál especie sería la de Cristo, y me parece que fue obsidional, que (como sabéis, señora) era la más honrosa y se llamaba obsidional de obsidio, que quiere decir cerco; la cual no se hacía de oro ni de plata, sino de la misma grama o yerba que cría el campo en que se hacía la empresa. Y como la hazaña de Cristo fue hacer levantar el cerco al Príncipe de las Tinieblas, el cual tenía sitiada toda la tierra, como lo dice en el libro de Job: *Circuivi terram et ambulavi per*

eam y de él dice San Pedro: *Circuit, quaerens quem devoret*; y vino nuestro caudillo y le hizo levantar el cerco: *nunc princeps huius mundi eiicietur foras*, así los soldados le coronaron no con oro ni plata, sino con el fruto natural que producía el mundo que fue el campo de la lid, el cual, después de la maldición, *spinas et tribulos germinabit tibi*, no producía otra cosa que espinas; y así fue propísima corona de ellas en el valeroso y sabio vencedor con que le coronó su madre la Sinagoga; saliendo a ver el doloroso triunfo, como al del otro Salomón festivas, a este llorosas las hijas de Sión, porque es el triunfo de sabio obtenido con dolor y celebrado con llanto, que es el modo de triunfar la sabiduría; siendo Cristo, como rey de ella, quien estrenó la corona, porque santificada en sus sienes, se quite el horror a los otros sabios y entiendan que no han de aspirar a otro honor.

Quiso la misma Vida ir a dar la vida a Lázaro difunto; ignoraban los discípulos el intento y le replicaron: *Rabbi, nunc quaerebant te Iudaei lapidare, et iterum vadis illuc?* Satisfizo el Redentor el temor: *Nonne duodecim sunt horae diei?* Hasta aquí, parece que temían porque tenían el antecedente de quererle apedrear porque les había reprendido llamándoles ladrones y no pastores de las ovejas. Y así, temían que si iba a lo mismo (como las reprensiones, aunque sean tan justas, suelen ser mal reconocidas), corriese peligro su vida; pero ya desengañados y enterados de que va a dar vida a Lázaro, ¿cuál es la razón que pudo mover a Tomás para que tomando aquí los alientos que en el huerto Pedro: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo*. ¿Qué dices, apóstol santo? A morir no va el Señor, ¿de qué es el recelo? Porque a lo que Cristo va no es a reprender, sino a hacer una obra de piedad, y por esto no le pueden hacer mal. Los mismos judíos os podían haber asegurado, pues cuando los reconvino, queriéndole apedrear: *Multa bona opera ostendi vobis ex Patre meo, propter quod eorum opus me lapidatis?*, le respondieron: *De bono opere non lapidamus te, sed de blasphemia*. Pues si ellos dicen que no le quieren apedrear por las buenas obras y ahora va a hacer una tan buena como dar la vida a Lázaro, ¿de qué es el recelo o por qué? ¿No fuera mejor decir: Vamos a gozar el fruto del agradecimiento de la buena obra que va a hacer nuestro Maestro; a verle aplaudir y rendir gracias al beneficio; a ver las admiraciones que hacen



del milagro? Y no decir, al parecer una cosa tan fuera del caso como es: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo*. Mas ¡ay! que el Santo temió como discreto y habló como apóstol. ¿No va Cristo a hacer un milagro? Pues ¿qué mayor peligro? Menos intolerable es para la soberbia oír las reprensiones, que para la envidia ver los milagros. En todo lo dicho, venerable señora, no quiero (ni tal desatino cupiera en mí) decir que me han perseguido por saber, sino solo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras, no porque haya conseguido ni uno ni otro.

Hallábase el Príncipe de los Apóstoles, en un tiempo, tan distante de la sabiduría como pondera aquel enfático: *Petrus vero sequebatur eum a longe*; tan lejos de los aplausos de docto quien tenía el título de indiscreto: *Nesciens quid diceret*; y aun examinado del conocimiento de la sabiduría dijo él mismo que no había alcanzado la menor noticia: *Mulier, nescio quid dicis. Mulier, non novi illum*. Y ¿qué le sucede? Que teniendo estos créditos de ignorante, no tuvo la fortuna, sí las aflicciones, de sabio. ¿Por qué? No se dio otra causal sino: *Et hic cum illo erat*. Era afecto a la sabiduría, llevábale el corazón, andábase tras ella, preciábase de seguidor y amoroso de la sabiduría; y aunque era tan a longe que no le comprendía ni alcanzaba, bastó para incurrir sus tormentos. Ni faltó soldado de fuera que no le afligiese, ni mujer doméstica que no le aquejase. Yo confieso que me hallo muy distante de los términos de la sabiduría y que la he deseado seguir, aunque a longe. Pero todo ha sido acercarme más al fuego de la persecución, al crisol del tormento; y ha sido con tal extremo que han llegado a solicitar que se me prohíba el estudio.

Una vez lo consiguieron una prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de Inquisición y me mandó que no estudiase. Yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal. Nada veía sin refleja; nada oía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales; porque como no hay criatura, por baja que

sea, en que no se conozca el me fecit Deus, no hay alguna que no pame el entendimiento, si se considera como se debe. Así yo, vuelvo a decir, las miraba y admiraba todas; de tal manera que de las mismas personas con quienes hablaba, y de lo que me decían, me estaban resaltando mil consideraciones: ¿De dónde emanaría aquella variedad de genios e ingenios, siendo todos de una especie? ¿Cuáles serían los temperamentos y ocultas cualidades que lo ocasionaban? Si veía una figura, estaba combinando la proporción de sus líneas y mediándola con el entendimiento y reduciéndola a otras diferentes. Paseábame algunas veces en el testero de un dormitorio nuestro (que es una pieza muy capaz) y estaba observando que siendo las líneas de sus dos lados paralelas y su techo a nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una a otra y que su techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo: de donde infería que las líneas visuales corren rectas, pero no paralelas, sino que van a formar una figura piramidal. Y discurría si sería esta la razón que obligó a los antiguos a dudar si el mundo era esférico o no. Porque, aunque lo parece, podía ser engaño de la vista, demostrando concavidades donde pudiera no haberlas.

Este modo de reparos en todo me sucedía y sucede siempre, sin tener yo arbitrio en ello, que antes me suelo enfadar porque me cansa la cabeza; y yo creía que a todos sucedía esto mismo y el hacer versos, hasta que la experiencia me ha mostrado lo contrario; y es de tal manera esta naturaleza o costumbre, que nada veo sin segunda consideración. Estaban en mi presencia dos niñas jugando con un trompo, y apenas yo vi el movimiento y la figura, cuando empecé, con esta mi locura, a considerar el fácil moto de la forma esférica, y cómo duraba el impulso ya impreso e independiente de su causa, pues distante la mano de la niña, que era la causa motiva, bailaba el trompillo; y no contenta con esto, hice traer harina y cernerla para que, en bailando el trompo encima, se conociese si eran círculos perfectos o no los que describía con su movimiento; y hallé que no eran sino unas líneas espirales que iban perdiendo lo circular cuanto se iba remitiendo el impulso. Jugaban otras a los alfileres (que es el más frívolo juego que usa la puerilidad); yo me llegaba a contemplar las figuras que formaban; y viendo que acaso se pusieron tres en triángulo, me



ponía a enlazar uno en otro, acordándome de que aquella era la figura que dicen tenía el misterioso anillo de Salomón, en que había unas lejanas luces y representaciones de la Santísima Trinidad, en virtud de lo cual obraba tantos prodigios y maravillas; y la misma que dicen tuvo el arpa de David, y que por eso sanaba Saúl a su sonido; y casi la misma conservan las arpas en nuestros tiempos.

Pues ¿qué os pudiera contar, Señora, de los secretos naturales que he descubierto estando guisando? Veo que un huevo se une y fríe en la manteca o aceite y, por contrario, se despedaza en el almíbar; ver que para que el azúcar se conserve fluida basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria; ver que la yema y clara de un mismo huevo son tan contrarias, que en los unos, que sirven para el azúcar, sirve cada una de por sí y juntos no. Por no cansaros con tales frialdades, que solo refiero por daros entera noticia de mi natural y creo que os causará risa; pero, señora, ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupericio Leonardo, que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo decir viendo estas cosillas: Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito. Y prosiguiendo en mi modo de cogitaciones, digo que esto es tan continuo en mí, que no necesito de libros; y en una ocasión que, por un grave accidente de estómago, me prohibieron los médicos el estudio, pasé así algunos días, y luego les propuse que era menos dañoso el concedérmelos, porque eran tan fuertes y vehementes mis cogitaciones, que consumían más espíritus en un cuarto de hora que el estudio de los libros en cuatro días; y así se redujeron a concederme que leyese; y más, Señora mía, que ni aun el sueño se libró de este continuo movimiento de mi imaginativa; antes suele obrar en él más libre y desembarazada, confiriendo con mayor claridad y sosiego las especies que ha conservado del día, arguyendo, haciendo versos, de que os pudiera hacer un catálogo muy grande, y de algunas razones y delgadezas que he alcanzado dormida mejor que despierta, y las dejo por no cansaros, pues basta lo dicho para que vuestra discreción y trascendencia penetre y se entere perfectamente en todo mi natural y del principio, medios y estado de mis estudios.

Si estos, Señora, fueran méritos (como los veo por tales celebrar en los hombres), no lo hubieran sido en mí, porque obro necesariamente. Si son culpa, por la misma razón creo que no la he tenido; mas, con todo, vivo siempre tan desconfiada de mí, que ni en esto ni en otra cosa me fío de mi juicio; y así remito la decisión a ese soberano talento, sometiéndome luego a lo que sentenciare, sin contradicción ni repugnancia, pues esto no ha sido más de una simple narración de mi inclinación a las letras.

Confieso también que con ser esto verdad tal que, como he dicho, no necesitaba de ejemplares, con todo no me han dejado de ayudar los muchos que he leído, así en divinas como en humanas letras. Porque veo a una Débora dando leyes, así en lo militar como en lo político, y gobernando el pueblo donde había tantos varones doctos. Veo una sapientísima reina de Sabá, tan docta que se atreve a tentar con enigmas la sabiduría del mayor de los sabios, sin ser por ello reprendida, antes por ello será juez de los incrédulos. Veo tantas y tan insignes mujeres: unas adornadas del don de profecía, como una Abigaíl; otras de persuasión, como Ester; otras, de piedad, como Rahab; otras de perseverancia, como Ana, madre de Samuel; y otras infinitas, en otras especies de prendas y virtudes.

Si revuelvo a los gentiles, lo primero que encuentro es con las Sibilas, elegidas de Dios para profetizar los principales misterios de nuestra Fe; y en tan doctos y elegantes versos que suspenden la admiración. Veo adorar por diosa de las ciencias a una mujer como Minerva, hija del primer Júpiter y maestra de toda la sabiduría de Atenas. Veo una Pola Argentaria, que ayudó a Lucano, su marido, a escribir la gran Batalla Farsálica. Veo a la hija del divino Tiresias, más docta que su padre. Veo a una Cenobia, reina de los Palmirenos, tan sabia como valerosa. A una Arete, hija de Aristipo, doctísima. A una Nicostrata, inventora de las letras latinas y eruditísima en las griegas. A una Aspasia Milesia que enseñó filosofía y retórica y fue maestra del filósofo Pericles. A una Hipasia que enseñó astrología y leyó mucho tiempo en Alejandría. A una Leoncia, griega, que escribió contra el filósofo Teofrasto y le convenció. A una Jucia, a una Corina, a una Cornelia; y en fin a toda la gran turba de las que merecieron nombres, ya de griegas, ya de musas, ya de pitonisas; pues todas no fueron más que mujeres



doctas, tenidas y celebradas y también veneradas de la antigüedad por tales. Sin otras infinitas, de que están los libros llenos, pues veo aquella egipciaca Catarina, leyendo y convenciendo todas las sabidurías de los sabios de Egipto. Veo una Gertrudis leer, escribir y enseñar. Y para no buscar ejemplos fuera de casa, veo una santísima madre mía, Paula, docta en las lenguas hebrea, griega y latina y aptísima para interpretar las Escrituras. ¿Y qué más que siendo su cronista un Máximo Jerónimo, apenas se hallaba el Santo digno de serlo, pues con aquella viva ponderación y enérgica eficacia con que sabe explicarse dice: Si todos los miembros de mi cuerpo fuesen lenguas, no bastarían a publicar la sabiduría y virtud de Paula. Las mismas alabanzas le mereció Blesila, viuda; y las mismas la esclarecida virgen Eustoquio, hijas ambas de la misma Santa; y la segunda, tal, que por su ciencia era llamada Prodigio del Mundo. Fabiola, romana, fue también doctísima en la Sagrada Escritura. Proba Falconia, mujer romana, escribió un elegante libro con centones de Virgilio, de los misterios de Nuestra Santa Fe. Nuestra reina Doña Isabel, mujer del décimo Alfonso, es corriente que escribió de astrología. Sin otras que omito por no trasladar lo que otros han dicho (que es vicio que siempre he abominado), pues en nuestros tiempos está floreciendo la gran Cristina Alejandra, Reina de Suecia, tan docta como valerosa y magnánima, y las Excelentísimas señoras Duquesa de Aveyro y Condesa de Villaumbrosa.

El venerable Doctor Arce (digno profesor de Escritura por su virtud y letras), en su *Studio Bibliorum* excita esta cuestión: *An liceat foeminis sacrorum Bibliorum studio incumbere? eaque interpretari?* Y trae por la parte contraria muchas sentencias de santos, en especial aquello del Apóstol: *Mulieres in Ecclesiis taceant, non enim permittitur eis loqui, etc.* Trae después otras sentencias, y del mismo Apóstol aquel lugar ad Titum: *Anus similiter in habitu sancto, bene docentes, con interpretaciones de los Santos Padres; y al fin resuelve, con su prudencia, que el leer públicamente en las cátedras y predicar en los púlpitos, no es lícito a las mujeres; pero que el estudiar, escribir y enseñar privadamente, no solo les es lícito, pero muy provechoso y útil; claro está que esto no se debe entender con todas, sino con aquellas a quienes hubiere Dios dotado de especial virtud y*

*prudencia y que fueren muy provecas y eruditas y tuvieren el talento y requisitos necesarios para tan sagrado empleo. Y esto es tan justo que no solo a las mujeres, que por tan ineptas están tenidas, sino a los hombres, que con solo serlo piensan que son sabios, se había de prohibir la interpretación de las Sagradas Letras, en no siendo muy doctos y virtuosos y de ingenios dóciles y bien inclinados; porque de lo contrario creo yo que han salido tantos sectarios y que ha sido la raíz de tantas herejías; porque hay muchos que estudian para ignorar, especialmente los que son de ánimos arrogantes, inquietos y soberbios, amigos de novedades en la Ley (que es quien las rehusa); y así hasta que por decir lo que nadie ha dicho dicen una herejía, no están contentos. De estos dice el Espíritu Santo: *In malevolam animam non introibit sapientia.* A estos, más daño les hace el saber que les hiciera el ignorar. Dijo un discreto que no es necio entero el que no sabe latín, pero el que lo sabe está calificado. Y añado yo que le perfecciona (si es perfección la necesidad) el haber estudiado su poco de filosofía y teología y el tener alguna noticia de lenguas, que con eso es necio en muchas ciencias y lenguas: porque un necio grande no cabe en solo la lengua materna.*

A estos, vuelvo a decir, hace daño el estudiar, porque es poner espada en manos del furioso; que siendo instrumento nobilísimo para la defensa, en sus manos es muerte suya y de muchos. Tales fueron las Divinas Letras en poder del malvado Pelagio y del protervo Arrio, del malvado Lutero y de los demás heresiarcas, como lo fue nuestro Doctor (nunca fue nuestro ni doctor) Cazalla; a los cuales hizo daño la sabiduría porque, aunque es el mejor alimento y vida del alma, a la manera que en el estómago mal acompleccionado y de viciado calor, mientras mejores los alimentos que recibe, más áridos, fermentados y perversos son los humores que cría, así estos malévolos, mientras más estudian, peores opiniones engendran; obstrúyeseles el entendimiento con lo mismo que había de alimentarse, y es que estudian mucho y digieren poco, sin proporcionarse al vaso limitado de sus entendimientos. A esto dice el Apóstol: *Dico enim per gratiam quae data est mihi, omnibus qui sunt inter vos: Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem: et unicuique sicut Deus divisit mensuram fidei.* Y en verdad no lo dijo



el Apóstol a las mujeres, sino a los hombres; y que no es solo para ellas el taceant, sino para todos los que no fueren muy aptos. Querer yo saber tanto o más que Aristóteles o que San Agustín, si no tengo la aptitud de San Agustín o de Aristóteles, aunque estudie más que los dos, no solo no lo conseguiré sino que debilitaré y entorpeceré la operación de mi flaco entendimiento con la desproporción del objeto.

¡Oh si todos –y yo la primera, que soy una ignorante– nos tomásemos la medida al talento antes de estudiar, y lo peor es, de escribir con ambiciosa codicia de igualar y aun de exceder a otros, qué poco ánimo nos quedara y de cuántos errores nos excusáramos y cuántas torcidas inteligencias que andan por ahí no anduvieran! Y pongo las mías en primer lugar, pues si conociera, como debo, esto mismo no escribiera. Y protesto que solo lo hago por obedeceros; con tanto recelo, que me debéis más en tomar la pluma con este temor, que me debíades si os remitiera más perfectas obras. Pero, bien que va a vuestra corrección; borradlo, rompedlo y reprendedme, que eso apreciaré yo más que todo cuanto vano aplauso me pueden otros dar: Corripiet me iustus in misericordia, et increpabit: oleum autem peccatoris non impinguet caput meum.

Y volviendo a nuestro Arce, digo que trae en confirmación de su sentir aquellas palabras de mi Padre San Jerónimo (ad Laetam, de institutione filiae), donde dice: Adhuc tenera lingua psalmis dulcibus imbuatur. Ipsa nomina per quae consuescit paulatim verba contexere; non sint fortuita, sed certa, et coacervata de industria. Prophetarum videlicet, atque Apostolorum, et omnis ab Adam Patriarcharum series, de Matthaео, Lucaque descendat, ut dum aliud agit, futurae memoriae praeparetur. Reddat tibi pensum quotidie, de Scripturarum floribus carptum. Pues si así quería el Santo que se educase una niña que apenas empezaba a hablar, ¿qué querrá en sus monjas y en sus hijas espirituales? Bien se conoce en las referidas Eustoquio y Fabiola y en Marcela, su hermana Pacátula y otras a quienes el Santo honra en sus epístolas, exhortándolas a este sagrado ejercicio, como se conoce en la citada epístola donde noté yo aquel reddat tibi pensum, que es reclamo y concordante del bene docentes de San Pablo; pues el reddat tibi de mi gran Padre da a entender que la

maestra de la niña ha de ser la misma Leta su madre. ¡Oh cuántos daños se excusaran en nuestra república si las ancianas fueran doctas como Leta, y que supieran enseñar como manda San Pablo y mi Padre San Jerónimo! Y no que por defecto de esto y la suma flojedad en que han dado en dejar a las pobres mujeres, si algunos padres desean doctrinar más de lo ordinario a sus hijas, les fuerza la necesidad y falta de ancianas sabias, a llevar maestros hombres a enseñar a leer, escribir y contar, a tocar y otras habilidades, de que no pocos daños resultan, como se experimentan cada día en lastimosos ejemplos de desiguales consorcios, porque con la inmediatez del trato y la comunicación del tiempo, suele hacerse fácil lo que no se pensó ser posible. Por lo cual, muchos quieren más dejar bárbaras e incultas a sus hijas que no exponerlas a tan notorio peligro como la familiaridad con los hombres, lo cual se excusara si hubiera ancianas doctas, como quiere San Pablo, y de unas en otras fuese sucediendo el magisterio como sucede en el de hacer labores y lo demás que es costumbre.

Porque ¿qué inconveniente tiene que una mujer anciana, docta en letras y de santa conversación y costumbres, tuviese a su cargo la educación de las doncellas? Y no que estas o se pierden por falta de doctrina o por querérsela aplicar por tan peligrosos medios cuales son los maestros hombres, que cuando no hubiera más riesgo que la indecencia de sentarse al lado de una mujer verecunda (que aun se sonrosea de que la mire a la cara su propio padre) un hombre tan extraño, a tratarla con casera familiaridad y a tratarla con magistral llaneza, el pudor del trato con los hombres y de su conversación basta para que no se permitiese. Y no hallo yo que este modo de enseñar de hombres a mujeres pueda ser sin peligro, si no es en el severo tribunal de un confesonario o en la distante docencia de los púlpitos o en el remoto conocimiento de los libros, pero no en el manoseo de la inmediatez. Y todos conocen que esto es verdad; y con todo, se permite solo por el defecto de no haber ancianas sabias; luego es grande daño el no haberlas. Esto debían considerar los que atados al Mulieres in Ecclesia taceant, blasfeman de que las mujeres sepan y enseñen; como que no fuera el mismo Apóstol el que dijo: bene docentes. Demás de que aquella prohibición cayó sobre lo historial que refiere Eusebio, y es que en



la Iglesia primitiva se ponían las mujeres a enseñar las doctrinas unas a otras en los templos; y este rumor confundía cuando predicaban los apóstoles y por eso se les mandó callar; como ahora sucede, que mientras predica el predicador no se reza en alta voz.

No hay duda de que para inteligencia de muchos lugares es menester mucha historia, costumbres, ceremonias, proverbios y aun maneras de hablar de aquellos tiempos en que se escribieron, para saber sobre qué caen y a qué aluden algunas locuciones de las divinas letras. Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra, ¿no es alusión a la ceremonia que tenían los hebreos de rasgar los vestidos, en señal de dolor, como lo hizo el mal pontífice cuando dijo que Cristo había blasfemado? Muchos lugares del Apóstol sobre el socorro de las viudas ¿no miraban también a las costumbres de aquellos tiempos? Aquel lugar de la mujer fuerte: Nobilis in portis vir eius ¿no alude a la costumbre de estar los tribunales de los jueces en las puertas de las ciudades? El dare terram Deo ¿no significaba hacer algún voto? Hiemantes ¿no se llamaban los pecadores públicos, porque hacían penitencia a cielo abierto, a diferencia de los otros que la hacían en un portal? Aquella queja de Cristo al fariseo de la falta del ósculo y lavatorio de pies ¿no se fundó en la costumbre que de hacer estas cosas tenían los judíos? Y otros infinitos lugares no solo de las letras divinas sino también de las humanas, que se topan a cada paso, como el adorate purpuram, que significaba obedecer al rey; el manumittere eum, que significa dar libertad, aludiendo a la costumbre y ceremonia de dar una bofetada al esclavo para darle libertad. Aquel in tonitruo coelum, de Virgilio, que alude al agüero de tronar hacia occidente, que se tenía por bueno. Aquel tu nunquam leporem edisti, de Marcial, que no solo tiene el donaire de equívoco en el leporem, sino la alusión a la propiedad que decían tener la liebre. Aquel proverbio: Maleam legens, quae sunt domi obliviscere, que alude al gran peligro del promontorio de Laconia. Aquella respuesta de la casta matrona al pretensor molesto, de: “por mí no se untarán los quicios, ni arderán las teas”, para decir que no quería casarse, aludiendo a la ceremonia de untar las puertas con manteca y encender las teas nupciales en los matrimonios; como si ahora dijéramos: por mí no se gastarán arras ni echará bendiciones el cura. Y

así hay tanto comentario de Virgilio y de Homero y de todos los poetas y oradores. Pues fuera de esto, ¿qué dificultades no se hallan en los lugares sagrados, aun en lo gramatical, de ponerse el plural por singular, de pasar de segunda a tercera persona, como aquello de los Cantares: osculetur me osculo oris sui: quia meliora sunt ubera tua vino? Aquel poner los adjetivos en genitivo, en vez de acusativo, como Calicem salutaris accipiam? Aquel poner el femenino por masculino; y, al contrario, llamar adulterio a cualquier pecado?

Todo esto pide más lección de lo que piensan algunos que, de meros gramáticos, o cuando mucho con cuatro términos de Súmulas, quieren interpretar las Escrituras y se aferran del Mulieres in Ecclesiis taceant, sin saber cómo se ha de entender. Y de otro lugar: Mulier in silentio discat; siendo este lugar más en favor que en contra de las mujeres, pues manda que aprendan, y mientras aprenden claro está que es necesario que callen. Y también está escrito: Audi Israel, et tace; donde se habla con toda la colección de los hombres y mujeres, y a todos se manda callar, porque quien oye y aprende es mucha razón que atiende y calle. Y si no, yo quisiera que estos intérpretes y expositores de San Pablo me explicaran cómo entienden aquel lugar: Mulieres in Ecclesia taceant. Porque o lo han de entender de lo material de los púlpitos y cátedras, o de lo formal de la universalidad de los fieles, que es la Iglesia. Si lo entienden de lo primero (que es, en mi sentir, su verdadero sentido, pues vemos que, con efecto, no se permite en la Iglesia que las mujeres lean públicamente ni prediquen), ¿por qué reprenden a las que privadamente estudian? Y si lo entienden de lo segundo y quieren que la prohibición del Apóstol sea trascendentalmente, que ni en lo secreto se permita escribir ni estudiar a las mujeres, ¿cómo vemos que la Iglesia ha permitido que escriba una Gertrudis, una Teresa, una Brígida, la monja de Ágreda y otras muchas? Y si me dicen que estas eran santas, es verdad, pero no obsta a mi argumento; lo primero, porque la proposición de San Pablo es absoluta y comprende a todas las mujeres sin excepción de santas, pues también en su tiempo lo eran Marta y María, Marcela, María madre de Jacob, y Salomé, y otras muchas que había en el fervor de la primitiva Iglesia, y no las exceptúa; y ahora vemos que la Iglesia permite escribir a las mujeres santas y



no santas, pues la de Ágreda y María de la Antigua no están canonizadas y corren sus escritos; y ni cuando Santa Teresa y las demás escribieron, lo estaban: luego la prohibición de San Pablo solo miró a la publicidad de los púlpitos, pues si el Apóstol prohibiera el escribir, no lo permitiera la Iglesia. Pues ahora, yo no me atrevo a enseñar –que fuera en mí muy desmedida presunción–; y el escribir, mayor talento que el mío requiere y muy grande consideración. Así lo dice San Cipriano: *Gravi consideratione indigent, quae scribimus*. Lo que solo he deseado es estudiar para ignorar menos: que, según San Agustín, unas cosas se aprenden para hacer y otras para solo saber: *Discimus quaedam, ut sciamus; quaedam, ut faciamus*. Pues ¿en qué ha estado el delito, si aun lo que es lícito a las mujeres, que es enseñar escribiendo, no hago yo porque conozco que no tengo caudal para ello, siguiendo el consejo de Quintiliano: *Noscat quisque, et non tantum ex alienis praeceptis, sed ex natura sua capiat consilium?*

Si el crimen está en la Carta Atenagórica, ¿fue aquella más que referir sencillamente mi sentir con todas las venias que debo a nuestra Santa Madre Iglesia? Pues si ella, con su santísima autoridad, no me lo prohíbe, ¿por qué me lo han de prohibir otros? ¿Llevar una opinión contraria de Vieyra fue en mí atrevimiento, y no lo fue en su Paternidad llevarla contra los tres Santos Padres de la Iglesia? Mi entendimiento tal cual ¿no es tan libre como el suyo, pues viene de un solar? ¿Es alguno de los principios de la Santa Fe, revelados, su opinión, para que la hayamos de creer a ojos cerrados? Demás que yo ni falté al decoro que a tanto varón se debe, como acá ha faltado su defensor, olvidado de la sentencia de Tito Lucio: *Artes committatur decor; ni toqué a la Sagrada Compañía en el pelo de la ropa; ni escribí más que para el juicio de quien me lo insinuó; y según Plinio, non similis est conditio publicantis, et nominatim dicentis*. Que si creyera se había de publicar, no fuera con tanto desaliño como fue. Si es, como dice el censor, herética, ¿por qué no la delata? y con eso él quedará vengado y yo contenta, que aprecio, como debo, más el nombre de católica y de obediente hija de mi Santa Madre Iglesia, que todos los aplausos de docta. Si está bárbara –que en eso dice bien–, riase, aunque sea con la risa que dicen del conejo, que yo no le digo que me

aplauda, pues como yo fui libre para disentir de Vieyra, lo será cualquiera para disentir de mi dictamen.

Pero ¿dónde voy, Señora mía? Que esto no es de aquí, ni es para vuestros oídos, sino que como voy tratando de mis impugnadores, me acordé de las cláusulas de uno que ha salido ahora, e insensiblemente se deslizó la pluma a quererle responder en particular, siendo mi intento hablar en general. Y así, volviendo a nuestro Arce, dice que conoció en esta ciudad dos monjas: la una en el convento de Regina, que tenía el Breviario de tal manera en la memoria, que aplicaba con grandísima prontitud y propiedad sus versos, salmos y sentencias de homilias de los santos, en las conversaciones. La otra, en el convento de la Concepción, tan acostumbrada a leer las Epístolas de mi Padre San Jerónimo, y locuciones del Santo, de tal manera que dice Arce: *Hieronymum ipsum hispane loquentem audire me existimarem*. Y de esta dice que supo, después de su muerte, había traducido dichas Epístolas en romance; y se duele de que tales talentos no se hubieran empleado en mayores estudios con principios científicos, sin decir los nombres de la una ni de la otra, aunque las trae para confirmación de su sentencia, que es que no solo es lícito, pero utilísimo y necesario a las mujeres el estudio de las sagradas letras, y mucho más a las monjas, que es lo mismo a que vuestra discreción me exhorta y a que concurren tantas razones.

Pues si vuelvo los ojos a la tan perseguida habilidad de hacer versos —que en mí es tan natural, que aun me violento para que esta carta no lo sean, y pudiera decir aquello de *Quidquid conabar dicere, versus erat*—, viéndola condenar a tantos tanto y acriminar, he buscado muy de propósito cuál sea el daño que puedan tener, y no le he hallado; antes sí los veo aplaudidos en las bocas de las Sibilas; santificados en las plumas de los Profetas, especialmente del Rey David, de quien dice el gran expositor y amado Padre mío, dando razón de las mensuras de sus metros: *In morem Flacci et Pindari nunc iambo currit, nunc alcaico personat, nunc sapphico tumet, nunc semipede ingreditur*. Los más de los libros sagrados están en metro, como el Cántico de Moisés; y los de Job, dice San Isidoro, en sus Etimologías, que están en verso heroico. En los Epitalamios los escribió Salomón; en los Trenos, Jeremías. Y así dice Casiodoro: *Omnis poetica*



locutio a Divinis scripturis sumpsit exordium. Pues nuestra Iglesia Católica no solo no los desdeña, mas los usa en sus Himnos y recita los de San Ambrosio, Santo Tomás, de San Isidoro y otros. San Buenaventura les tuvo tal afecto que apenas hay plana suya sin versos. San Pablo bien se ve que los había estudiado, pues los cita, y traduce el de Arato: In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus, y alega el otro de Parménides: Cretenses semper mendaces, malae bestiae, pigri. San Gregorio Nacianceno disputa en elegantes versos las cuestiones de Matrimonio y la de la Virginidad. Y ¿qué me canso? La Reina de la Sabiduría y Señora nuestra, con sus sagrados labios, entonó el Cántico de la Magnificat; y habiéndola traído por ejemplar, agravio fuera traer ejemplos profanos, aunque sean de varones gravísimos y doctísimos, pues esto sobra para prueba; y el ver que, aunque como la elegancia hebrea no se pudo estrechar a la mensura latina, a cuya causa el traductor sagrado, más atento a lo importante del sentido, omitió el verso, con todo, retienen los Salmos el nombre y divisiones de versos; pues ¿cuál es el daño que pueden tener ellos en sí? Porque el mal uso no es culpa del arte, sino del mal profesor que los vicia, haciendo de ellos lazos del demonio; y esto en todas las facultades y ciencias sucede.

Pues si está el mal en que los use una mujer, ya se ve cuántas los han usado loablemente; pues ¿en qué está el serlo yo? Confieso desde luego mi ruindad y vileza; pero no juzgo que se habrá visto una copla mía indecente. Demás, que yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos; de tal manera, que no me acuerdo haber escrito por mi gusto sino es un papelillo que llaman El Sueño. Esa carta que vos, Señora mía, honrasteis tanto, la escribí con más repugnancia que otra cosa; y así porque era de cosas sagradas a quienes (como he dicho) tengo reverente temor, como porque parecía querer impugnar, cosa a que tengo aversión natural. Y creo que si pudiera haber prevenido el dichoso destino a que nacía –pues, como a otro Moisés, la arrojé expósita a las aguas del Nilo del silencio, donde la halló y acarició una princesa como vos–; creo, vuelvo a decir, que si yo tal pensara, la ahogara antes entre las mismas manos en que nacía, de miedo de que pareciesen a la luz de vuestro saber los torpes borrones de mi ignorancia. De donde se conoce la

grandeza de vuestra bondad, pues está aplaudiendo vuestra voluntad lo que precisamente ha de estar repugnando vuestro clarísimo entendimiento. Pero ya que su ventura la arrojó a vuestras puertas, tan expósita y huérfana que hasta el nombre le pusisteis vos, pésame que, entre más deformidades, llevase también los defectos de la prisa; porque así por la poca salud que continuamente tengo, como por la sobra de ocupaciones en que me pone la obediencia, y carecer de quien me ayude a escribir, y estar necesitada a que todo sea de mi mano y porque, como iba contra mi genio y no quería más que cumplir con la palabra a quien no podía desobedecer, no veía la hora de acabar; y así dejé de poner discursos enteros y muchas pruebas que se me ofrecían, y las dejé por no escribir más; que, a saber que se había de imprimir, no las hubiera dejado, siquiera por dejar satisfechas algunas objeciones que se han excitado, y pudiera remitir, pero no seré tan desatenta que ponga tan indecentes objetos a la pureza de vuestros ojos, pues basta que los ofenda con mis ignorancias, sin que los remita a ajenos atrevimientos. Si ellos por sí volaren por allá (que son tan livianos que sí harán), me ordenaréis lo que debo hacer; que, si no es interviniendo vuestros preceptos, lo que es por mi defensa nunca tomaré la pluma, porque me parece que no necesita de que otro le responda, quien en lo mismo que se oculta conoce su error, pues, como dice mi Padre San Jerónimo, bonus sermo secreta non quaerit, y San Ambrosio: latere criminosa est conscientiae. Ni yo me tengo por impugnada, pues dice una regla del Derecho: Accusatio non tenetur si non curat de persona, quae produxerit illam. Lo que sí es de ponderar es el trabajo que le ha costado el andar haciendo traslados. ¡Rara demencia: cansarse más en quitarse el crédito que pudiera en granjearlo! Yo, Señora mía, no he querido responder; aunque otros lo han hecho, sin saberlo yo: basta que he visto algunos papeles, y entre ellos uno que por docto os remito y porque el leerle os desquite parte del tiempo que os he malgastado en lo que yo escribo. Si vos, Señora, gustáredes de que yo haga lo contrario de lo que tenía propuesto a vuestro juicio y sentir, al menor movimiento de vuestro gusto cederá, como es razón, mi dictamen que, como os he dicho, era de callar, porque aunque dice San Juan Crisóstomo: calumniatores convincere oportet, interrogatores docere, veo que también dice San Gregorio: Victoria



non minor est, hostes tolerare, quam hostes vincere; y que la paciencia vence tolerando y triunfa sufriendo. Y si entre los gentiles romanos era costumbre, en la más alta cumbre de la gloria de sus capitanes –cuando entraban triunfando de las naciones, vestidos de púrpura y coronados de laurel, tirando el carro, en vez de brutos, coronadas frentes de vencidos reyes, acompañados de los despojos de las riquezas de todo el mundo y adornada la milicia vencedora de las insignias de sus hazañas, oyendo los aplausos populares en tan honrosos títulos y renombres como llamarlos Padres de la Patria, Columnas del Imperio, Muros de Roma, Amparos de la República y otros nombres gloriosos–, que en este supremo auge de la gloria y felicidad humana fuese un soldado, en voz alta diciendo al vencedor, como con sentimiento suyo y orden del Senado: Mira que eres mortal; mira que tienes tal y tal defecto; sin perdonar los más vergonzosos, como sucedió en el triunfo de César, que voceaban los más viles soldados a sus oídos: Cavete romani, adducimus vobis adulterum calvum. Lo cual se hacía porque en medio de tanta honra no se desvaneciese el vencedor, y porque el lastre de estas afrentas hiciese contrapeso a las velas de tantos aplausos, para que no peligrase la nave del juicio entre los vientos de las aclamaciones. Si esto, digo, hacían unos gentiles, con sola la luz de la Ley Natural, nosotros, católicos, con un precepto de amar a los enemigos, ¿qué mucho haremos en tolerarlos? Yo de mí puedo asegurar que las calumnias algunas veces me han mortificado, pero nunca me han hecho daño, porque yo tengo por muy necio al que teniendo ocasión de merecer, pasa el trabajo y pierde el mérito, que es como los que no quieren conformarse al morir y al fin mueren sin servir su resistencia de excusar la muerte, sino de quitarles el mérito de la conformidad, y de hacer mala muerte la muerte que podía ser bien. Y así, Señora mía, estas cosas creo que aprovechan más que dañan, y tengo por mayor el riesgo de los aplausos en la flaqueza humana, que suelen apropiarse lo que no es suyo, y es menester estar con mucho cuidado y tener escritas en el corazón aquellas palabras del Apóstol: Quid autem habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?, para que sirvan de escudo que resista las puntas de las alabanzas, que son lanzas que, en no atribuyéndose a Dios, cuyas son, nos quitan la vida y nos hacen ser ladrones de la honra de Dios y usurpadores de los

talentos que nos entregó y de los dones que nos prestó y de que hemos de dar estrechísima cuenta. Y así, Señora, yo temo más esto que aquello; porque aquello, con solo un acto sencillo de paciencia, está convertido en provecho; y esto, son menester muchos actos reflexos de humildad y propio conocimiento para que no sea daño. Y así, de mí lo conozco y reconozco que es especial favor de Dios el conocerlo, para saberme portar en uno y en otro con aquella sentencia de San Agustín: Amico laudanti credendum non est, sicut nec inimico detrahenti. Aunque yo soy tal que las más veces lo debo de echar a perder o mezclarlo con tales defectos e imperfecciones, que vicio lo que de suyo fuera bueno. Y así, en lo poco que se ha impreso mío, no solo mi nombre, pero ni el consentimiento para la impresión ha sido dictamen propio, sino libertad ajena que no cae debajo de mi dominio, como lo fue la impresión de la Carta Atenagórica; de suerte que solamente unos Ejercicios de la Encarnación y unos Ofrecimientos de los Dolores, se imprimieron con gusto mío por la pública devoción, pero sin mi nombre; de los cuales remito algunas copias, porque (si os parece) los repartáis entre nuestras hermanas las religiosas de esa santa comunidad y demás de esa ciudad. De los Dolores va solo uno porque se han consumido ya y no pude hallar más. Hícelos solo por la devoción de mis hermanas, años ha, y después se divulgaron; cuyos asuntos son tan improporcionados a mi tibieza como a mi ignorancia, y solo me ayudó en ellos ser cosas de nuestra gran Reina: que no sé qué se tiene el que en tratando de María Santísima se enciende el corazón más helado. Yo quisiera, venerable Señora mía, remitiros obras dignas de vuestra virtud y sabiduría; pero como dijo el Poeta:

*Ut desint vires, tamen est laudanda voluntas:
hac ego contentos, auguror esse Deos.*

Si algunas otras cosillas escribiere, siempre irán a buscar el sagrado de vuestras plantas y el seguro de vuestra corrección, pues no tengo otra alhaja con que pagaros, y en sentir de Séneca, el que empezó a hacer beneficios se obligó a continuarlos; y así os pagará a vos vuestra propia liberalidad, que solo así puedo yo quedar dignamente desempeñada, sin que caiga en mí aquello del mismo Séneca: Turpe est beneficiis vinci.



Que es bizarría del acreedor generoso dar al deudor pobre, con que pueda satisfacer la deuda. Así lo hizo Dios con el mundo imposibilitado de pagar: diole a su Hijo propio para que se le ofreciese por digna satisfacción.

Si el estilo, venerable Señora mía, de esta carta, no hubiere sido como a vos es debido, os pido perdón de la casera familiaridad o menos autoridad de que tratándoos como a una religiosa de velo, hermana mía, se me ha olvidado la distancia de vuestra ilustrísima persona, que a veros yo sin velo, no sucediera así; pero vos, con vuestra cordura y benignidad, supliréis o enmendaréis los términos, y si os pareciere incongruo el Vos de que yo he usado por parecerme que para la reverencia que os debo es muy poca reverencia la Reverencia, mudadlo en el que os pareciere decente a lo que vos merecéis, que yo no me he atrevido a exceder de los límites de vuestro estilo ni a romper el margen de vuestra modestia.

Y mantenedme en vuestra gracia, para impetrarme la divina, de que os conceda el Señor muchos aumentos y os guarde, como le suplico y he menester. De este convento de N. Padre San Jerónimo de Méjico, a primero día del mes de marzo de mil seiscientos y noventa y un años. B. V. M. vuestra más favorecida

Juana Inés de la Cruz

BIBLIOGRAFÍA

- Campoamor, C. (2021). *Sor Juana Inés de la Cruz. Renacimiento*.
- López Poza, S. (2018). La erudición de Sor Juana Inés de la Cruz en su “Neptuno alegórico”. *La Perinola*, 7, 241-270. <https://doi.org/10.15581/017.7.28079>
- Paz, O. (2001). *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. En *Obras completas Edición del autor*. <https://n9.cl/yqqpot>
- Xirau, R. (1997). *Genio y figura de sor Juana Inés de la Cruz*. Universidad Nacional Autónoma de México / Colegio de México.



Manuelita Sáenz: más que la libertadora del libertador

Manuelita Saenz: more than the liberator of the liberator

RESUMEN

Manuela Sáenz y Aizpuru o Sáenz de Thorne -más conocida como Manuelita Sáenz- nació en Quito cuando finalizaba el año 1797 y falleció en Paita, Perú, cuando concluía el 1856. Aunque por algún tiempo la sociedad pretérita pudo querer encasillarla como la temeraria y caprichosa amante de Bolívar, la historia actual le otorga el lugar que se merece como mujer adelantada a su tiempo, amante de la libertad latinoamericana y del derecho femenino no solo a ser, sino a hacer y a (des)hacer. Para este monográfico se han escogido 4 de sus epístolas, suscritas a causa de diversos eventos: En la primera le comunica a su esposo James Thorne que no abandonará a Bolívar, entre su justificación expone que la tienen sin cuidado las normas sociales de entonces: “me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas”. En la segunda, reprocha al propio libertador su inseguridad con respecto a su capacidad que como mujer pudiera tener de desempeñarse en el campo de batalla. En la tercera, le escribe a la Coronela Juana Azurduy. Afianza el rol de la mujer en el mundo castrense. La última es el texto en el que le detalla al General O’leary por qué el propio Bolívar la consideró su libertadora.

Palabras clave: Manuela Saéenz, soldado, James Thorne, Coronela Juana Azurduy, General O’leary.

ABSTRACT

Manuela Sáenz y Aizpuru or Sáenz de Thorne -better known as Manuelita Sáenz- was born in Quito at the end of 1797 and died in Paita, Peru, at the end of 1856. Although for some time past society may have wanted to pigeonhole her as Bolivar’s reckless and capricious lover, current history gives her the place she deserves as a woman ahead of her time, a lover of Latin American freedom and of the feminine right not only to be, but to do and (dis)do. For this monograph we have chosen 4 of her epistles, written for different events: In the first one she tells her husband James Thorne that she will not abandon Bolivar, among her justification she states that she does not care about the social norms of the time: “I laugh at myself, at you and at all the English seriousness”. In the second, she reproaches the liberator himself for his insecurity regarding her ability as a woman to perform on the battlefield. In the third, he writes to Colonel Juana Azurduy. She affirms the role of women in the military world. The last one is the text in which she details to General O’Leary why Bolivar himself considered her his liberator.

Keywords: Manuela Saéenz, soldier, James Thorne, Colonel Juana Azurduy, General O’leary.



Epístola 1

Manuela Sáenz, carta a su marido, James Thorne

Lima, octubre de 1823

¡No, no, no más hombre, ¡por Dios! ¿Por qué me hace usted escribirle, faltando a mi resolución? Vamos, ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decirle mil veces no?

Señor: usted es excelente, es inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.

¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años, y con la seguridad de poseer su corazón, preferiría ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad?

Si algo siento es que no haya sido usted mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente.

Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa. En el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que usted es muy descontentadizo.

En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual (pues como hombre, usted es pesado); allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores digo; pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres; la conversación, sin gracia, y el caminar, despacio; el saludar, con reverencia; el levantarse y sentarse, con cuidado; la chanza, sin risa. Todas estas son formalidades divinas; pero a mí, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, ¡Qué mal me iría en el cielo! Tan malo como si me fuera a vivir en Inglaterra

o Constantinopla, pues me deben estos lugares el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fuese usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero. ¿No tengo buen gusto?

Basta de chanzas. Formalmente y sin reírme, y con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted. Usted anglicano y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro, es el mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?

Su invariable amiga,

Manuela

Epístola 2

Carta de Manuela Sáenz a Bolívar (junio de 1824)

Huamachuco, 16 de junio de 1824

Mi querido Simón:

Mi amado: las condiciones adversas que se presenten en el camino de la campaña que usted piensa realizar no intimidan mi condición de mujer. Por el contrario. ¡Yo las reto! ¿Qué piensa usted de mí? Usted siempre me ha dicho que tengo más pantalones que cualquiera de sus oficiales, ¿o no? De corazón le digo, tendrá usted más fiel compañera que yo y no saldrá de mis labios queja alguna que lo haga arrepentirse de la decisión de aceptarme. ¿Me lleva usted? Pues allá voy. Que no es condición temeraria esta, sino de valor y de amor a la independencia (no se sienta usted celoso).

Suya siempre. Manuela.

Epístola 3

Manuela Sáenz, Carta a la Coronela Juana Azurduy, desde Charcas, 8 de diciembre De 1825

Charcas, 8 de diciembre de 1825

Señora

Cnel. Juana Azurdui de Padilla

Presente.



Señora Dona Juana:

El Libertador Bolívar me ha comentado la honda emoción que vivió al compartir con el General Sucre, Lanza y el Estado Mayor del Ejército Colombiano, la visita que realizaron para reconocerle sus sacrificios por la libertad y la independencia.

El sentimiento que recogí del Libertador, y el ascenso a Coronel que le ha conferido, el primero que firma en la patria de su nombre, se vieron acompañados de comentarios del valor y la abnegación que identificaron a su persona durante los años más difíciles de la lucha por la independencia. No estuvo ausente la memoria de su esposo, el Coronel Manuel Asencio Padilla, y de los recuerdos que la gente tiene del Caudillo y la Amazona.

Una vida como la suya me produce el mayor de los respetos y mueven mi sentimiento para pedirle pueda recibirme cuando usted disponga, para conversar y expresarle la admiración que me nace por su conducta; debe sentirse orgullosa de ver convertida en realidad la razón de sus sacrificios y recibir los honores que ellos le han ganado.

Téngame, por favor, como su amiga leal.

Manuela Sáenz.

Epístola 4

Carta de Manuela Sáenz al General O'leary sobre los acontecimientos desarrollados el 25 de septiembre del año 1828

Paita, 10 de agosto de 1850

Me pide usted le diga lo que presencié el 25 de septiembre del año 28 en la casa del gobierno bogotano, a más quiero decirle lo que ocurrió antes. Una noche, estando yo en dicha casa, me llamó una criada mía, diciéndome que una señora con mucha precisión me llamaba en la puerta de calle; salí dejando al Libertador en cama, algo resfriado. Esta señora (que existe) que me llamaba, dijo que tenía que hacerme ciertas revelaciones nacidas del afecto al Libertador,

pero que en recompensa exigía que no sonase su nombre; yo la hice entrar, la dejé en el comedor y le indiqué al general.

Él me dijo que estando enfermo no podía salir a recibirla, ni podía hacerla entrar a su cama, y que yo la oyese, y que además, ella eso era lo que proponía. Le di a la señora estas disculpas; la señora me dijo entonces que había una conspiración, nada menos que contra su vida; que había muchas tentativas, y que solo la dilataban hasta encontrar un tiro certero. Que los conjurados se reunían en varias partes: una de ellas, en la casa de moneda, que el jefe de esta maquinación era el general Santander, aunque no asistía a las reuniones y solo sabía el estado de las cosas por sus agentes. Pero que él era el jefe de la obra. Que el general Córdova sabía algo, pero no el todo, pues sus amigos lo iban reduciendo poco a poco. En fin, la señora me dijo tanto, que ya ni recuerdo.

El Libertador, apenas oyó nombrar al general Córdova, se exaltó, llamó al edecán de servicio y le dijo: "Fergusson: vaya usted a oír a esa señora." Este volvió, diciéndole lo que yo le había dicho y con más precisión que yo. El general dijo: "Dígale usted a esa mujer que se vaya, y que es una infamia el tomar el nombre de un general valiente como el general Córdova". El señor Fergusson no fue tan brusco en su respuesta, pero la cosa quedó en ese estado. Vino don Pepe París y le dijo al general todo. Este señor contestó: "Esas buenas gentes tienen por usted una decisión que todo les parece una conspiración". "Pero usted hable mañana con ella", le dijo el general. No supe más sobre esto, pero en muy pocos días fue el acontecimiento que voy a contar.

El 25 a las seis me mandó llamar el Libertador; contesté que estaba con dolor en la cara; repitió otro recado, diciéndome que mi enfermedad era menos grave que la suya y que fuera a verlo; como las calles estaban mojadas, me puse sobre mis zapatos, zapatos dobles. (Estos le sirvieron en la huida, porque las botas las habían sacado para limpiarlas). Cuando entré estaba en baño tibio; me dijo que iba a haber una revolución; le dije: "puede, enhorabuena, haber no sólo una sino hasta diez, pues usted da muy buena acogida a los avisos". "No tengas cuidado, me dijo, ya no habrá nada".



Me hizo que le leyera durante el baño; de que se acostó, se durmió profundamente, sin más precaución que su espada y pistolas, sin más guardia que la de costumbre, sin prevenir al oficial de guardia ni a nadie, contento con que el jefe de estado mayor, o no sé lo que era, le había dicho que no tuviera cuidado, que él respondía. (Este era el señor coronel Guerra, que dicen que dio para esa noche santo, seña y contraseña, y más, al otro día andaba prendiendo a todos, hasta que no sé quién denunció a dicho jefe).

Serían las 12 de la noche cuando latieron mucho dos perros del Libertador, y a más se oyó algún ruido extraño que debe haber sido al chocar con los centinelas, pero sin armas de fuego para evitar ruido. Desperté al Libertador, y lo primero que hizo fue tomar su espada y una pistola y tratar de abrir la puerta; lo contuve y le hice vestir, lo que verifiqué con mucha serenidad y prontitud. Me dijo: “Bravo, vaya, pues: ya estoy vestido, y ahora ¿qué haremos? Hacernos fuertes”; volvió a querer abrir la puerta y lo detuve. Entonces se me ocurrió lo que le había oído al mismo general un día: “Usted no le dijo a don Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos?”. “Dices muy bien” me dijo, y se fue a la ventana; yo impedí el que se botase porque pasaban gentes, y lo verifiqué cuando no hubo gente y porque ya estaban forzando la puerta.

Yo fui a encontrarme con ellos, a darle tiempo a que se fuese, pero no tuve tiempo para verlo saltar ni para cerra la ventana. De que me vieron, me agarraron y me preguntaron: “¿Dónde está Bolívar?”. Les dije que en el consejo, que fue lo primero que se me ocurrió; registraron la primera pieza con formalidad, pasaron a la segunda y viendo la ventana abierta, exclamaron: “¡Huyó, se ha salvado!”. Yo les decía “no, señores, no ha huido, está en el consejo”; y “¿Por qué está abierta esta ventana?”, “Yo la acabo de abrir, porque deseaba saber qué ruido había”.

Unos me creían y otros se pasaron al otro cuarto, tocando la cama caliente, y más se desconsolaron, por más que yo les decía que yo estaba acostada, esperando que saliese del consejo para darle un baño; me llevaban a que les enseñara el consejo, porque usted sabe que siendo esa casa

nueva, no conocían cómo estaba repartida, y el que quedó de entrar a enseñarles, se acobardó (según se supo después); yo les dije que sabía que había esa reunión, que la llamaban consejo, a la que asistía todas las noches el Libertador pero que yo no conocía el lugar. Con esto se enfadaron mucho, y me llevan con ellos, hasta que encontré a Ibarra herido, y de que me vio me dijo: “¡Conque han muerto al Libertado!”. “No, Ibarra, el Libertador vive”. Conozco que ambos estuvimos imprudentes; me puse a vendarlo con un pañuelo de mi cara. Entonces Zulaibar me tomó por la mano a hacerme nuevas preguntas; no adelantando nada me condujeron a las piezas de donde me habían sacado, y yo me llevé al herido y lo puse en la cama del general. Dejaron centinela en las puertas y ventanas y se fueron.

Al oír pasos de botas herradas me asomé a la ventana y vi pasar al coronel Fergusson, que venía a la carrera de la casa donde estaba curándose de garganta: me vio con la luna, que era mucha, me preguntó por el Libertado y yo le dije que no sabía de él, ni podía decirle más por los centinelas, pero le previne que no entrara, porque lo matarían; ¡me contestó que morirá llenando su deber! A poco oí un tiro; este fue el pistoletazo que le que tiró Carujo y además un sablazo en la frente y el cráneo; a poco se oyeron unas voces en la calle y los centinelas se fueron, yo tras ellos a ver al doctor Moore para Andresito. El doctor salía de su cuarto y le iban a tirar, pero su asistente dijo: “No maten al doctor” y ellos dijeron: “No hay que matar a sacerdotes”. Fui a llamar al cuarto de don Fernando Bolívar, que estaba enfermo, lo saqué y lo llevé a meter el cuerpo de Fergusson, pues yo lo creía vivo, lo puse en el cuarto de José (que estaba de gravedad enfermo, si no muere, porque él se habría puesto al peligro).

Subí a ver a los demás, cuando llegaron los generales Urdaneta, Herrán y otros, a preguntarme por el general; entonces les dije lo que había ocurrido, y lo más gracioso de todo me decían: “¿Y a dónde se fue?” cosa que ni el mismo Libertador sabía a dónde iba. Por no ver curar a Ibarra me fui hasta la plaza, y allí encontré al Libertador a caballo hablando con Santander y Padilla, entre mucha tropa que daban vivas al Libertador. Cuando regresó a la casa me dijo: “Tú eres la Libertadora del Libertador”.



Se presentó don Tomás Barriga y le iba a arengar; pero el general, con esa fogosidad que usted tanto conocía, le dijo: “Sí, señor, por usted y otros como usted que crían malcriados a sus hijos, hay estas cosas, porque de imbéciles confunden la libertad con el libertinaje”. Fueron muchos extranjeros, entre ellos el señor Illingworth y todos fueron muy bien recibidos. El libertador se cambió de ropa y quiso dormir algo, pero no pudo porque a cada rato me preguntaba algo sobre lo ocurrido y me decía: “No me digas más”; y él volvía a preguntar; y en esta alternativa amaneció. Yo tenía una gran fiebre.

El Libertador se molestó mucho con el coronel Crofton, porque él apretó el pescuezo a uno de los que condujo al palacio a quien el general mandó dar ropa para que se quitase la que tenía mojada, buscándola entre la suya, y los trató a todos con mucha benignidad; por lo que don Pepe París les dijo: “¿Y a este hombre venían ustedes a matar?”. Y contestó Horment: “Era al poder y no al hombre”; entonces fue cuando tuvo lugar la apretada, al tiempo que entraba el Libertador; y se puso furioso contra este jefe (Crofton) afeándole su acción de un modo muy fuerte.

Dicen que les aconsejó a los conjurados que no dijeran a sus jueces que traían el plan de matarlo, pero que ellos decían que habiendo venido a eso no podían negarlo. Hay otras tantísimas pruebas que dio el general de humanidad, que sería nunca acabar. Su primera opinión fue el que se perdonase a todos, pero usted sabe que para esto tenía que habérselas con el general Urdaneta y Córdova, que eran unos de los que se entendían en estas cosas. Lo que sí no podré dejar en silencio es que el consejo había sentenciado a muerte a todo el que entró en palacio, y así es que excepto Zulaibar, Horment y Azuerito, que confesaron con valor como héroes, de esa conspiración, los demás todos negaron, y por eso dispusieron presentármelos a mí a que yo dijese si los había visto; por esto el Libertador se puso furioso: “Esta señora, dijo, jamás será el instrumento de muerte ni la delatora de desgraciados”.

No obstante esto, me presentaron ya en mi casa a un señor Rojas, y consentí en verlo, porque tuve muchos empeños de señoras para que dijese que no

lo había visto; así lo hice, mas una criada mía, y un soldado que entraban a tiempo lo conocieron; pero yo compuse la cosa con decir que si más caso hacían de lo que ellos decían que de mí, y los que lo acusaban estaban equivocados, y se salvó. Dije también que don Florentino González me había salvado a mí la vida diciendo: “No hay que matar mujeres”; pero no fue él sino Horment al tiempo de entrar cuando hicieron los tiros.

Entraron con puñal en mano y con un cuero guarnecido de pistolas al pecho; puñal traían todos, pistolas también; pero más creo que traían Zulaibar y Horment; entraron con farol grande con algunos artilleros de los de reemplazos del Perú. Estos señores no entraron tan serenos, pues no repararon ni en una pistola que yo puse sobre una cómoda, ni en la espada que estaba arrimada, y además, en el sofá del cuarto había fuerza de pliegos cerrados y no los vieron; cuando se fueron los escondí debajo de la estera. El libertador se fue con una pistola y con el sable que no sé quién le había regalado en Europa. Al tiempo de caer en la calle pasaba su repostero y lo acompañó. El general se quedó en el río, y mandó a este a saber cómo andaban los cuarteles; con el aviso que lo llevó, salió y fue para el de Vargas. Lo demás, usted lo sabe mejor que yo, sin estar presente, que si estaba, yo sé que usted habría muerto.

No se puede decir más, sino que la Providencia salvó al Libertador, pues nunca estuvo más solo; no había más edecanes que Fergusson e Ibarra, ambos enfermos, en cama; el uno en la calle y el otro en casa, y el coronel Bolívar donde el general Padilla. Nuestro José muy malo, don Fernando enfermo, la casa era un hospital.

Cuando el general marchó de Bogotá, no sé para dónde, fue que me dijo: “Está al llegar preso el general Padilla; te encargo que lo visites en su prisión, que lo consueles y lo sirvas en cuanto se le ofrezca”. Así lo hice yo. El señor general Obando, a quien Dios guarde por muchos años, ha dicho en Lima antes de ahora, que yo, en medio de mis malas cualidades, tenía la de haberme portado con mucha generosidad, a lo que yo contesté que esa virtud no era mía, sino del Libertador, que me había dado tantas y tan repetidas



lecciones de clemencia con el mismo panegirista. Esto es muy cierto, a usted le consta. De modo que tantos escapados de la muerte fueron por el Libertador. Basta decir a usted que yo tuve en mi casa a personas que buscaban, y que el Libertador lo sabía. Al doctor Merizalde le vi yo en una casa al tiempo de entrar yo a caballo, y le dije a la dueña de casa: “Si así como vengo con un criado, viniese otra persona conmigo, habrían visto al doctor Merizalde; dígame usted que sea más cauto”. Tal vez sería por eso que después de muerto el Libertador me hizo comadre Merizalde. Infinitas cosas referiría a usted de este género, y las omito por no ser más largas, asegurándole a usted que en lo principal no fui yo más que el instrumento de la magnanimidad del gran Bolívar.

Manuela Sáenz de Aizpuru, Coronela del Ejército Libertador.

BIBLIOGRAFÍA

- Londoño López, J. (2020). *Historia y antología de la literatura ecuatoriana*, Tomo IX-A. Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.
- Londoño López, J. (2008). Manuela Sáenz: “mi patria es el continente de la América”. *Cuadernos Americanos*, 3(125), 67-85. https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/handle/CIALC-UNAM/A_CA392
- Miño, R. (1999). Manuela Sáenz: presencia y polémica en la historia. *Proceso, Revista Ecuatoriana de Historia*, 14, 115-125.
- Quintero, I. (2001). Las mujeres de la Independencia: ¿heroínas o transgresoras? El caso de Manuela Sáenz. En E. Dos Santos, *Actas do XII Congresso Internacional de AHILA*, Vol. 3 (pp. 293-304). Universidade do Porto.
- Taxin, A. (1999). La participación de la mujer en la independencia: El caso de Manuela Sáenz. *Proceso, Revista Ecuatoriana de Historia*, 14, 85-113.
- Vilalta, M. J. (2012). Historia de las mujeres y memoria histórica: Manuela Sáenz interpela a Simón Bolívar (1822-1830). *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y Caribeños / Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 93, 61-78.

Dolores Veintimilla: ¿Y qué si yo digo...?

Dolores Veintimilla: So what if I say...?

RESUMEN

Dolores de Veintimilla nació en Quito cuando corría el año 1829 y el 23 de mayo de 1857 decidió su fallecimiento en la andina ciudad de Cuenca, cuando se aproximaba su cumpleaños 28. Pese a la brevedad de su vida y obras, algunos autores la consideran la escritora ecuatoriana más importante del siglo XIX o como la iniciadora del movimiento romántico en este país. Además de su gran virtuosidad literaria, lenguaje fusionado con cruda emoción, trató temas que pueden considerarse totalmente prohibidos para las damas que vivieron aquel entonces, desnudó su sensualidad y deseo, gritó sus anhelos y su soledad. Asimismo, la crítica reconoce su entereza para defender los derechos de grupos vulnerables como la mujer y los indígenas. De hecho, ella misma debió defenderse de los rumores ofensivos de una sociedad conservadora y católica que no le perdonaba su actividad extra-hogar. En esta oportunidad, se han reunido textos en prosa y verso, además de una carta en la que defiende su honor y el texto que le costó la vida: su crítica a la pena de muerte.

Palabras clave: Dolores Veintimilla, siglo XIX, cruda emoción, sociedad conservadora, persecución.

ABSTRACT

Dolores de Veintimilla was born in Quito in 1829 and on May 23, 1857 she decided to die in the Andean city of Cuenca, when her 28th birthday was approaching. Despite the brevity of her life and works, some authors consider her the most important Ecuadorian writer of the 19th century or as the initiator of the romantic movement in this country. In addition to her great literary virtuosity, language fused with raw emotion, she dealt with subjects that could be considered totally forbidden for the ladies who lived at that time, she bared her sensuality and desire, shouted her longings and her loneliness. Likewise, critics recognize her fortitude in defending the rights of vulnerable groups such as women and indigenous people. In fact, she herself had to defend herself from the offensive rumors of a conservative and Catholic society that did not forgive her for her extra-home activity. In this opportunity, texts in prose and verse have been gathered, as well as a letter in which she defends her honor and the text that cost her life: her criticism of the death penalty.

Keywords: Dolores Veintimilla, XIX century, raw emotion, conservative society, persecution.

Recuerdo

En 1847 tenía 17 años cumplidos. Hasta esa edad mis días habían corrido llenos de placeres y brillantes ilusiones. Con la mirada fija en un porvenir risueño y encantador, encontraba bajo mis plantas una senda cubierta de flores, y sobre mi cabeza un cielo tachonado de estrellas.

Era feliz! y pensaba que nunca se agotarían esas flores ni se apagarían esos astros!!.....

Adorada de mi familia, especialmente de mi madre, había llegado a ser el jefe de la casa; en todo se consultaba mi voluntad; todo cedía al más pequeño de mis deseos; era completamente dichosa bajo la sombra del hogar doméstico, y en cuanto a mi vida social; nada me quedaba que pedir a la fortuna.

Desde que tuve 12 años me vi constantemente rodeada de una multitud de hombres, cuyo esmerado empeño era agradarme y satisfacer hasta mis caprichos de niña.

Una figura regular, un pundonor sin límites y buen juicio acreditado, me hicieron obtener las consideraciones de todas las personas de las distintas clases sociales de mi patria.

A la edad de 14 años, un sentimiento de gratitud vino por primera vez a fijar mi atención en uno de mis amigos: hasta entonces mi corazón ligero y vago, como el volar de la mariposa, no había hecho más que escuchar con desdén, y si se quiere con risa los suspiros de los que me rodeaban. Se me había enseñado que los hombres no aman nunca y que siempre engañan: esto me hacía reír de ellos sin escrúpulo.

Poco a poco ese sentimiento de gratitud se cambió en una afección tierna, sentida y bienhechora que me ofreció mil y mil encantos.

La confianza que mi madre tenía en mí me daba una completa libertad; era, pues, señora de mi acciones y de mis horas, y podía ver a mi amigo, que lo era también de mi madre, a mi satisfacción, estar y pasar sola con él, sin caer siquiera en cuenta que mi fortuna era una especialidad.

Respetada siempre por él, uno de mis placeres más íntimos era estar tranquila a su lado. A este hombre virtuoso es a quién debo la mayor parte de mis buenos sentimientos. Las horas que pasábamos

juntos las empleaba en formar mi corazón para la virtud. Joven de 19 años, su amor le había vuelto reflexivo y prudente.

Después de cuanto años debíamos unir para siempre nuestro porvenir, y nunca escuché de sus labios la más ligera expresión que pudiera ruborizarme. Noche enteras pasábamos juntos en medio de la exaltación del baile, sin que me pudiera comprender su cariño sino por medio de mil delicadas atenciones; por su arrebatado disgusto se notaba que la más pequeña indiscreción de los que me rodeaban había lastimado profundamente su corazón.

Su alma noble no me inspiró jamás sospechas ni inquietudes. Me había prometido amarme siempre, le había ofrecido yo pertenecerle por toda mi vida, esto nos hacía felices.

Ah! no se puede negar, aun cuando se diga lo contrario, que también el corazón de los hombres tiene impulsos generosos y abriga sentimientos elevados y las más saludable emociones para la virtud!

A mis enemigos

¿Qué os hice yo, mujer desventurada,
que en mi rostro, traidores, escupís
de la infame calumnia la ponzoña
y así matáis a mi alma juvenil?

¿Qué sombra os puede hacer una insensata
que arroja de los vientos al confín
los lamentos de su alma atribulada
y el llanto de sus ojos? ¡ay de mí!

¿Envidiáis, envidiáis que sus aromas
le dé a las brisas mansas el jazmín?
¿Envidiáis que los pájaros entonen
sus himnos cuando el sol viene a lucir?

¡No! ¡no os burláis de mí sino del cielo,
que al hacerme tan triste e infeliz,
me dio para endulzar mi desventura
de ardiente inspiración rayo gentil!

¿Por qué, por qué queréis que yo sofoque
lo que en mi pensamiento osa vivir?
Por qué matáis para la dicha mi alma?
¿Por qué ¡cobardes! a traición me herís?



No dan respeto la mujer, la esposa,
La madre amante a vuestra lengua vil...
Me marcáis con el sello de la impura...
¡Ay! nada! nada! respetáis en mí!

Anhelo

¡Oh! ¿Dónde está ese mundo que soñé
Allá en los años de mi edad primera?
¿Dónde ese mundo que mi mente orló
De blancas flores?... Todo fue quimera!

Hoy de mí misma nada me ha quedado,
Pasaron ya mis horas de ventura,
Y sólo tengo un corazón llagado
Y un alma ahogada en llanto y amargura.

¿Por qué tan pronto la ilusión pasó?
¿Por qué en quebranto se trocó mi risa
Y mi sueño fugaz se disipó
Cual leve nube al soplo de la brisa...?

Vuelve a mis ojos óptica ilusión,
Vuelve, esperanza, a amenizar mi vida,
Vuelve, amistad, sublime inspiración...
Yo quiero dicha aún cuando sea mentida.

Quejas

¡Y amarle pude! Al sol de la existencia
Se abría apenas soñadora el alma...
Perdió mi pobre corazón su calma
Desde el fatal instante en que le hallé!
Sus palabras sonaron en mi oído
Como música blanda y deliciosa;
Subió a mi rostro el tinte de la rosa;
Como la hoja en el árbol, vacilé.

Su imagen en el sueño me acosaba,
Siempre halagüeña, siempre enamorada:
Mil veces sorprendiste, madre amada,
En mi boca un suspiro abrasador.
Y era él quien arrancaba de mi pecho,
Él, la fascinación de mis sentidos;
Él, ideal de mis sueños más queridos;
Él, mi primero, mi ferviente amor.

Sin él, para mí, el campo placentero
En vez de flores me obsequiaba abrojos:
Sin él eran sombríos a mis ojos
Del sol los rayos en el mes de Abril.
Vivía de su vida apasionada;
Era el centro de mi alma el amor suyo;
Era mi aspiración, era mi orgullo...
¿Por qué tan presto me olvidara el vil?
No es mío ya su amor, que a otra prefiere:
Sus caricias son frías como el hielo,
Es mentira su fe, finge desvelo;
¡Mas no me engañará con su ficción!...
¡Y amarle pude delirante, loca!
No, mi altivez no sufre su maltrato;
Y si a olvidar no alcanzas al ingrato
Te arrancaré del pecho, corazón!

Carta al público

Una imperiosa necesidad me hace volver a escribir para el público. Se ha presentado ante él, con el epígrafe de Zoila, un libelo en el que su autor cubierto con la impunidad que ofrece el disfraz calumnia la reputación de la mujer escritora de una Necrología. Yo, la escritora de ese papel, como mujer, no he podido ver sin afectarme profundamente, ni pasar en silencio el que tan sólo por satisfacer odios gratuitos, se ataque en público el sentimiento más caro de mi corazón: mi honor. Cuando la calumnia, hidra espantosa, clava sus dientes envenenados en el crédito de una mujer virtuosa, sensible y digna, a ésta sólo le quedan tres medios de salvación -su conciencia tranquila- la conciencia íntima de sus detractores y el sentido común de las personas sensatas.- Su conciencia tranquila para resistir a tamaña injuria sin que destruya su vida o se desorganice su cerebro: la conciencia íntima de sus detractores para que sientan toda la indignidad de atacar cobardemente la reputación de una mujer, y el sentido común de las personas sensatas para que vean de cuál lado está la ignominia, si en la publicación de una hoja inofensiva o en esas producciones escritas con hiel y sin rastro siquiera de mérito literario, contra una persona que cree que no ha causado mal alguno a los habitantes de este lugar.



Apelo, pues, a esos medios de justificación: pido a mi calumniador a los que con él piensan que, sin valerse del anónimo ni de ningún otro medio semejante, se presenten ante el público y entonces mirándonos de frente ante él, me citen un solo hecho por el que se me pueda echar a la cara la mancha indeleble y asquerosa de la degradación: pido el sentido común de las personas sensatas que, considerando la honradez de los primeros años de mi vida, mi educación, mis costumbres, el trabajo constante en que vivo, mi posición social, mi fortuna y en fin el conjunto de bienes que constituyen mi bienestar, pregunten a su razón si es aceptable la idea de que yo haya descendido y descienda hasta el fango inmundo en que quieren sumergirme mis enemigos; y no dudo que mi justificación ante ellos será hecha. Mas, quiero preguntar a todos y a cada uno de los individuos de mi país, donde he vivido cinco años, a los de este lugar donde resido há tres; si hay alguno entre ellos que tenga el derecho de decirme en mi cara: soy yo quien te ha humillado: tus difamadores no mienten.

He aquí lo que puede hacer una mujer calumniada, cuando como yo tiene el derecho de levantar su frente pura, ante todos los hombres sin temor de que haya uno que tenga la facultad de hacerla doblar ruborizada; he aquí lo que hago en cumplimiento del deber que tengo, como mujer de honor, de justificarme ante la sociedad digna, cuyo juicio y opinión tan solo temo y respeto. Así pues, si en adelante se vuelve a atacarme bajo la capa del anonimato y permanezco en silencio, espero no se crea callo porque acepto mi infamación, sino que, depreciando la calumnia de uno o unos desconocidos, me contento con entregarlos a sus remordimientos, maldición eterna, verdadero castigo de los criminales.

Cipreses (Necrología)

No es sobre la tumba de un grande, no sobre la de un poderoso no sobre la de un aristócrata, que derramo mis lágrimas. ¡No! Las vierto sobre la de un hombre, sobre la de un esposo, sobre la de un padre de cinco hijos, que no tenía para éstos patrimonio que el trabajo de sus brazos. Cuando la voz del Todopoderoso manda a uno de nuestros semejantes pasar a la mansión de los

muertos, lo vemos desaparecer de entre nosotros con sentimiento, es verdad, pero sin murmurar. Y sus amigos y dandos calman la vehemencia de su dolor con el religioso pensamiento de que es el Creador quien lo ha mandado, y que sus derechos sobre la vida de los hombres son incontestables.

Mas no es lo mismo cuando vemos por la voluntad de uno o de un puñado de nuestros semejantes, que ningún derecho tienen sobre nuestra existencia, arrancar del seno de la sociedad y de los brazos de una familia amada a un individuo, para inmolarlo sobre el altar de la ley bárbara. ¡Ah! entonces la humanidad entera no puede menos que rebelarse contra esa ley, y mirar petrificada de dolor su ejecución.

¡Cuán amarga se presenta la vida si se la contempla a través de las sombrías impresiones que despierta una muerte como la del indígena TIBURCIO LUCERO, ajusticiado el día 20 del presente mes, en la plazuela de San Francisco, de esta ciudad!—La vida, que de suyo es un constante dolor; la vida, que de suyo es la defección continua de las mas caras afecciones del corazón: la vida, que de suyo es la desaparición sucesiva de todas nuestras esperanzas: la vida, en fin, que es una cadena mas o menos larga de infortunios, cuyos pesados eslabones son vueltos aun más pesados por las preocupaciones sociales.

¿Y qué diremos de los desgarradores pensamientos que la infeliz víctima debe tener en ese instante?...¡Imposible no derramar lágrimas tan amargas como las que en ese momento salieron de los ojos del infortunado Lucero! Sí, las derramaste, mártir de la opinión de los hombres; pero ellas fueron la última prueba que diste de la debilidad humana. Después, valiente y magnánimo como Sócrates, apuraste a grandes tragos la copa envenenada que te ofrecieron tus paisanos, y bajaste tranquilo a la tumba. Que allí tu cuerpo descanse en paz, pobre fracción de una clase perseguida; en tanto que tu espíritu, mirado por los ángeles como su igual, disfrute de la herencia divina que el Padre común te tenía preparada. Ruega en ella al GRAN TODO, que pronto una generación más civilizada y humanitaria que al actual, venga a borrar del código de la patria de tus antepasados la pena de muerte.



BIBLIOGRAFÍA

- Falconí Trávez, D. (2014). Una incómoda vecindad: Dolores Veintimilla y la literatura de negociación con la alteridad indígena en los Andes decimonónicos. *Lectora: revista de dones i textualitat*, 81–96. <https://revistes.ub.edu/index.php/lectora/article/view/10723>
- Londoño López, J. (2020). *Historia y antología de la literatura ecuatoriana*, Tomo IX-A. Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.
- Loza Montero, R. (2006). *Dolores Veintimilla de Galindo: poesía y subjetividad femenina en el siglo XIX*. Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Corporación Editora Nacional / Ediciones Abya Yala.



Carolina Muzilli: la tribuna de los derechos de la mujer

Carolina Muzilli: women's rights tribune

RESUMEN

Del seno de una familia de emigrantes, nació el 17 de noviembre de 1889 en Buenos Aires (Argentina). Fue una activista socialista que luchó por el derecho de la mujer y de los niños trabajadores. Con cierta habilidad para la expresión pública, comenzó a exponer su ideas feministas y de compromiso social como representante del Partido Socialista argentino. Su membresía, la autorizó a iniciar su labor como investigadora sobre las condiciones laborales de mujeres y niños. Participó en numerosas asambleas y reuniones públicas, mientras escribía para la prensa. Dirigió Tribuna Femenina, y con diversos ensayos colaboró de manera constante con La Vanguardia. Escribió obras de mayor extensión, entre las que se destacan, El divorcio, La madre obrera, El menor obrero y Por la salud de la raza. Para esta revista, hemos seleccionado la obra que resultó premiada y con la que representó a Argentina en la sección de Economía Social de la Exposición de Gantes de 1913. Esta obra se publicó en 1916 bajo el título El trabajo femenino. En ella ofrece información sobre el trato, el salario y significativas privaciones que padecía las mujeres trabajadoras. Asombrará leer que en 1912 proponía licencia pre y posnatal, lugares de lactancia, igualdad de salario obviando el género.

Palabras clave: Carolina Muzilli, activista socialista, mujer obrera, niño trabajador, *El trabajo femenino*.

ABSTRACT

From the bosom of an emigrant family, she was born on November 17, 1889 in Buenos Aires (Argentina). She was a socialist activist who fought for the rights of women and working children. With a certain ability for public expression, she began to expose her feminist ideas and social commitment as a representative of the Argentine Socialist Party. Her membership authorized her to begin her work as a researcher on the labor conditions of women and children. She participated in numerous assemblies and public meetings, while writing for the press. She directed Tribuna Femenina, and with various essays she collaborated constantly with La Vanguardia. She wrote works of greater length, among which stand out, El divorcio, La madre obrera, El menor obrero and Por la salud de la raza. For this magazine, we have selected the work that was awarded and with which he represented Argentina in the Social Economy section of the Ghent Exposition of 1913. This work was published in 1916 under the title El trabajo femenino. In it she provides information on the treatment, wages and significant privations suffered by women workers. It will be astonishing to read that in 1912 she proposed pre and postnatal leave, breastfeeding places, equal pay obviating gender.

Keywords: Carolina Muzilli, socialist activist, working woman, child laborer, women's work.



I EL TRABAJO FEMENINO

Al tener el senior director, la amable deferencia de publicar en el “Boletín del Museo Social Argentino”, por creerlo de interés público, este trabajo mío, destinado a la Exposición Internacional de Gante, creo oportuno informar a los lectores acerca de la manera cómo obtuve los datos para el presente trabajo.

El ilustre Nicéloro, en su libro sobre antropología de las clases pobres, “Forza e Richeza”, demuestra cómo el estudio de las enfermedades sociales y todo lo que atañe a la clase trabajadora, para ser eficaz, debe hacerse no desde un cómodo gabinete de trabajo, muellemente sentados en un sillón, sino actuando en el campo experimental, es decir, confundándose, viviendo si es posible, a ratos, la vida de los estudiados, esto es, investigando directamente. Me he guiado, al hacer este trabajo, por los consejos del maestro. Obtuve en las fábricas y talleres los datos particulares a las mujeres que trabajan en ello. Cotejé salarios, horas de labor dadas por las gerencias con los datos obtenidos, interrogando a las trabajadoras. Y para hacer más minuciosa la labor, he visto los salarios en las libretas de pago, y de ellas los he extractado. Para el trabajo a domicilio acudí, a fin de obtener datos, a los registros y roperías, y los he cotejado con los datos recogidos en mi jira por los talleres ubicados en los conventillos de la ciudad.

En las míseras covachas donde el taller se improvisa, en la única habitación de 4 x 4, que sirve de dormitorio, comedor, etc., ¡cuántos rostros anémicos, paliduchos, he visto!

Entonces recordé las palabras que el doctor Augusto Bunge ha escrito, en el estudio hecho por encargo del entonces ministro González, para preparar la ley del trabajo: “Estas jóvenes, que ganan cuando más 50 pesos por mes, con horarios horribles, pasan su vida entre telas delicadas, entre velos, gasas cintas, ante el espectáculo del lujo y de la alegría de las compradoras y la tentación las asalta con fuerza obsesora.”

He visto a una mujer próxima a ser madre por cuarta vez confeccionando primosamente batitas llenas de encajes y cinas. La interrogué; creí que fueran para ella, para el que iba a venir; pero no, ella las confeccionaba para una tienda que le pagaba a razón de 0.40 pesos por batita.

Y he pensado cuán grande es la misión de estas mujeres que contribuyen a la producción y que no descuidan su tarea primordial: la de ser madres. Bien no quiero hacer de este estudio una página sentimental; he dejado a los números toda su fría elocuencia. Pero lo que más difícil me resultaba era la obtención de datos relativos a las vendedoras. Me apersoné a varias tiendas; interrogué, todo fue inútil. ¿Cómo hacer? Fue menester “emplearme” como vendedora, confundirme con ellas, y así estuve cerca de un mes, durante el cual he sacado proficuas enseñanzas.

II CONSIDERACIONES GENERALES

La mujer de este país, siguiendo una ley universal, ha invadido el campo de la industria. Percibe por su tarea, como es lógico, un salario; de hecho se ha incorporado al proletariado. En el mercado de la producción, este nuevo factor es, día a día, más solicitado, y la demanda de la mano de obra femenina está en constante y rápido aumento.

Tomemos un ejemplo característico: antes sólo sabíamos que hubiera hombres zapateros; hoy en muchas fábricas de este ramo la mujer ha suplido al hombre. Basta visitar la fábrica de alpargatas Y calzados “La Argentina” para comprobarlo.

Desde el armado del calzado hasta la operación de quitar la horma, todo es obra de mujeres, y algunas efectúan sin otra intervención el trabajo completo. Toda esta labor se realiza a máquina, Y, por consiguiente, es muy rápida.

Un buen obrero, en una jornada de 10 a 11 horas, solo hará con el sistema antiguo, es decir, a mano, un par de zapatos. Hoy, con el sistema mecánico de producción, un par de zapatos se hace en dos horas. Cada máquina supe de 70 a 150 operarios y es fácil de manejar: sólo se necesita cierta práctica.



En algunas fábricas son hombres los que manejan esas máquinas y perciben un salario que oscila de 7 a 9 pesos día. En “La Argentina”, donde trabajan mujeres, dando un rendimiento mayor de producción, el salario es de 4 pesos por día!

Urge que las mujeres que trabajan se organicen en sindicatos. El sindicato indicado sería el que tuviera a la vez funciones de “resistencia”, de “socorros mutuos” y de “instrucción”.

Las condiciones de trabajo femeninas son inferiores a las del hombre, puesto que la mano de obra es más reducida.

Carlos Kautsky, en su libro “La defensa de los trabajadores”, dice: “Con el trabajo de la mujer ocurre lo mismo que con la máquina: no cabe prohibir este trabajo, pero si se le deja libre, desorganizado, arruinará a la clase obrera, y en vez de crear las condiciones favorables a la victoria y conducirla a una vida social mejor, destruye la vida presente”.

III

NUMERO DE MUJERES OBRERAS

Entraré ahora a demostrar con cifras las condiciones del trabajo femenino en las fábricas y talleres.

Número de mujeres obreras

En la capital (1)	205.851
En el resto del país (2)	225.283 (3)

(1) Datos del Departamento Nacional de Trabajo.

(2) Censo agropecuario de 1909.

(3) Esta cantidad se descompone así:

Faenas agropecuarias... ..193.764

Esquila y cosecha (tres meses)... .. 21.306

Trabajos de ganadería... ..10.113.

Número de fábricas y talleres que las ocupan

En la capital (4)... .. 8.119

En el resto del país: No hay censo

Industrias en que se ocupan

Artes gráficas, alpargatas, bolsas, caramelos, calzados, corsés, flores artificiales, fabricación de cajas, lencerías, lavaderos mecánicos, postizos, planchados, tejidos, tabacos, tintorerías, sombreros, vestidos, zapatillas, etc.

(4) Censo 1910

IV FABRICAS

Salarios, horas de labor, forma en que efectúan su trabajo las obreras empleadas en los lavaderos mecánicos, y en los talleres de flores artificiales

Tejidos

Ramo	Horas trabajo	Salarios diarios
Camisetas, pañoletas y medias...	8 y 9	1.20 1.5 2.00
Alpargatas		
Preneras...	8 y 9	1.80 y 2.00
Morros ...	8 y 9	0.70 0.80 y 1.50
Pinches...	8 y 9	0.70 y 0.80
Cinteras...	8 y 9	0.50 y 0.60
Pita (deshacer estopa) ...	8 y 9	1.50 y 1.80

Calzados

Aparadoras...	8 y 9	1.20 y 1.50
Armadoras a mano...	8 y 9	1.50 y 1.80
Armadoras a máquina	8 y 9	2.40 y 2.80
Suela (clavar) ...	8 y 9	0.70, 1.00 y 1.20
Planchar calzados ...	8 y 9	2.00
Parejadoras...	8 y 9	2.00
Empaquetadoras ...	8 y 9	0.80 y 1.00

(1) Es de lamentar que mujeres hagan este trabajo; aparte de que las reduce anémicas, él es inadecuado para sexo.

Zapatillas y uruguayas

Aparadoras...	8 y 9	0.80
Fabricación a mano...	8 y 9	1.00
Fabricación a máquina	8 y 9	2.00
Punteras ...	8 y 9	0.60
Dobladilladoras (2) ...	8 y 9	0.40 y 0.50

(2) Todas menores de 14 años despecho de la ley 5291 (Fábrica nacional de calzados y alpargatas “La Argentina”).

Bolsos

Coserlas...	10 y 11	1.00 y 1.20
-------------	---------	-------------

Lavaderos y mecánicos (3)

Lavado...	11 y 12	1.00, 1.20 y 1.50
Planchado ...	11 y 12	0.80, 1.00 y 1.50

(3) Al hablar de lavaderos mecánicos, donde, indistintamente, en todos, las condiciones de labor son desesperantes, no es posible callar ante la forma inhumana en que trabajan las obreras del lavadero “La Higiénica”.



En el año 1912 se reunían en el salón de la “Federación Gráfica Bonaerense” un grupo numeroso de mujeres, trabajadoras de este establecimiento, declaradas en huelga. Pobres y escuálidas mujeres todas, marcadas con el estigma de las privaciones y del trabajo excesivo. Variaba la edad de ellas entre los 12 y los 50 años.

Nombraron para asesorarlas ante la gerencia del establecimiento a la doctora Julieta Lanteri Renshaw, a Enrique Barca y a la que escribe estas líneas.

Oímos de los labios de las huelguistas la narración de las condiciones en que realizaban su trabajo, siendo realmente horribles, Y no es que ellas mintieran, por cuanto hemos podido comprobarlo. Obligadas a trabajar, las de la sección lavado, en pisos húmedos, en invierno tiritando de frío y en verano haciéndoseles insoportable la atmósfera debido al vapor de agua que se desprende de los cilindros, son constantemente azuzadas por los inspectores, recibiendo frecuentemente empellones, y soportan una jornada de labor de 9 a 11 horas!

No gozan de las dos horas reglamentarias que determina la ley para el almuerzo.

Pero hay aún más: las de la sección de planchado, debido a las altas temperaturas, en verano se desmayan con frecuencia y lejos de auxiliárselas, el inspector, reloj en mano, comprueba la duración del síncope a fin de que la obrera integre la Jornada de labor.

Los comentarios cuelgan, máxime si tenemos en cuenta que entre los miembros del directivo que más se opusieron a la justa reclamaciones de las obreras la mayoría eran militantes católicos, acostumbrados a llevar el pallo en las procesiones.

Fabricación de cajas

De fósforo... .. 8 y 9 1.00 y 1.20

Caramelos

Empaquetadoras (a destajo)... .. 10 y 11 1.20, 1.50 y 1.80

Artes gráficas

Linotipistas 8 6.00
Encuadernadores (a máquina) ... 8 1.50 y 2.00

De los salarios femeninos y condiciones de labor, estos de los de las artes gráficas son los mejores. No se debe, por cierto, a especial empeño de las obreras, sino a la forma inteligente de defender sus intereses impuesta por la “Federación Gráfica bonaerense”, que marcha a la cabeza de nuestra instituciones gremiales. Desgraciadamente la mujer, lejos de aportar su concurso a la obra por la elevación de su clase, paraliza y dificulta, con su pasividad, toda acción de mejoramiento en que no están empeñados los hombres.

Tabacos

Empaquetadoras (a destajo)... .. 8 1.00, 2.50 y 5.00

Florería (1)

Flores artificiales 9 y 10 1.50, 1.80, 2.00 y 2.50

(1) La fabricación de flores artificiales es una de las industrias que parecen haberse creado especialmente para la mujer. Las flores más hermosas salen de las manos de las obreras, imitando a afección las creadas por la Naturaleza.

La materia prima, papel, género o seda, desaparece rápidamente al pasar por esas manos, que bien podríamos llamar de hadas, para convertirse en delicadas flores.

Si bien la fabricación de flores de género y papel no tiene mayor peligro que el que pueda comportar una jornada excesiva de trabajo, en cambio la fabricación de flores de cera constituye un grave peligro para la salud de las obreras.

¿Pensarán las felices desposadas que orlan sus cabellos con la tradicional flor de azar, cuántas lágrimas, cuántos desvelos, cuánto mal encierra cada una de esas albas florecitas?

¿Piensan, acaso, que las manos que la fabricaron para símbolo de su pureza, tienen el blanco color apagado de las flores de azahar?



¿Piensan que la anemia, la tuberculosis, han de pagar tributo a su felicidad haciendo presa de las pobres obreras que pasan el día modelando la simbólica flor?

Y es que en realidad es este un grave peligro para la salud de las mujeres empleadas en tal industria. Un artículo reglamentario de la ley 5291 prohíbe terminantemente emplear a las mujeres en Industrias que hagan peligrar su salud. Las floristas que fabrican los azares están constantemente aspirando la cera derretida, y sus rostros, sin exageración alguna, tienen el mismo color inexpresivo de la cera.

Después de hecha por mí una denuncia ante el Departamento Nacional del Trabajo, éste intervino inspeccionando algunas florerías, comprobó infracciones graves a la ley, se multaron varias casas, pero las flores de cera -a pesar de que los patrones aseguren importarse de París- se siguen fabricando aquí.

Para demostrar cómo se cumplen las leyes obreras, según los datos oficiales, transcribo la nota enviada por un inspector de fábricas y talleres, después de haber visitado algunas florerías a causa de las denuncias formuladas.

Dice así: “Siguiendo las instrucciones recibidas por Vd. he procedido a inspeccionar la fábrica de flores artificiales que los señores Buett y Niorggi tienen establecida en la calle Charcas 1247. Las condiciones higiénicas en que el trabajo se realiza no pueden ser peores. En una pequeña habitación trabajan ordinariamente de 18 a 20 obreras entre mayores y menores, respirando un ambiente malsano por las emanaciones y pinturas tóxicas empleadas para el colorido de las referidas flores artificiales. No se lleva registro y además trabajan sin autorización seis menores”

Tales son las espinas de las bellas flores que adornan la frente de las novias. Paradojas reales...

TALLERES (1)

Salario, horas de labor; el aprendizaje en los talleres y en las escuelas profesionales

Vestidos y tapados

Ramos	Horas de trabajo	Salarios diarios
Bateras oficiales	9 y 10	1.80, 2.00, y 3.00
Bateras medio oficiales... ..	9 y 10	1.20, 1.50 y 1.80
Polleristas oficiales	9 y 10	2.00, 2.50 y 3.00
Polleristas medio oficiales...	9 y 10	1.20, 1.50 y 1.80
Armadoras	9 y 10	2.00, 2.50 y 3.00
Aprendices (2)	9 y 10	0.40, 0.60, y 1.00

(1) Se consignan los datos referentes a talleres de planchado en una planilla especial.

(2) Se emplean los aprendices en mandatos y pequeños quehaceres.

Se impone que sean creadas más escuelas profesionales de acuerdo con las necesidades de la población; aparte de que se imparte en estas escuelas una enseñanza técnica muy buena, acortar el aprendizaje, que dura en los talleres hasta 6 años a veces.

Con las escuelas profesionales, de donde han de salir mujeres expertas en determinadas industrias, asestaríamos un golpe certero a la plaza de las llamadas academias de corte confección, plaga a la que acompaña, indefectiblemente, la manía del “profesorado” en la materia. Y como si esto fuera poco, que ahí he visto una facultad nacional de corte y confección”..

Pues a la cantidad alarmante de profesora de corte y confección, hemos de agregar el título de “doctora” en la materia... pero así anda la técnica y a la estética también, hasta el punto de que por la forma de vestir de la mayoría de las mujeres de las clases populares podemos deducir los atentados al buen gusto llevados a cabo por las “profesoras” y “doctoras” en corte y confección egresadas de las “aulas” en cuánta costurera anda por ahí sin trabajo de los registros y roperías. Conjuntamente pues con el aumento de las escuelas profesionales -en las que no debe mediar el favoritismo, como hoy, pues emplea a personas con escasa competencia técnica.- reglamentarse la enseñanza pública de labores femeninas, por parte de particulares.



Sombreros

Armadoras y adornadoras. 9 y 10	1.50, 2.00, 2.50, 3.00 y 3.50
Aprendices 9 y 10	0,50, 0.80 y 1.00

Peinados

Peinado... .. . 10 y 11	1.50, 1.80 y 2.00
Postizos 10 y 11	1.50, 1.80 y 2.00

Bordados

Ramos	Horas trabajo	Salarios diarios
Blanco a mano... .. .	8 y 9	2.50
Blanco a máquina... .. .	8 y 9	2.80
Seda a mano	8 y 9	3.00
Seda a máquina... .. .	8 y 9	3.00

Corsetera

Corsets	8 y 9	2.00, 2.50 y 3.00
------------------	-------	-------------------

TALLERES DE PLANCHADO

Ramo	Horas de trabajo	Producción diaria	Salarios	Lucro patronal(1)
Camisas de hombres...	11	Oficialas 22 a 25	Pesos m/m. 2.50 a 2.80	Pesos m/n.
Camisas de hombres...	11	Medio oficiales 15 a 20	1.50 a 1.80	7.20 a 7.50
Camisas de hombres...	11 y 12	A destajo	0.12 c/camisa	4.50 a 5.40
Ropa de señora.....	11	Oficiala	2.20 a 2.50	0.30 c/camina
Ropa de señora.....	11	Medio oficiala Aprendices (2)	1.20 a 1.70	8.00 a 10.00
Lavanderas	11	A destajo	0.40 a 0.50, 0.60 doc. piezas	5.00 a 8.00

(1) Para que se note bien la diferencia entre el salario y la ganancia.

Estas aprendices, generalmente menores de 14 años, son empleadas en la entrega de ropa a domicilio no excluyéndose las casas de dudosa moralidad.

IV

LOS TALLERES RELIGIOSOS

El día de la niña obrera

Para describir la situación de las obreras explotadas por la religión y en nombre de ella, solo nos basta con mencionar un día: “El día de la niña Obrera”.

Es que la mujer obrera tampoco escapa a la piadosa imaginación de las damas ricas. Han creado para ella un día especial de regocijo...

Hermosas damas y elegantes niñas, con una sonrisa estudiada quizás cuántos días antes en el espejo, invocan de las pasantes una “limosna” que ha de aliviar la situación de las obreras explotadas en los talleres de cuanto monasterio existe.

Y a fe que no hacen mal, por cuanto es tan mísero el salario de estas pobres mujeres que trabajan en los talleres -en donde hasta hoy no ha podido penetrar la inspección oficial- que si no tienen algún

“santo” especial que las proteja contra la explotación inicua a que se les somete, contra la jornada excesiva, contra los salarios de hambre, a que las “hermanitas” de tal o cual orden las tienen sujetas en nombre de la religión, ahí están en cambio las damas que, en pago la baratura con que fuera confeccionado el ajuar de alguna niña en víspera matrimoniales, han ideado el día de la niña obrera.

¿Cuántos contrastes entre las mujeres ricas que “inventan” colectas para distraer sus ocios y éstas pobres obreras doblemente explotadas, las que antes que trabajar para sí, en cada minuto que pasa, apuntalan y enriquecen a las congregaciones, que en virtud de la excepción de impuestos y en especial por las causas arriba señaladas, establecen una competencia ruinosa en la industria y en el comercio, competencia y escuda la ambición del patrono de rebajar constantemente el salario de sus obreras!

Ellas, las ricas damas, consumiendo en fiestas y en ociosidad cuanto producen sus “beneficiadas”. ¡Y que no sólo consumen sus salarios sino que estrujan y destruyen la vida de estas pobres obreras!



Sé de una de estas escuelas-talleres en donde para confeccionar el ajuar de la esposa de un alto magistrado del país, se emplearon a muchas mujeres durante un año pues cada una de ellas tenía a su cargo un trozo del bordado que resultó una verdadera filigrana. Y como si esto fuera poco, muchas de estas mujeres quedaron inutilizadas para el trabajo, por cuanto algunas enceguecieron y otras se debilitaron la vista.

Así como hay víctimas indispensables para las cosas trascendentales, ha sido menester que las hubiera para estas entre “piadosa” dama que para engalanarse no ha hesitado en sacrificar a pobres e indefensas mujeres!

¡Gajes de la tan decantada civilización! Me resulta más civilizado un indígena que ésta civilizada dama que ha menester para su embellecimiento del sacrificio de tiernas niñas, de jóvenes mujeres, de madres de numerosas prole!

¡Ah! Pero no olvidemos que esto tiene un atenuante y su absolución: la religión y el confesor...

Y en el día de la niña obrera, aparece cuestando en primera fila la “piadosa” dama a qué me refiero. Si las cosas tuvieran cerebro por lo tanto le fuera dado pensar, y si por casualidad la dama endosara en ese día algunas de las piezas del ajuar, de indignación y de ironía habrían de rajarse las costuras que tantas víctimas requirieron...

(1) Entristecen en realidad las condiciones en que se desarrolla el trabajo a domicilio. Agreguemos en el momento actual la desocupación con su consiguiente merma de salario, o imagínense los que no la conozca, cual ha de ser la situación de tantas pobres familias.... En mi gira de inspección a estos pobres talleres ubicados en la única habitación que sirve de dormitorio, comedor, y todo, he visto miserias espantosas. He visto entera familias en las cuales el jefe hace ya varios meses que no trabaja y la labor de la madre y de la hermana escasea, mermando así las únicas entradas de la casa. Es un conventillo ubicado en la circunscripción denominado de las “catorce provincias” por su extensión, me vi asaltada, se puede decir, al entrar, por una cantidad de niños que imploraban como jamás lo habían hecho, unos centavitos que aliviara la situación de la casa...

Las pobres mujeres creyendo que yo pudiera influir como en alguna manera, en el alivio de su situación, me narraban penas indecibles. El padre buscando trabajo que no encuentra. La madre llorando porque en el registro no había costura para ella... Y me dijeron las buenas mujeres con un gesto de indecible angustia que van viviendo de las hojas que se tiran en los mercados y de papas escaldadas. ¿Para qué seguir? Ya hace tiempo que, como con una cinta triste de cinematógrafo, estas escenas las voy presenciando todos los días. De cien mujeres empleadas en la industria a domicilio, sólo 20 trabajan habiendo mermando el salario en un 50%. Nos encontramos pues, con un 80% de mujeres desocupadas en la industria a domicilio, trabajando el restante 20% en condiciones desventajosas por la irregularidad y por la merma del salario.

En medio de tanta tristeza, confundiendo con los gritos de los pequeños en el patio, una voz escuche en mi interior, honda voz de esperanza que acude a mis oídos con la insistencia de un ritornolo: “Ah los niños, el mar: esta eterna lucha como me enferma! Dame un poquito de paz y una casita blanca”

¿Entenderemos nosotros esta voz de esperanza que el poeta ha puesto en los labios de estos infelices? E de esperarlo.

VII TRABAJO A DOMICILIO (1)

En qué forma se efectúa, jornada de la labor, salarios. Estadísticas propias sobre las costureras, lanceras, aparadoras, confección de ropas de hombre, costurera para la intendencia de guerra y la intendencia de marina.

Hemos hablado hasta ahora de las mujeres empleadas con la en la fábricas y en los talleres, mas ¿no hemos olvidado, acaso, de las costureras, aparadores, etc.?

No es una novedad afirmar que no existe explotación más inocua que la del “sweating sistem” (sistema de hacer sudar) empleado, por todas las grandes y pequeñas tiendas de la metrópoli.

En el estudio que he realizado sobre el trabajo a domicilio, llego a conclusiones como ésta: la mayoría de las tiendas y registro pagan corrientemente por la confesión de cada blusa 20, 25, 30 y 50 centavos.

Difícilmente una hábil operaria podrá hacer con una jornada excesiva y extenuante más de cuatro blusas de las de 0.25 y 0.30, y de las de 0.50 sólo conseguirá hacer tres.

Si descontamos el gasto de hilo, etcétera; interrogante qué ganancia queda a estas pobres obreras cierto interrogante en los cuadros que a continuación expongo se verá en qué forma se remuneran las prendas confeccionadas a domicilio.



Urge reglamentar las condiciones del trabajo a domicilio, fijar un salario mínimo legal.

Esta sería una obra altamente patriótica, humana y civilizadora. Patriótica, por cuánto daría a la nación juventud y vida.

No es posible que esa cantidad de mujeres sometidas a un régimen desesperante se conserve en perfecto estado de salud, y de ahí que triste herencia legan a sus hijos tuberculosis, escrófula, etc.

La nación necesita en cambio, niños sanos, sanos de mente y de espíritu, que le aseguren un porvenir fecundo. Necesitamos una generación de

hombres capaces de llenar de agua cristalina el cántaro vacío de que nos habla Lugones en su "Prometeo".

Y ello lo obtendremos cuando las clases que dirigen los destinos del país se ocupen de esa infinidad de mujeres trabajadoras, cuando se apliquen remedios eficaces a las enfermedades sociales, cuando, en una palabra, los hijos de este pueblo sean más fuertes, más sanos y más buenos.

Preocupémonos de mejorar la suerte de esta falange de mujeres trabajadoras, pues son realmente desventajosas las condiciones en que realizan su labor. Van a continuación datos elocuentes:

COSTURERAS (1)

Ramo	Salario Pesos m/a	Producción diaria	Gastos desgaste máquinas, agujas, hilo, etc. (Pesos)	Jornal medio (Pesos m/a)
Blusas.	0.30, 0.25, 0.30 y 0.50 c/u.	4 de 0.20, 0.25 y 0.30 y 3 de 0.50	0.25 y 0.30	1.10. 1.20 y 1.50
Camisas algodón de hombres	0.40, 0.50 y 0.60 docena	3 y 4 docenas	0.25 y 0.30	1.20, 1.50 y 1.80
Polleras ordinarias	0.20, 0.30, 0.50, 0.70 y 1.00 c/u.	5 y 6 hasta de 0.50, 3 de 0.70 y 2 de 1.00	0.30 y 0.35	1.20, 1.50, 1.80 y 2.00
Polleras mejorar	1.50, 2.00, 2.50 y 3.00	2 de 1.50 11/2 de 2 y 1 de 3	0.40	2.80 y 3.00
Delantales niña	0.30, 0.35 y 0.40 c/u	6	0.20	1.80 y 2.00
Guardapolvos niño	0.40 y 0.50 docena	3 y 4 docenas	0.20	1.80 y 2.00
Guardapolvos hombre	0.40, 0.50 y 0.60	5 de 0.40 y 0.50 4 de 0.60	0.20	2.00 y 2.00
Trajes niños ordinarios	1.00 y 1.20 docena	2 docenas	0.20	1.30 y 1.80
Bombachas niño	1.50, 2.00 aum. 0.10 hasta 2.00 c/u.	1 docena de 1.50 y 2.00 y 1 de 2.00	0.20	1.30 y 1.80
Blusas niño	1.50, 2.00 aum. 0.10 hasta 2.00 c/u.	1 docena de 1.50 y 2.00 y 1 de 3.00	0.20	1.30 y 1.80
Dobladillar sábanas	0.10 docena	10 y 15 docenas	0.20	1.00 y 1.50
Dobladillar pañuelos	0.50 y 0.40	20 docenas	0.10	1.00 y 1.50
Batones ordinarios	0.30, 0.40 y 0.50 c/u.	6 de 0.30 y 0.40 y 4 de 0.50	0.10	1.80 y 2.00
Batones finos	1.00, 2.00 y 2.50 c/u.	1 de 1 ½ de 2.00 y 2.50	0.30	1.70
Vestidos señora	3.00, 4.00, 5.00, 6.00 y 8.00 c/u.	~	0.30	2.00
Vestidos niña	1.00, 2.00 y 3.00 c/u.	1 de, ½ de 2.00 y 2.50	0.50	1.00

(1) Jornada de labor: 15 horas



LENCERAS (1)

Ramo	Salario Pesos m/a	Producción diaria	Gastos desgaste máquinas, agujas, hilo, etc. (Pesos)	Jornal medio (Pesos m/a)
Camisas señora ordinaria	0.40 docena	4 docenas	0.10	1.50
Camisas señora mejores	0.30 y 0.40 c/u.	8 y 10 camisas	0.10	2.50 y 2.80
Camisas señora á mano	1.50 c/u.	1 1/2	0.15	2.10
Corpiños ordinarios	0.20 docena	5 y 6 docenas	0.50	1.00 y 1.20
Corpiños mejores	0.20 c/u	1 docena	0.20	2.20
Corpiños á mano	1.00 c/u	2	0.120	1.90
Combinaciones	1.00 c/u.	1 1/2	0.10	1.40
Combinaciones mejores	2.00 y 2.50 c/u.	1	0.20	1.80 y 2.30
Combinaciones á mano	5.00	1/2	0.20	2.30
Calzones ordinarios	0.40 docena	4 docena	0.10	1.50
Calzones á mano	1.50 c/u.	8 calzones	0.10	2.50
Enaguas ordinarias	0.80 docena	1 ½ calzones	0.15	2.10
Enaguas mejores	1.00 c/u.	1 ½ docena	0.10	1.10
Enaguas á mano	3.00 c/u.	1 ½ enaguas	0.10	1.40
Calzoncillos	0.20, 0.40 y 0.80 docena	½	0.10	1.40
Calzoncillos finos	1.50, 2.00 y 2.50 docena	5 docenas de 0.20 y 0.40 y 3 de 0.80	0.20	1.30, 1.80 y 2.30
Camisones	0.40, 0.50 y 1.00 c/u.	1 docena	0.20	1.80
Camisones á mano	2.00, 2.50 y 3.00	5 de 0.40 y 0.50 y 2 de 1.00	0.20	1.80, 2.30 y 2.80

(1) Jornada de labor: de 12 a 14 horas.

APARADORAS (1)

Ramo	Salario Pesos m/a	Producción diaria	Gastos desgaste máquinas, agujas, hilo, etc. (Pesos)	Jornal medio (Pesos m/a)
Zapatillas "Langostas"	0.20 docena	5 docenas	0.10	0.80 y 0.90
Zapatillas "Uruguayas"	0.50 y 0.70 docena	2 docenas	0.10	0.90 y 1.20
Botines "Crimea"	0.60, 0.70, 0.80, 0.90 y 1.20 docena	2 docenas	0.35	1.00, 1.50 y 1.80
Botines señora ordinarios	0.80, 0.90 y 1.20 docena	1 1/2 docenas	0.20	1.00 y 1.50
Botines señora mejores	1.50 y 2.00 docena	1 docena	0.70	1.10
Botines varón ordinarios	1.00, 1.20 y 1.50 docena	1 ½ de 1.00 y 1 de 1.20 y 4.50	0.40	1.10 y 1.50
Botines hombre ordinarios	1.50, 1.80 y 2.00 docena	1 docena	0.50	1.80 y 2.30
Botines hombres mejores	2.00, 2.50 y 3 docena	1 docena	0.30	1.20
Botitas finas señora	6.50 docena	2 pares	0.40	1.60
Botines hombre clase regular	4.00 docena	1/2 docena		

(1) Jornada de labor: 11 horas

(2) En los gastos van comprendidos ganchos, ovillos y botones: así que la obrera encuentra gravado su salario por materiales que el industrial había de pagar.

CONFECCION DE ROPAS PARA HOMBRE (1)

Ramo	Salario Pesos m/a	Producción diaria	Gastos des- gaste máqui- nas, agujas, hilo, etc. (Pesos)	Jornal medio (Pesos m/a)
Chalecos ordinarios	0.20, 0.40 y 0.50 c/u.	8 de 0.20 y 4 de 0.40 y 0.50	0.25	1.50 y 1.80
Chalecos mejores	0.70, 0.80, 1.00 y 1.20 c/u.	3 de 0.70 y 0.80 y 2 1/2 de 1.00 y 1.20	0.30	2.00 y 2.20
Chalecos de medida	1.80 y 2.00 c/u.	1 1/2	0.35	2.50 y 2.80
Chalecos smoking y frac	2.50 y 3.00 c/u.	1	0.40	2.10 y 2.60
Pantalones ordinarios	0.80, 1.20 y 1.50 docena	2 docenas de 1.00 y 1.20 y 1 1/2 de 1.50	0.10	1.50 y 1.80
Bombachas de campo	1.00, 1.20 y 1.50 docena	2 docenas de 0.80 y 1.10 y 1 1/2 de 1.50	0.10	1.50 y 1.80
Bombachas finas	4.80 docena	1/2 docena	0.20	2.20
Pantalones confección media	0.70, 0.90 y 1.20 c/u.	2	0.30	1.10, y 2.00
Pantalones finos	1.50 y 2.00	1	0.20	1.20 y 1.80
Pantalones de medida	2.50 y 3.00	1	0.20	2.30 y 2.80

(1) Jornada de labor: 11 a 13 horas.

CONFECCION DE ROPAS PARA HOMBRE (1)

Ramo	Salario Pesos m/a	Producción diaria	Gastos des- gaste máqui- nas, agujas, hilo, etc. (Pesos)	Jornal medio (Pesos m/a)
Pantalones ordinarios	0.90, 1.00 y 1.20 c/u.	4 y 5	0.10	3.50 y 4.00
Pantalones de gala	1.50 c/u.	1	0.20	2.80
Capotes	3.50 c/u.	1	0.20	3.30
Chaquetillas gala	3.25 c/u.	1	0.20	3.00
Chaquetillas gala medida	7.50 c/u.	1	0.50	7.00
Blusas conscriptos	1.50 c/u.	2	0.20	2.80
Blusas conscriptos medida	2.50 c/u.	2	0.50	4.50
Calzoncillos	0.15 c/u.	1 doc.	0.05	1.80
Gorras	0.30 c/u.	1 doc.	0.30	3.40

(1) En realidad son estos los salarios más altos que se pagan por el trabajo confeccionado a domicilio; más hay que tener en cuenta que estas obreras se ven obligadas a trabajar "14 y 15 horas diarias," puesto que para obtener nuevo trabajo hay que ser ligera y puntual. El trabajo no es tampoco continuo.

(2) Las obreras empleadas en esta labro han merecido el calificativo de "obreras- máquinas".

INTENDENCIA DE MARINA (2)

Ramo	Salario Pesos m/a	Producción diaria	Gastos des- gaste máqui- nas, agujas, hilo, etc. (Pesos)	Jornal medio (Pesos m/a)
Pantalones de brin	0.90 c/u.	4 y 5	0.10	3.50
Gabanes	2.50 c/u.	3	0.50	7.00
Calzoncillos	0.25 c/u.	1 doc.	0.10	3.00
Cuellos	0.40 c/u.	1 doc.	0.10	4.70
Gorras	0.30 c/u.	1 doc.	0.30	3.40

(3) Jornada de labor: 14 y 15 horas. Rigen para estas obreras iguales condiciones de trabajo que para las obreras de la Intendencia de Guerra.

VIII EMPLEADAS

No se limita la actividad femenina únicamente a la producción industrial. La mujer invadió también las oficinas y las diversas ramas del comercio.

De las mujeres empleadas, las que se hayan, sin duda alguna, en mejores condiciones son las de escritorio por el horario y por la remuneración. Naturalmente, que las empleadas que dependen del Estado están aún en mejores condiciones que éstas: se hallan en iguales condiciones que los empleados: unos y otros se distinguen por... trabajar muy poco o nada... Por algo son recomendadas "especiales" de diputados y caudillos electorales.

De las empleadas merecen capítulo aparte, las vendedoras, para quienes, después de consignar en los cuadros subsiguientes horarios de labor y salario, tendremos un capítulo especial tendiente a demostrar las deficiencias observadas.

TELEFONISTAS

¿Cómo es posible pretender paciencia y buen trato para con el público de esas pobres mujeres condenadas durante 7 horas con apenas 10 minutos

de intervalo a mantener sobre su cabeza el pesado aparato y teniendo constantemente ante sus ojos una danza interminable de números?

El sistema nervioso, más delicado en la mujer, forzosamente ha de resentirse.

Y entre ellas son legión las anémicas, las tuberculosas.

Mientras tanto el número de aparatos aumenta y se recarga aún más la labor de cada una de ellas.

Es inhumano que cada telefonista atienda de 80 a 85 aparatos. Toda la atención, todo el esfuerzo de una telefonista, ha de reconcentrarse en el cerebro. Podemos imaginarnos cuán triste es la situación de ellas al terminar la jornada de trabajo.

Y por toda esta labor extenuante perciben los irrisorios salarios que en el respectivo cuadro consigno

No me ha sido posible obtener las cifras de los dividendos de cada accionista de las dos compañías telefónicas de la capital federal, para que así el contraste fuera más evidente.

EMPLEADAS

Ramo	Categoría	Hora de labor	Salarios mensuales	Intercacs	Observaciones
Vendedoras	Cadetas (1)	9, 10 y 11	20, 25 y 30	1 ½, 2 ½ y 3 %	
Vendedoras	Segundas	9, 10 y 11	30, 35 y 40	1 ½, 2 ½ y 3 %	
Vendedoras	Primarias	9, 10 y 11	50, 60 y 70	1 ½, 2 ½ y 3 %	
Cajeras		7, 8 y 9	60, 70, 80, 90 y 100		
Telefonistas	Primer turno (3)	7	55		5 \$ multa inasistencia sin aviso
Telefonistas	Segundo turno	7 1/2 (4)	65 y 70		5 \$ multa inasistencia sin aviso
Telefonistas	Tercer turno.	8 (5)	80		
Empleadas de correos		8	70, 80 y 100	1.80	
Empleadas de Registro Civil			90 y 100	3.40	
Empleadas de escritorio		8 y 9	80, 100 y 120		

(1) Aprendices.

(2) Se establece con este sistema el trabajo a destajo. Se acaparan toda la venta las vendedoras primarias, quedando para las demás el exceso de venta. Creemos que debieran repartirse los intereses de los distintos departamentos en partes iguales, a las vendedoras.

(3) Intervalo de apenas 10 minutos.

(4) En dos turnos.

(5) A pesar de la ley 5291, que lo prohíbe, trabajan hasta las 10 p.m.

IX VENDEDORAS

Quién la observa detrás del mostrador, ataviadas con el clásico traje negro -librea que las distingue-, con sus complicados peinados que hacen semejar esas cabecitas a Torres de confituras o a pequeñas obras de arte, creería que ellas son, en realidad, las obreras que están en mejores condiciones.

Es que el lujo y la vanidad hace de ellas maniqués que maneja el jefe de la sección correspondiente; y no hay cuidado de que una queja brote de sus labios cuando se las maltrata.

¿Qué piensan en realidad esas cabecitas primorosamente cubiertas de bucles? Unica preocupación, vano empeño, es hacerla la ilusión de que no son obreras.

¿Pero qué son sino, en realidad, obrera? Pueden llamarse, ya que distinguirse quieren, empleadas, si están sometidas también a trabajos manuales? Comienzan a la mañana, al reanudar su labor interrumpida el anterior día, por sacudir, arreglar y bajar mercaderías de los estantes; otras se ocupan en marcar y otras en subir y bajar el repuesto de mercaderías desde el último piso sin que puedan hacer uso del ascensor. Es realmente triste observar que delicados cuerpecitos tengan que bajar y subir con excesivos pesos de mercaderías, pues tampoco a este respecto se observa la ley 5291.

Y no hay cuidado de que haya un ascensor para el uso de empleados.

Presurosas y jadeantes han de bajar y subir las escaleras, azuzadas por los inspectores diseminados en los diversos pisos, y cuándo por exceso de cansancio se retarda alguna de ellas en el camino, ahí está el jefe de la sección para amonestarla con palabras más o menos grosera, pues en las grandes tiendas se pierde toda noción del bien hablar y de ganadería.

Hasta hace unos días era más triste aún la condición de la vendedora: estaba obligada a mantenerse en pie durante 9 o 10 horas de trabajo.

Hoy, gracias, a los trabajos realizados por las mujeres socialistas, el concejo deliberante ha promulgado una ordenanza por la cual es obligatorio establecer asientos para las vendedoras.

Están las vendedoras sometidas a las brutalidades y a las prepotencias de gerentes, inspectores, jefes, subjefes y primeras vendedoras, pues el mayor afán de todos es poder mandar... distinguiéndose en groserías.

En todas las casas se infringe la ley 5291. Faltan los cuartos de vestir, y solo "tres minutos" antes de la salida se les entregan los sombreros, cuando la ley determina "un cuarto de hora antes de la salida para el arreglo de las obreras"

Hay aún una tarea más terrible: los sábados se sacuden las mercaderías que han permanecido en exposición durante la semana. Se eligen para que este trabajo las más nuevas entre las últimas de cada sección (es decir, las que tienen menor estada), y allá en el más alto piso, entre nubes densas de polvo y basura que se levantan en el aire, las mujeres a pesar de la ley 5291, aspiran todo esos microbios.

Están obligadas también a deshacer y hacer vidrieras, a pesar de que las casas anuncian con bombos y platillos tener varios vidrieras cuando en realidad no tienen más que uno.

Luego las vendedoras de la sección confección se encargan de subir y bajar por las escaleras los pesados maniqués. En una de las grandes tiendas, dos vendedoras bajaban uno de estos maniqués; por el exceso de peso que llevaba, cayeron en mal modo, lastimándose ellas y haciéndose pedazos el maniquí. La casa les descuentan de su pobre sueldo \$30 mensuales, hasta tanto completen la suma de 300 pesos, valor adjudicado al maniquí!

De noche están obligadas a poner las enormes cortinas y pasar las cadenas a los mostradores y estantes. Si el arreglo de mercadería no ha terminado aún a las 9 horas del amor estipuladas, es necesario arreglarlas a puertas cerradas. En cambio, los gerentes y jefes tienen buen cuidado de marcharse ahora temprana.



Cuando hay que marcar mercadería, se esperan las horas en que está cerrada la casa, o de lo contrario, a despecho de la ley del descanso dominical, los domingos.

Innumerables veces han terminado esta labor a las 12 pasado meridiano o a la 1 a.m.

Así el único Inspector “ad honorem”, el obrero Enrique Barca, sorprendió en plena labor a las vendedoras de una de las grandes tiendas que, infringiendo la ley del descanso dominical, se ocupaban en marcar mercaderías. La policía comprobó la denuncia: la casa fué multada, pero las vendedoras siguen trabajando algunos domingos.

Es lógico que las casas donde haya numerosos obreros empleados, exista un botiquín para poder prestar los primeros auxilios en caso de accidentes. A excepción de una de las grandes tiendas, las demás no tienen botiquín.

No ha mucho, en una de ellas le dio a una vendedora un ataque de epilepsia. En un patio tendida en el suelo ante la curiosa mirada de empleados y los cuidados inútiles de sus compañeras, estuvo casi media hora. Fué llamada la asistencia pública, ante la insistencia de la vendedora, y al ser transportada a la ambulancia, así como si se tratara de un objeto de mercadería, la bajaron por el montacarga.

Estas y muchas otras injusticias, que no se detallan por no hacer más extenso este informe, se comenten con las vendedoras. Pocas, muy pocas, son las que tienen la valentía de pensar y exigir que se las respete.

Todo este ambiente malo en que pasan la mayor parte del día contribuye a desmoralizarlas. Es realmente horrible oír las conversaciones que sostienen entre ellas. Puede decirse que al ingresar una niña a uno de estos establecimientos, llega a una escuela que degrada y corrompe. Muchas de ellas buscan un suplemento al miserable sueldo en el vicio. Es doloroso, pero es realidad.

Jamás les ha de preocupar la lectura -fuera de los

novelones de Invernizio o Braemé- o algo que contribuya a su elevación moral.

¿Nos vemos con dolor todos los domingos la numerosa procesión de obreras (gran contingente de vendedoras) que se dirigen a los “matinés” dadas por la llamada “Sociedades recreativas”, que es no resultan ser sino antecelas de vicio y de corrupción. ¿No es este el concepto de una moral mal entendida?

Se prohíbe a las mujeres concurrir a una reunión de dignificación, so texto de que hay hombre, y se les permiten cambio ir a esos “matinés” frecuentadas por malos individuos.

Es necesario enseñarlas a ser fuertes en sus derechos y dignas obreras.

No es posible esperar que sean mejores de lo que son, moviéndose un ambiente de miseria moral y física.

Contribuyamos a mejorar ese ambiente, seguros de que ella serán luego buenas y conscientes obreras.

X

RESOLUCIÓN DEL CONGRESO A FAVOR DE LAS MUJERES OBRERAS

CONGRESO FEMENINO INTERNACIONAL REUNIDO EN BUENOS AIRES CELEBRANDO EL CENTENARIO DE LA EMANCIPACIÓN ARGENTINA, LOS DÍAS 18, 19, 20, 21 Y 23 DE MAYO, A INICIATIVA DE LA ASOCIACIÓN “UNIVERSITARIAS ARGENTINAS”)

El congreso femenino internacional hace votos por que se reglamente el trabajo de las obreras en general y el de los niños, en esta forma: 8 horas de trabajo para adultos y 6 para niños hasta la edad de 16 años, con descanso continuo de 36 horas.

El congreso femenino internacional aboga por que se dé asiento a las vendedoras de tiendas empleadas de talleres y fábricas.

El congreso femenino internacional aboga por que se conceda la mujer empleada y Obrera 30 y



40 días de descanso antes y después del parto, con el goce de sueldo completo, como medio de proteger la maternidad.

EL X COONGRESO NACIONAL DEL PARTIDO SOCIALISTA, CELEBRADO EN BUENOS AIRES EN ENERO DE 1912, VOTA POR UNANIMIDAD LA SIGUIENTE NOCIÓN DE LA QUE ESCRIBIRÉ: (1)

Comprobando que las necesidades Siempre crecientes de la vida de familia han arrancado de su verdadero centro -la familia misma- a la mujer, haciendo de ella un importante factor de la producción y de la riqueza:

Que la participación siempre en aumento de la mano de obra femenina en todos los campos de la actividad industrial;

Que la competencia hecha por el bajo salario femenino es la principal causa de la depresión de los salarios masculinos;

Que sin da participación activa en el movimiento de elevación de la clase obrera de este factor importante de la producción industrial, las mujeres trabajadoras, la acción del proletariado masculino se torna más dificultosa y es paralizada por la desorganización de las obreras, el partido socialista reconoce como deber principal:

“La Vanguardia”, 17 de Enero de 1912.

Crónica del X Congreso socialista.

1° Organizar a las mujeres trabajadoras en “sindicatos mixtos” en las industrias que empleen obreros de ambos sexos y en “sindicatos femeninos” donde sólo haya empleadas mujeres;

(1) Se pasa a tratar la proposición núm. 13 del Centro Socialista Obrero, referente a organización gremial y política de las mujeres obreras, que arriba transcribimos.

El miembro del comité ejecutivo, doctor Nicolás Repetto, manifiesta que es esta una de las proposiciones más importantes presentadas y al Congreso, y es lamentable dice, de que se haya perdido el tiempo en tonterías sin utilidad y se deje para las dos de la mañana cosas de tan alto interés. Hace moción, por eso, para que la proposición sea aprobada por aclamación y pasada al nuevo Comité Ejecutivo para que le dedique atención preferente. Y propone, también, un voto do aplauso para el Centro Socialista Obrero que ha presentado la moción.

El delegado del Centro Socialista Obrero se expresa en igual orden de ideas, agregando que la verdadera organización de grupos femeninas se hace no con las declaraciones líricas de las feministas agrupadas en círculos de clase, ni con las manifestaciones bullangueras de las “sufragottes” sino con el criterio práctico y el espíritu de clase de la mujer proletaria. Manifiesta que la proposición fue presentada por la señorita Carolina Muzilli, y expresa que recoge el voto de aplauso en nombre de la agrupación que representa.

2° Promover una encuesta sobre el trabajo a domicilio y reglamentar las condiciones del mismo;

3° Establecer la jornada máxima de 8 horas;

4° Fijar un salario mínimo legal.

Además, iniciará una agitación por medio de conferencias y folletos, dedicados a la mujer obrera, ilustrándola e invitándola a ejercer sus deberes y derechos, contraídos al dar sus energías, su vida, el porvenir de la raza en beneficio del trabajo y de la industria.

XI LA OBRERA MADRE

Mi predilección por esta clase de estudios me permite ver, tal como si fuera en una interminable danza macabra, las miserias a que están sometidas las personas del medio obrero. Y claro está que quienes pagan mayor tributo a esta miseria son las mujeres y los niños doblemente esclavos: esclava aquella de la tiranía del capital y de la prepotencia del varón; esclavo éste también del capital (ogro de inmensas fauces cuyo apetito feroz jamás se satisface) y “propiedad absoluta de los adultos, a cualquier clase social éstos pertenezcan.”

Cómo no explicarnos, pues, la deformación del organismo de las mujeres obreras, sometidas a un régimen de vida, poco menos que imposible, agotadas por una jornada excesiva de trabajo, mal alimentadas, viviendo en habitaciones cuyas dimensiones obligan a la más espantosa promiscuidad imaginable?

Cómo no explicarnos el estallido de todas las predisposiciones morbosas que luego han de constituir el único legado que ella haga a sus hijos, si todo: medio, ambiente y régimen han contribuido a aumentar el caudal de ese legado?



¿Es esta la herencia que soñáramos para los hijos de esta tierra?

Y en verdad que constituye este el “más grave problema nacional” por cuanto la grandeza de un país se cimienta en el mayor grado de bienestar moral y material de sus hijos.

Las necesidades siempre crecientes de la vida de familia, han arrebatado a la mujer de su verdadero centro y la han llevado (conjuntamente con otros factores poderosos) en procura de salario que ayude a subvenir a las necesidades de la familia misma.

Desde la más temprana edad la fábrica el taller hacen presa de ella y ni aun por la más excelsa de sus funciones un puede sustraerse al ambiente mefítico industrial. Ni aun en la época en que debe ser atendida por los más solícitos cuidados, gracias a su conformación biológica especial, les es concedido el reposo.

El trabajo de la mujer constituye un factor especialísimo -vuelvo a repetir- de riqueza nacional. Por consiguiente el Estado está obligado a velar por aquellas que pagan al país un doble tributo: riqueza e hijos.

En mi visita a esas lamentables “casas” que alguien calificara, con justicia, de lacra nacional, y que comunmente denominamos “conventillos”, cuántas escenas de dolor he presenciado!

Mujeres que solo hacía dos días habían dado a luz un ser las encontré lavando en las bateas o moviendo el pedal de la máquina. Mujeres en el estado más álgido de gravidez, faltándoles pocos días, u horas, acaso, para dar a luz, efectuando los más pesados trabajos!

La industria a domicilio da un 80 % de mujeres anémicas y un 5) % de mujeres artríticas y reumáticas.

Están capacitadas estas mujeres para ejercer en buenas condiciones su más alta función: a maternidad?

Una consecuencia lógica de esto es lo ocurrido en el último llamamiento a la conscripción y que la prensa en general -exceptuando a uno o dos diarios-

por un mal entendido patriotismo ha callado. Pocos diarios dieron la voz de alarma y el cuerpo médico militar, en su mayoría, también ha callado.

Me refiero a la cantidad alarmante de jóvenes conscriptos rechazados por inútiles e incapacitados, por consiguiente, para el servicio militar.

Conste que me refiero no a los de las clases privilegiadas que se exceptúan siempre “por inútiles”, sino a los conscriptos de la clase trabajadora, al contingente que da a la nación el mayor número de soldados. También he de hacer notar que cito esto como un dato puramente científico y que en mi deseo ferviente por la eliminación de los ejércitos no entra para nada esta selección “al revés” tan poco reconfortante...

Estos jóvenes fueron rechazados porque no llenaban los requisitos de capacidad física que la ley militar marca como *mínimum*.

¿No deriva esta invalidez física de un cúmulo de circunstancias malas que comienzan durante la gestación del individuo, continúan con el nacimiento y le acompañan durante su desarrollo?

La mala alimentación, el exceso de trabajo, la falta de comodidades y de higiene en la vivienda, conducen fatalmente a la degeneración de la raza.

Para tener hijos sanos y fuertes menester que las madres estén en buenas condiciones de salud. Nunca con más justicia la célebre frase de nuestro grande Alberdi: “Gobernar es poblar”, podría aplicarse.

No olvidemos lo que dijera el insigne tucumano: “El hombre es como la estatua de bronce, toma los caracteres del molde en que se funde a la mujer”.

Si en nuestro país existieran estadísticas sobre las condiciones en que se hallan las personas del medio obrero, es decir clasificándolos según el trabajo a que se dedican, atendiendo a la alimentación, a la vivienda, al método de vida en general, habríamos de llegar -estoy segura- a conclusiones bastantes tristes.



No es posible obtener un porcentaje elevado de hombres sanos de cuerpo y espíritu “si el molde en que se fundieron” es inferior. Obtendremos un promedio de superioridad en este sentido cuando hayan mejorado las condiciones de vida y de trabajo de esa infinidad de mujeres cuya contribución a la patria es doble.

Recordemos que mientras las mujeres de las clases altas dan un término medio de, poco menos, que un hijo cada una -que la mayor parte de las veces no crían- las obreras dan un término medio de cinco hijos cada una.

Para colocar a estas obreras en buenas condiciones para la maternidad, es necesario tomar una serie de medidas tendientes a mejorar sus condiciones de vida y de trabajo.

Ante todo, con el objeto de evitar el ‘surmenage’, que tanto mal hace a la estirpe, se impone establecer la jornada máxima de ocho horas y reglamentar el trabajo a domicilio.

Debe prohibirse terminantemente el trabajo de las mujeres en las industrias en que peligre la maternidad, obligándoselas a un descenso completo de 30 días antes y 40 días después del parto. Distinguidos obstétricos confirman la necesidad imperiosa de una seria reglamentación.

Voy a referirme solo a los datos de un distinguido facultativo, compatriota nuestro, por cuanto en el capítulo siguiente nos referimos a datos estadísticos obtenidos en otros países.

El doctor Giménez examinó “475 mujeres que habían permanecido en la Maternidad “más de cuatro semanas” y observó que el peso de cada niño era en término medio de “3.353” gramos. Luego examinó a otras “475 mujeres” que habían permanecido “menos de un mes” en la Maternidad y comprobó que el peso de los niños era en término medio “de 3.186” gramos.

Hay entre unos y otros niños una diferencia “de 167 gramos en favor de aquellos cuyas madres habían descansado más de un mes”.

CUADRO DEMOSTRATIVO DE LA EFICACIA DEL REPOSO EN LA MUJER EMBARAZADA

	Edad media	Peso de los niños	Diferencia	Por ciento
	Gms.		Gms.	Gms.
Primiparas				
391 mujeres que han trabajado de pie hasta el parto	20. 67	2.931	+	
144 obreras tejedoras que han trabajado como las anteriores	20. 53	2.988	57	+ 1.90
54 costureras de la maternidad de Tourcoing	21. 58	3.030	99	+ 3.36
219 mujeres que han trabajado sentadas hasta el parto	24. 54	3.097	166	+ 5.33
22 mecánicas que han trabajado sentadas hasta el parto	24. 59	2.950	19	+ 0.74
298 mujeres que han descansado de 2 á 3 meses antes del parto	22. 58	3.291	360	+10.94
199 mujeres que han descansado más de 3 meses antes del parto	22. 70	3.255	324	+ 9.95
Multiparas				
633 mujeres que han trabajado de pie hasta el parto	28. 83	3.110		
80 obreras tejedoras que han trabajado como las anteriores	25. 34	3.114	-2	-0.6
70 costureras de la Maternidad de Tourcoing	27. 32	3.323	207	+0.22
388 mujeres que han trab. Sentadas hasta el parto	29.67	3.303	187	+6.09
55 mecánicas que han trab. Sentadas hasta el parto	29.67	3.201	85	+2.65
301 mujeres que han descansado de 2 á 3 meses antes del parto	27.43	3.457	341	+9.86
244 mujeres que han descansado más de 3 meses antes del parto	26. 90	3.457	341	+9.86

XII
LAS SALAS-CUNAS ANEXAS A FÁBRICAS Y
TALLERES

Hablemos ahora brevemente de las salas-cuna, porque ¿cómo no dedicar nuestra atención a aquellos niños a quienes el taller y la fábrica quita bruscamente lo que la naturaleza les da?

La madre obrera forzosamente ha de dejar a su hijo lactante al cuidado de otras personas: de ahí que siendo en la infancia la de la alimentación la principal función fisiológica y no pudiendo amamantar con lo que “es insustituible: la leche de la madre”, a los niños obreros la estadística arroja un porcentaje alarmante de fallecimientos infantiles, porcentaje cuya curva se eleva a medida que se eleva el índice del trabajo femenino en fábricas talleres.

Si hoy no podemos devolver a la mujer a su hogar, por lo menos cuando se debe a él -por que el industrialismo la absorbe prefiriéndola a los operarios por sus buenas y sus malas condiciones -¿por qué no reparar en lo posible este trabajo?

¿Por qué no instalar las salas-cuna, donde la madre obrera pueda dejar a su hijo y vaya a amamantarlo cada dos horas?

El diputado Palacios al presentar su proyecto de ley en 1905, sobre el trabajo de las mujeres y los niños, incluyó el establecimiento de las salas-cuna. Pero ya vemos que suerte le cupo entonces...

Hay antecedentes honrosos pidiendo el establecimiento de las salas cuna.

¿Quién no recuerda cuanto trabajó al respecto Gabriela L. de Coni?

¿Quién no recuerda -porque los diarios se han hecho eco- le la petición de casi mil obreras a los diputados Justo y Palacios?

Estas obreras regalaron a los diputados nombrados un álbum, lleno de firmas, en el que entre otras solicitudes se consignaba el establecimiento de las salas-cuna anexas a las fábricas y talleres.

La talentosa profesora Raquel Camaña, que tan alto mantuviera el prestigio argentino en congresos científicos europeos, en su conferencia sobre “Educación sexual”, se pronunció de acuerdo con la salas-cuna.

No es menester detenernos mayormente este asunto por cuanto está en el ánimo de todos que siendo inferiores las condiciones en que desarrollan su labor las mujeres obreras, cuanto se haga por mejorar la suerte de ellas no será más que acto de justicia.

Elevemos a la mujer obrera, empleada da maestra, en nombre de lo más santo: la maternidad, que perpetúa, como una llama siempre viva, el calor y las palpitations de la vida!

XIII
MEJORA QUE SE DESEA OBTENER

Jornada máxima de labor: 8 horas.
Reglamentación del trabajo a domicilio.
Salario mínimo.

Establecimiento de salas-cunas anexas a fábricas y talleres.

Legislar en favor de las mujeres embarazadas en esta forma: las mujeres empleadas y obreras quedan obligadas a un descanso completo de 30 días antes y 40 días después del parto, durante los cuales tendrán derecho a percibir su jornal diario.

Necesidad de que, dadas las condiciones fisiológicas de la mujer, se concedan a las obreras tres días de inasistencia al trabajo por mes con goce de sueldo, sin obligación de justificar la inasistencia.

Higienización de fábricas talleres. Obligación de que se establezcan botiquines en las fábricas, talleres y oficinas.

Creación de nuevas escuelas profesionales.
Fomento de las asociaciones femeninas a base múltiple.



Fomentar en las obreras la cultura e instrucción: cursos de puericultura, higiene, profilaxis de las enfermedades, etc.

Necesidad de combatir las llamadas “matinés”, bailes dados los domingos de tarde por individuos de malos antecedentes y a los cuales concurren gran número de obreras. Sería conveniente oponer a estos bailes, antesala de vicio y corrupción, reuniones como las ideadas por el autor de “Louise”, Charpentier: pequeños Conciertos en diversos puntos de la ciudad, absolutamente gratuitos, intercalando en los intervalos conferencias sobre distintos tópicos de sano recreo mental.

BIBLIOGRAFÍA

- Longa, Francisco Tomás. (2017). Los itinerarios de Catalina Allen y Carolina Muzilli: Cuestión de género y referencias de clase, en la prensa argentina (1890 - 1920). *Andes*, 28(1), 00. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1668-80902017000100003&lng=es&tlng=es.
- Martí Boscà, J. V. (2008): CAROLINA MUZILLI, 1889-1917. *Rev. salud ambient.*, 8(1), 52-53.
- Rey, A. L. (2012). Tempranos reclamos de una ley que tardó en llegar: A propósito del texto de Carolina Muzilli “El divorcio”. *Mora*, 18(2), 00. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2012000200007&lng=es&tlng=es.



Gabriela Mistral: maestra y juglar de la maternidad

Gabriela Mistral: teacher and minstrel of motherhood

RESUMEN

Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga es el verdadero nombre de Gabriela Mistral, nombre con que se conoce a la célebre chilena, quien fuera la quinta mujer en recibir el Nobel en literatura. Como Lucila Godoi y Alcayaga firmaba sus primeras obras. Hasta donde se sabe, utilizó por primera vez y públicamente su nombre artístico en el poema *Del pasado* que apareciera en el diario *El Coquimbo* en 1908. Su gran labor como maestra y poeta la llevó a ser la figura diplomática de varios países americanos. Para esta número de la revista EAC, se han seleccionado *La instrucción de la mujer*, que salió a la luz el jueves 8 de marzo de 1906, faltando casi un mes para cumplir los 17 años de edad. Indica ya su madurez con respeto a los asunto sociales y la fragilidad social de la mujer. Sigue a este documento, una misiva en la que la poetisa increpa a Abel Madac, crítico de la época a quien le incomodaba su estilo literario, lo caracteriza de “amargo pesimismo”, y a ella de “cerebro desequilibrado (...) por el exceso pensar”. Ella lo considera mediocre. Después aparece la *Introducción a estas “Lecturas para mujeres”*. *Lecturas para mujeres* es el título de una compilación que realizó en México con diversos autores que creí toda mujer debía conocer. De esta obra, además del prólogo, se seleccionaron varios de sus poemas, cuya temática gira en torno a la figura femenina. Cierran este acopio, tres poemas tomados de *Tala*, una de sus obras más importantes, la dedica a los niños españoles que padecieron la guerra civil.

Palabras clave: Gabriela Mistral, *La instrucción de la mujer*, Abel Madac, *Lecturas para mujeres*, *Tala*.

ABSTRACT

Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga is the real name of Gabriela Mistral, the name by which the famous Chilean, who was the fifth woman to receive the Nobel Prize in literature, is known. She signed her first works as Lucila Godoi y Alcayaga. As far as it is known, she used her artistic name for the first time and publicly in the poem *Del pasado* that appeared in the newspaper *El Coquimbo* in 1908. Her great work as a teacher and poet led her to be the diplomatic figure of several American countries. For this issue of the EAC magazine, we have selected *La instrucción de la mujer*, which was published on Thursday, March 8, 1906, almost a month short of her 17th birthday. It already indicates her maturity with respect to social issues and the social fragility of women. This document is followed by a letter in which the poet criticizes Abel Madac, a critic of the time who was bothered by her literary style, characterizing him as “bitter pessimism”, and her as “unbalanced brain (...) by overthinking”. She considers him mediocre. Then appears the Introduction to these “*Lecturas para mujeres*” (*Readings for women*). *Lecturas para mujeres* is the title of a compilation she made in Mexico with various authors that I thought every woman should know. From this work, in addition to the prologue, several of her poems were selected, whose themes revolve around the female figure. This collection closes with three poems taken from *Tala*, one of her most important works, which she dedicates to the Spanish children who suffered during the civil war.

Keywords: Gabriela Mistral, *La instrucción de la mujer*, Abel Madac, *Lecturas para mujeres*, *Tala*.



La instrucción de la mujer

Retrocedamos en la historia de la humanidad buscando la silueta de la mujer, en las diferentes edades de la Tierra. La encontraremos más humillada i mas envilecida miéntras mas nos internemos en la antigüedad. Su engrandecimiento lleva la misma marcha de la civilización; miéntras la luz del progreso irradia mas poderosa sobre nuestro globo, ella, agobiada, va irguiéndose mas i mas.

I, es que a medida que la luz se hace en las inteligencias, se va comprendiendo su misión i su valor y hoi ya no es la esclava de ayer sino la compañera igual. Para su humillación primitiva, ha conquistado ya lo bastante, pero aun le queda mucho de explorar para entonar un canto de victoria.

Si en la vida social ocupa un puesto que le corresponde, no es lo mismo en la intelectual aunque muchos se empeñen en asegurar que ya ha obtenido bastante; su figura en ella, si no es nula, es sí demasiado pálida.

Se ha dicho que la mujer no necesita sino una mediana instrucción; i es que aún hai quienes ven en ella al ser capaz solo de gobernar el hogar.

La instrucción suya, es una obra magna que lleva en sí la reforma completa de todo un sexo. Porque la mujer instruida deja de ser esa fanática ridícula que no atrae a ella sino la burla; porque deja de ser esa esposa monótona que para mantener el amor conyugal no cuenta más que con su belleza física i acaba por llenar de fastidio esa vida en que la contemplacion acaba. Porque la mujer instruida deja de ser ese ser desvalido que, débil para luchar con la Miseria, acaba por venderse miserablemente si sus fuerzas físicas no le permiten ese trabajo.

Instruir a la mujer es hacerla digna i levantarla. Abrirle un campo más basto de porvenir, es arrancar a la degradación muchas de sus víctimas. Es preciso que la mujer deje de ser mendiga de protección; i pueda vivir sin que tenga que sacrificar su felicidad con uno de los repugnantes matrimonios modernos; o su virtud con la venta indigna de su honra.

Porque casi siempre la degradación de la mujer se debe a su desvalimiento.

¿Por qué esa idea torpe de ciertos padres, de apartar de las manos de sus hijos las obras científicas con el pretexto de que cambie su lectura los sentimientos religiosos del corazón?

¿Que religión mas digna que la que tiene el sabio?

¿Que Dios mas inmenso que aquel ante el cual se postra el astrónomo despues de haber escudriñado los abismos de la altura?

Yo pondria al alcance de la juventud toda la lectura de esos grandes soles de la ciencia, para que se abismara en el estudio de esa Naturaleza de cuyo Creador debe formarse una idea. Yo le mostraria el cielo del astrónomo, no el del teólogo; le haria conocer ese espacio poblado de mundos, no poblado de centellos; le mostraria todos los secretos de esas alturas. I, despues que hubiera conocido todas las obras; i despues que supiera lo que es la Tierra en el espacio, que formara su relijion de lo que le dictara su inteligencia, su razón i su alma. Porqué asegurar que la mujer no necesita sino una instrucción elemental?

En todas las edades del mundo en que la mujer ha sido la bestia de los bárbaros i la esclava de los civilizados, ¡cuánta inteligencia perdida en la oscuridad de su sexo!, ¡cuántos jenios no habrán vivido en la esclavitud vil, inesplotados, ¡ignorados! Instrúyase a la mujer; no hay nada en ella que le haga ser colocada en un lugar más bajo que el del hombre.

Que lleve una dignidad mas al corazón por la vida: la dignidad de la ilustración.

Que algo mas que la virtud le haga acreedora al respeto, a la admiración i al amor.

Tendréis en el bello sexo instruido, ménos miserables, ménos fanáticas i ménos mujeres nulas.

Que con todo su poder, la ciencia que el Sol, irradie en su cerebro.

Que la ilustración le haga conocer la vileza de la mujer vendida, la mujer depravada. I le fortalezca para las luchas de la vida.

Que pueda llegar a valerse por sí sola i deje de ser aquella creatura que agoniza y miseria si el padre, el esposo o el hijo no le amparan.



¡Mas porvenir para la mujer, mas ayuda!

Búsquesele todos los medios para que pueda vivir sin mendigar la protección.

I habran asi menos degradadas. I habrá así menos sombra en esa mitad de la humanidad. I mas dignidad en el hogar. La instrucción hace noble los espíritus bajos i les inculca sentimientos grandes. Hágasele amar la ciencia más que a las joyas i las sedas. Que consagre a ella los mejores años de su vida. Que los libros científicos se coloquen en sus manos como se coloca el Manual de Piedad.

I se alzaré con toda su altivez i su majestad, ella que se ha arrastrado desvalida i humillada. Que la gloria resplandezca en su frente i vibre su nombre en el mundo intelectual. I no sea al lado del hombre ilustrado ese ser ignorante a quien fastidian las crónicas científicas i no comprende el encanto i la alteza que tiene esa diosa para las almas grandes.

Que sea la Estela que sueña en su obra Fammarion; compartiendo con el astrónomo la soledad excelsa de su vida; la Estela que no llora la pérdida de sus diamantes ni vive infeliz lejos de la adulación que forma el vicio deplorable de la mujer elegante. Honor a los representantes del pueblo que en sus programas de trabajo por él incluya la instrucción de la mujer; a ellos que se proponen luchar por su engrandecimiento, ¡éxito i victoria!

CARTA ABIERTA A ABEL MADAC

Vicuña, jueves 21 de diciembre de 1905
Me he impuesto de su "Carta Abierta

Por la audacia, la altivez, la actitud con que la critica, le creía un escritor en toda la estension de la palabra; ¡quien al conocer su prosa, al recorrer esas elucubraciones que no revelan ni dotes, ni talento artístico, va a creer que aquel prosista mediocrísimo es el que tan acremente refuta!

Ud. se dá a conocer como antiguo periodista, pero su actitud tomada para herirme, para ofenderme

de una manera tan ruda como lo ha hecho, no demuestra la ilustracion de todo un periodista. El hombre ilustrado no lucha por hacer sucumbir el alma que empieza a vivir esa existencia toda desencantos i amarguras -la del artista;- no vierte en ella la primera gota de hiel, no taladra sus sueños, sus ideales: le dice ¡espera! le dice ¡adelante!

El autor de "Evocacion" no debe, no puede criticar a nadie, debe si, hacerse maestro de si mismo, ejercer la caridad en su propia persona.

Abel Madac, es un desconocido, un oscuro en el campo intelectual, i por lo tanto, acojo su crítica con el desprecio mas grande. Solo un superior enseña, i Ud. está mui léjos de poder hacerlo señor crítico; el puesto que ocupa en la Literatura Coquimbana, es demasiado bajo.

El desequilibrio de cerebro, i la vanidad que me refuta, son suyos, un cerebro equilibrado i sin fatuidad, no dicta esas frases que le ridiculizan ante un público sensato: "Tengo en plena conciencia pues, mi educacion esmerada" etc.

La delicadeza de mi sexo, mi dignidad personal, me impiden entrar en una polémica con Ud. Que tan rudamente ofende i no sabe respetar ni a la mujer ni a la escritora.

Puede Ud. Ocupar su tiempo en dirijirme cartas las que guste, pero ya lo sabe, no tendrá contestación ninguna mia; pues, se lo repito: no encuentro en Ud. al artista superior que pueda guiarme o corregirme, ni siquiera al escritor mediocre.

Su crítica no me hiere ni siquiera me desalienta, i, me verá Ud. Continuar impávida la ruta que comienzo, sonriendo ante las convulsiones i los silbidos de los reptiles miserables de la enuidia. Critique Ud. i enseñe cuando haya logrado llamar la atención en algo siquiera con sus producciones literarias; entonces su crítica tendrá gran valor, hoi solo tiene el del literario que la hace.

Jamas he pensado en entablar con Ud. una polémica; Ud. incapaz de luchar con el espíritu fuerte de los de su sexo, quizás soñaba con un triunfo obtenido sobre una mujer.

Ud. Puede idear muchos medios de zaherirme, para cortar mis alas, pero todo es vano yo no le contestaré, ni siquiera le haré el honor de recorrer sus cartas.

No quiero luchar con nada que se encubra, porque todo lo que hiere i se oculta es miserable i vil. El seudónimo puede revelar humildad en el escritor, en el crítico solo revela cobardía.

Con que puede Ud. guardar sus aprestos hechos para la polémica que no me honra bajo ningún aspecto.

LUCILA GODOI Y ALCAYAGA.
La compañía, Dbre. 20 de 1905

INTRODUCCIÓN A ESTAS “LECTURAS PARA MUJERES”

I. Palabras de la extranjera.-Recibí hace meses de la Secretaría, de Educación de México el encargo de recopilar un libro de Lecturas Escolares. Comprendí que un texto corresponde hacerlo a. los maestros nacionales y no a una extranjera, ye recopilado esta obra sólo para la escuela mexicana que lleva mi nombre. Me siento dentro de ella con pequeños derechos, y tengo, además, el deber de dejarle un recuerdo tangible de mis clases.

He hecho, no un texto escolar propiamente dicho,- un libro graduado para cierta sección: se trata, primero, de un colegio casi industrial en el que la enseñanza del idioma es sólo un detalle, y luego, la heterogeneidad de las edades de las alumnas quince a treinta años sugiere la heterogeneidad de los trozos. Por otra parte, mis alumnas no cursarán humanidades en otro establecimiento quedarán, pues sin conocer las páginas hermosas de nuestra literatura Bueno es darles en esta obra una mínima parte de la cultura artística que no recibirán completa y que una mujer debe poseer. Es muy femenino el amor de la gracia cultivado a través de la literatura.

Mi pequeño trabajo no pretende competir con los textos nacionales, por cierto: tiene los defectos lógicos de la labor hecha por un viajero. He procurado

compenetrarme de la sensibilidad y pensamiento mexicanos; no he podido conseguirlo en unos cuantos meses, naturalmente. Un libro de esta índole es, a mi juicio, labor de tres años, y necesita mucha tranquilidad de espíritu y un profundo conocimiento del ambiente. Es este el ensayo de un trabajo que realizaré algún día, en mi país, destinado a las mujeres de América. Las siento mi familia espiritual: escribo para ellas, tal vez sin preparación, pero con mucho amor.

II. Lecturas femeninas.- He observado en varios países que un mismo Libro de Lectura se destina a hombres y mujeres en la enseñanza primaria y en la industrial. Es extraño: son muy diferentes los asuntos que interesan a niños y niñas. Siempre se sacrifica en la elección de trozos la parte destinada a la mujer, y así, ella no encuentra en su texto los motivos que deben formar a la madre. Y sea profesionista, obrera, campesina o simple dama, su única razón de ser sobre el mundo es la maternidad, la material y la espiritual juntas, o la última en las mujeres que no tenemos hijos.

Mi libro no tiene de original sino está sección Hogar, para la que he espigado en unas cuantas obras todas aquellas páginas que exaltan la maternidad o el amor filial y que hacen sentir, hecho nobleza, el ambiente de a casa. Desearía que se realizara en mi raza lo que lama en un noble verso Eduardo Marquina: “elevar lo doméstico a dominio”. Y también a belleza; debemos ennoblecer con ésta todas las cosas que queremos hacer amadas.

Tal vez en parte no pequeña hayan contribuido los Libros de Lectura sin índole femenina, a esa especie de empañamiento del espíritu de familia que se va observando en las nuevas generaciones. La participación, cada día más intensa, de las mujeres en las profesiones liberales y en las industriales trae una ventaja: su independencia económica, un bien indiscutible; pero trae también cierto desasimiento del hogar, y, sobre todo, una pérdida lenta del sentido de la maternidad.

En la mujer antigua este sentido fué más hondo y más vivo, y por ello los mejores tipos de mi sexo yo



los hallo en el pasado. Me parecen más austeros que los de hoy, más leales a las fines verdaderos de la vida; creo que no deben pasar. Para mí son los eternos.

El descenso, imperceptible pero efectivo, que se realiza desde ellos hasta nosotros me parece un triste trueque de firmes diamantes por piedrecitas pintadas, de virtudes máximas por éxitos mundanos; diría más: una traición a la raza, a la socavamos en sus cimientos. Puede haber alguna exageración en mi juicio; pero los que saben mirar a los intereses eternos por sobre la maraña de los inmediatos verán que hay algo de esto en la “mujer nueva”.

Siendo lo que anoto una de mis inquietudes espirituales más vivas por la juventud femenina de mi América, me ha sido alegría el que la escuela que lleva mi nombre sea una Escuela-Hogar. Ha sido también faena gozosa reunirle estas LECTURAS, en las cuales la primera sección, hecha con más cariño que ninguna, está destinada a robustecer ese espíritu de familia, ennoblecedor de la vida entera y que ha vuelto grandes a los pueblos mejores de la Tierra: al inglés, por ejemplo.

No son muy numerosos los capítulos de esta índole que ofrece la literatura. Ella ha sido generosa para la mujer en el aspecto que llamaríamos galante, y extrañamente mezquina para la madre y aun para el niño. Y si pasamos de la literatura general a la española, la pobreza se hace miseria.

Yo desearía que, en arte como en todo, pudiésemos bastarnos con materiales propios: nos sustentásemos, como quien dice, con sangre de nuestras mismas venas. Pero la indigencia, que nos hace vestirnos con telas extranjeras, nos hace también nutrirnos espiritualmente con el sentimiento de las obras de arte extrañas. Así, yo he debido acudir a buenas o medianas traducciones de autores extranjeros para poder completar la sección mencionada. Vendrán días de mayor nobleza en que iremos cubiertos de lo magnífico, que a la vez sea lo propio, así en las ropas como en el alma.

Ya es tiempo de iniciar entre nosotros la formación de una literatura femenina, seria. A las excelentes maestras que empieza a tener nuestra

América corresponde ir creando la literatura del hogar, no aquella de sensiblería y de belleza inferior que algunos tienen por tal, sino una literatura con sentido humano, profundo. La han hecho hasta hoy, aunque parezca absurdo, sólo los hombres: un Ruskin, en Inglaterra; un Tagore, en la India; para no citar más. (Anotemos, en descargo de las mujeres, dos nobles nombres: el de Ada Negri, en Italia, y el de Selma Lagerloff, en Suecia.)

La llamada literatura educativa que suele circular entre nosotros lo es solamente como intención. No educa nunca lo inferior. Necesitamos páginas de arte verdadero en las que, como en la pintura holandesa de interiores, lo cotidiano se levante hasta un plano de belleza.

III. Motivos humanos.- Pero en un libro de Lecturas para mujeres no todo debía ser comentarios caseros y canciones de cuna. Se cae también en error cuando, por especializar la educación de la joven, se la empequeñece, eliminando de ella los grandes asuntos humanos, aquellos que le tocan tanto como al hombre: la justicia social, el trabajo, la naturaleza.

He visto casos de deformaciones por esta limitación. A la mujer antigua, hay que reconocerlo, le faltó cierta riqueza espiritual por causa del unilateralismo de sus ideales, que solo fueron domésticos. Conocía y sentía menos que la mujer de hoy el Universo, y de las artes elegía solo las menudas; pasó superficialmente sobre las verdaderas: la música, la pintura, la literatura. Todo el campo de su sensibilidad fue el amor, y no hay que olvidar que es la sensibilidad algo más que un atributo que hace a las actrices y a las literatas: la fuente de donde manan a caridad encendida y los más anchos resplandores del espíritu. Guardémonos bien, pues, en esto y en otras cosas, de especializar empobreciendo y restando profundidad a la vida.

Por estas consideraciones he puesto en mis LECTURAS esa sección copiosa de Motivos espirituales.

IV. Sección México y América española. -Domina todavía en algunos textos escolares de lenguaje el criterio de tratar los asuntos geográficos, históricos o de ciencias naturales en erudito; se entresaca este



material de los manuales de esa índole. Me parece una invasión que hace el lenguaje en las otras asignaturas y un utilitarismo que deforma el manual de lengua materna.

Es lógico buscar trozos de historia por ser ésta el ramo educador por excelencia, y buscar la descripción geográfica; pero con criterio de belleza. La producción histórica de México y de mi país es muy rica; mas la mayoría de sus páginas no son adecuadas a la índole de una obra para la enseñanza del lenguaje.

Según este concepto, yo he preferido a las firmas ilustres de González Obregón y de Toribio Medina las de los divulgadores amenos de nuestra historia, como Rodó, Montalvo y Martí. Son escasas las páginas de esta índole en la literatura nuestra; las tienen los norteamericanos en Irving y en muchos otros; Francia, en Lamartine y Michelet; entre nosotros, los investigadores de la Historia son más que los comentaristas amenos y ágiles.

Quiero decir lo que pienso sobre a formación del amor patrio en la mujer. Algo he observado en mis años de enseñanza escolar. Para mí, la forma del patriotismo femenino es la maternidad perfecta. La educación más patriótica que se da a la mujer es, por lo tanto, la que acentúa el sentido de la familia.

El patriotismo femenino es más sentimental que intelectual, y está formado, antes que de las descripciones de batallas y los relatos heroicos, de las costumbres que la mujer crea y dirige en cierta forma; de la emoción del paisaje nativo, cuya visión, afable o recia, ha ido cuajando en su alma la suavidad o la fortaleza.

Según este concepto, en la sección México del presente libro dominan las descripciones de ambientes y de panorama. No se ha olvidado. sin embargo, la biografía heroica.

Van en esta serie algunas prosas mías, no por el vanidoso deseo de arrebatarse el comentario al escritor mexicano. Son trozos descriptivos, unos, en los cuales he querido dejar a las alumnas de mi escuela

las emociones que me ha dado su paisaje y, otros, el elogio de sus gentes, que hecho por un extranjero no dicen sino su ternura admirativa.

El número de trozos de índole mexicana es equiparable al que contienen los textos de lecturas nacionales. Al seleccionar el material correspondiente a nuestra América me he encontrada con una pobreza semejante a aquella a que aludí sobre temas de hogar. El poeta y el prosista descriptivos en los cuales se encuentre derramado en verdad y en belleza nuestro paisaje americano, son muy pocos. Hay dos grandes nombres que se repiten aquí página tras página por esta razón: el magnífico Chocano y el sutil Lugones.

Otra forma de patriotismo que nos falta cultivar es esta de ir pintando con filial ternura, sierra a sierra y río a río la tierra de milagro sobre la cual caminamos.

Nuestra poesía descriptiva es así siempre bélica y grandilocuente: nuestra prosa descriptiva no es siempre artística. Vendrán también los poetas que, como Paul Fort, digan desde los barrios humildes de nuestras ciudades hasta el color radioso de nuestros frutos. Hoy por hoy, sólo en Chocano ha sido alabada la América con su piña y su maíz, sus maderas y sus metales. En él está el trópico, listado como el tigre, de colores espléndidos, y su ojo es el que mejor ha recogido nuestro paisaje heroico.

He procurado que el libro, en general, lleve muchas firmas hispanoamericanas. No están todas las valiosas, sin embargo, porque no se trata de una Antología. La índole hispanoamericanista de mis LECTURAS no es cosa sugerida a última hora por el hecho de servir a un gobierno de estos países. Hace muchos años que la sombra de Bolívar ha alcanzado mi corazón con su doctrina. Ridiculizada ésta, deformada por el sarcasmo en muchas partes, no siendo todavía conciencia nacional en ningún país nuestro, yo la amo así, como anhelo de unos pocos y desdén u olvido de los otros.

V. Índole de las lecturas.- Tres cualidades he buscado en los trozos elegidos: primero, intención moral y a veces social; segundo, belleza; tercero, amenidad. En aquellos que son fragmentos se procuró que tuvieran cierta síntesis del asunto.



Sin intención moral, con las lecturas escolares los maestros formamos sólo retóricos y dilettantis; creamos socios para las academias los ateneos, pero no formamos lo que nuestra América necesita con una urgencia que a veces llega a parecerme trágica: generaciones con sentido moral, ciudadanos y mujeres puros y vigorosos e individuos en los cuales la cultura se haga militante al vivificarse con la acción: se vuelva servicio.

Respecto de lo segundo, la belleza de los trozos, pienso que revela desprecio hacia las jóvenes la calidad inferior en la lectura que suele ofrecérseles. Se estima que basta con darles doctrina, aunque ésta lleve un ropaje tan lamentable que le cree el desamor.

Caemos así en ciertos extremos de utilitarismo a que han llegado algunos manuales sajones, llenos de espesas arengas para la acción y de narraciones que, de sencillas, pasan a simples. Olvidamos al primer maestro de nuestra América, al noble José Enrique Rodó, que nos pedía apacentar “con la gracia” las almas que son eso: “la gracia”. Tendencias prácticas empiezan a dirigir la enseñanza en nuestro Continente. Estoy con ellas en todo lo que tienen de salvadora sensatez para nuestra vida económica. Mas suelen exagerarse esas tendencias en forma dañina; van hacia un torpe desprecio de los altos valores espirituales de la escuela. El maestro verdadero tendrá siempre algo de artista; no podemos aceptar esa especie de “jefe de faena” o de capataz de hacienda en que algunos quieren convertir al conductor de los espíritus.

En cuanto a lo tercero, a la amenidad, creo que ya hay demasiado hastío en la pedagogía seca, fría y muerta que es la nuestra.

Tal vez esa falta de alegría que todos advierten en nuestra raza venga en parte de la escuela-madrastra que hemos tenido muchos años. El niño llega con gozo a nuestras manos; pero las lecciones sin espíritu y sin frescura que casi siempre recibe van empañándole ese gozo y volviéndole el joven o la muchacha fatigados, llenos de un desamor hacia el estudio, que viene a ser lógico. Hacemos de éste lo que algunos hacen de la libertad: una Gorgona en vez de un dios afable.

Hombres sin agilidad de espíritu, sin

imaginación para colorear un relato y sin esa alegría que se hace en el individuo por la riqueza y la armonía de las facultades, han sido generalmente nuestros maestros.

Muchos trozos de índole moral he encontrado en mis lecturas que no he querido aprovechar para este libro, a pesar de la firma ilustre. La enseñanza no era dada con amenidad, con esa fluidez feliz con que enseña Tagore, ni con esa ternura traspasada de encanto que tiene la prosa de Carlos Luis Phillippe. La odiosa sequedad de muchos moralistas defrauda su deseo de mejorar el mundo... La juventud, esa agua viva, no puede amar al que tiene, sobre la lengua viva, la palabra muerta.

VI. Gratitud.- Ha sido para la pequeña maestra chilena una honra servir por un tiempo a un gobierno extranjero que se ha hecho respetable en el Continente por una labor constructiva de educación tan enorme que sólo tiene paralelo digno en la del gran Sarmiento. No doy a las comisiones oficiales valor sino por la mano que las otorga, y he trabajado con complacencia bajo el Ministerio de un Secretario de Estado cuya capacidad, por extraña excepción en los hábitos políticos de nuestra América, está a la altura de su elevado rango, sobre todo, de un hombre al cual las juventudes de nuestros países empiezan a señalar como al pensador de la raza que ha sido capaz de una acción cívica tan valiosa como su pensamiento filosófico. Será en mí siempre un sereno orgullo haber recibido de la mano del licenciado señor Vasconcelos el don de una Escuela en México y la ocasión de escribir para las mujeres de mi sangre en el único período de descanso que ha tenido mi vida.

Recopiladora.

México, 31 de Julio de 1923.

Dos elogios de la Madre

I

Recuerdo de la madre ausente.

Madre: En el fondo de tu vientre se hicieron en silencio mis ojos, mi boca, mis manos. Con tu sangre más rica me re gabas como el agua a las papillas del jacinto, escondidas bajo la tierra. Mis sentidos son tuyos, y con éste como préstamo de tu carne ando por el mundo. Alabada seas por todo el esplendor de la tierra que entra en m se enreda a mi Corazón.



Madre: Yo he crecido, como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas. Ellas llevan todavía la forma de mi cuerpo otro hijo no te la ha borrado. Tanto te habituaste a mecirme, que cuando yo corría por los caminos quedabas allí, en el corredor de la casa, como triste de no sentir mi peso.

No hay ritmo más suave, entre los cien ritmos derramados por el primer músico, que ese de tu mecedura, madre, y las cosas placidas que hay en mi alma se cuajaron con ese vaivén de tus brazos y tus rodillas.

Y a la par que mecías me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras juguetonas, pretextos para tus mimos.

En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia, ¡tan extraña!, en que la habían puesto a existir.

Y así, yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombradora de las criaturas que no aprendiera de ti. Las maestras sólo usaron después de los nombres hermosos que tú ya habías entregado.

Tú ibas acercándome, madre, las cosas inocentes que podía coger sin herirme; una hierbabuena del huerto, una piedrecita de color; y yo palpaba en ellas la amistad de las criaturas. Tú, a veces, me comprobabas, y otras me hacías, los juguetes: una muñeca de ojos muy grandes como los míos, la casita que se desbarataba a poca costa... Pero los juguetes muertos yo no los amaba, tú te acuerdas: el más lindo era para mí tu propio cuerpo.

Yo jugaba con tus cabellos como con hilillos de agua escurridizos, con tu barbilla redonda, con tus dedos, que trenzaba y destrenzaba. Tu rostro inclinado era para tu hija todo espectáculo del mundo. Con curiosidad miraba tu parpadear rápido y el juego de la luz que se hacía dentro de tus ojos verdes; ¡y aquello tan extraño que solía pasar sobre tu cara cuando eras

desgraciada, madre!

Sí, todito mi mundo era tu semblante; tus mejillas, como la loma color de miel, y los surcos que la pena cavaba hacia los extremos de la boca, dos pequeños vallecitos tiernos. Aprendí las formas mirando tu cabeza: el temblor de las hierbecitas en tus pestañas y el tallo de las plantas en tu cuello, que, al doblarse hacia mí, hacía un pliegue lleno de intimidad. Y cuando ya supe caminar de la mano tuya, apegadita cual un pliegue vivo de tu falda, salí a conocer nuestro valle.

Los padres están demasiado llenos de afanes para que puedan llevarnos de la mano por un camino o subirnos las cuestras.

Somos más hijos tuyos; seguimos ceñidos contigo, como la almendra está ceñida en su vainita cerrada. Y cielo más amado por nosotros no es aquel de las estrellas límpidas y frías, sino el otro de los ojos vuestros, tan próximo, que se puede besar sobre su llanto.

El padre anda en la locura heroica de la vida y no sabemos lo que es su día. Sólo vemos que por las tardes vuelve y suele dejar en la mesa una parvita de frutos, y vemos que os entrega a vosotras para el ropero familiar los lienzos y las franelas con que nos vestís. Pero la que monda las frutos para la boca del niño os exprime en la siesta calurosa eres tú, madre. Y la que corta la franela y el lienzo en piecitas, y las vuelve un traje amoroso que se pega bien a los costados friolentos del niño, eres tú, madre pobre, ¡la ternísima!

Ya el niño sabe andar, y también junta palabritas como vidrios de colores. Entonces tú le pones una oración leve en medio de la lengua, y allí se nos queda hasta el último día. Esta oración es tan sencilla como a espadaña del lirio. Con ella, ¡tan breve!, pedimos cuanto se necesita para vivir con suavidad y transparencia sobre el mundo: se pide pan cotidiano, se dice que los hombres son hermanos nuestros y se alaba la voluntad vigorosa del Señor.

Y de este modo, la que nos mostró la tierra como un lienzo extendido, lleno de formas y colores,



nos hace conocer también al Dios escondido.

Yo era una niña triste, madre, una niña huraña como son los grillos oscuros en el día, como es el lagarto verde, bebedor del sol. Y tú sufrías de que tu niña no jugara como las otras, y solías decir que tenía fiebre cuando en la viña de la casa la encontrabas conversando con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño embelesado.

Ahora está hablando así también contigo, que no le contestas; y si tú la vieses le pondrías la mano en la frente, diciendo como entonces: “-Hija, tú tienes fiebre”.

Todos los que vienen después de ti, madre, enseñan sobre lo que tu enseñaste y dice con muchas palabras cosas que tu decías con poquitas; cansan nuestros oídos y nos empañan el gozo de oír contar. Se aprendían las cosas con más levedad estando tu niñita bien acomodada sobre tu pecho. Tu ponías la enseñanza sobre esa como cera dorada del cariño; no hablabas por obligación, y así no te apresurabas, sino por necesidad de derramarte hacia tu hijita. Y nunca le pediste que estuviese quieta y tiesa en una banca dura, escuchándote. Mientras te oía, jugaba con la vuelta de tu blusa o con el botón de concha de perla de tu manga. Y este es el único aprender deleitoso que yo he conocido, madre.

Después, yo he sido una joven, y después una mujer. He caminado sola, sin el arrimo de tu cuerpo y sé que eso que llaman la libertad es una cosa sin belleza. He visto mi sombra caer, fea y triste, sobre los campos sin la tuya, chiquitita, al lado. He hablado también sin necesitar de tu ayuda. Y yo hubiera querido que, como antes, en cada frase mía estuvieran tus palabras ayudadoras para que lo que iba diciendo fuese como una guirnalda de las dos.

Ahora yo te hablo con los ojos cerrados, olvidándome de donde estoy, para no saber que estoy

tan lejos; con los ojos apretados, para no mirar que hay un mar tan ancho entre tu pecho y mi semblante. Te converso cual si estuviera tocando tus vestidos; tengo las manos un poco entreabiertas y creo que la tuya está cogida.

Ya te lo dije: llevo el préstamo de tu carne, hablo con los labios que me hiciste y miro con tus ojos las tierras extrañas.

Tú ves por ellos también las frutas del trópico -la piña grávida y exhalante y la naranja de luz- Tú gozas con mis pupilas el contorno de estas otras montañas, ¡tan distintas de la montaña desollada bajo la cual tú-me criaste! Tú escuchas por mis oídos el habla de estas gentes, que tienen el acento más dulce que el nuestro, y las comprendes y las amas; y también te laceras en mí cuando la nostalgia en algún momento es como una quemadura y se me quedan los ojos abiertos y sin ver sobre el paisaje mexicano.

Gracias en este día y en todos los días por la capacidad que me diste de recoger la belleza de la tierra, como un agua que se recoge con los labios, también por la riqueza de dolor que puedo llevar en la hondura e mi corazón, sin morir.

Para creer que me oyes he bajado los párpados y arrojado de mí la mañana, pesando que a esta hora tú tienes la tarde sobre ti. Y para decirte lo demás, que se quiebra en las palabras, voy quedándome en silencio...

POEMAS DE LA MADRE

Sabiduría

Ahora sé para qué he recibido veinte veranos la luz sobre mí y me ha sido dado que cortara las flores por los campos. ¿Por qué, me decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cálido y de la hierba fresca?

Como al racimo azulado, me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Este que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, era mi vino y mi miel.



Para éste yo recé, por traspasar del nombre de Dios mi barro con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó, como una brasa, la belleza. Recoja de mi carne su ardor inextinguible.

LA DULZURA

Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón desde que va en mí el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas. Así los demás miren y comprendan el por qué de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan las codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente. Creo ahora que árboles y cosas tienen hijos dormidos sobre los que velan inclinados.

EL DOLOR ETERNO

Palidezco si él sufre dentro de mí; dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de éste y a quien no veo.

Pero no creáis que únicamente me traspasará y estará trezado en mis entrañas mientras lo guarde. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos de mí, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta. ¡Por siempre mi llanto y mi sonrisa comienzan en tu rostro, hijo mío!

IMAGEN DE LA TIERRA

No había visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos, con sus criaturas (seres y frutos) en los anchos brazos.

Voy conociendo el sentido materna de todo. La montaña que me mira también es madre y por las tardes la neblina juega como un niño en sus hombros

y sus rodillas...

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente, que las breñas hacían todavía invisible. Ya soy como la quebrada; siento cantar en mi hondura este pequeño arroyo, y le he dado mi carne por breña hasta que suba hacia la luz.

Silueta de la india mexicana.

La india mexicana tiene una silueta llena de gracia. Muchas veces es bella, pero de otra belleza que aquella que se ha hecho costumbre en nuestros ojos. Su carne, sin el sonrosado de las conchas, tiene la quemadura de la espiga bien lamida de sol. El ojo es de una dulzura ardiente; la mejilla de fino dibujo; la frente, mediana como ha de ser la frente femenina; los labios, ni inexpresivamente delgados ni espesos; el acento, dulce Y con dejo de pesadumbre, como si tuviese siempre una gota ancha de llanto en la hondura de la garganta. Rara vez es gruesa la india; delgada y ágil, va con el cántaro a la cabeza o contra el costado, o con el niño, pequeño como el cántaro, a la espalda como en su compañero, hay en el cuerpo de ella lo acendrado del órgano en una loma.

La línea sencilla y bíblica se la da el rebozo. Angosto, no le abulta el talle con gruesos pliegues, y baja como un agua tranquila por la espalda y las rodillas. Una desflecadura de agua le hace también a los extremos el fleco muy bello: por alarde de hermosura, es muy largo y está exquisitamente entretejido.

Casi siempre lo lleva de color azul y jaspeado de blanco: es como el más lindo huevecillo pintado que yo he visto. Otras veces está vetado con pequeñas rayas de color vivo.

La ciñe bien; se parece esa ceñidura a la que hace en torno del tallo grueso del plátano, la hoja nueva y grande, antes de desplegarse. Lo lleva puesto a veces desde la cabeza. No es la mantilla coqueta de muchos picos, que prende una mariposa oscura sobre los cabellos rubios de la mujer; ni es el mantón floreado, que se parece al tapiz espléndido de la tierra tropical. El rebozo se apega sobriamente a la cabeza. Con él, la india ata sin dolor, lleva blandamente su hijo



a la espalda. Es la mujer antigua, no emancipada del hijo. Su rebozo lo envuelve, como lo envolvió, dentro de su vientre un tejido delgado y fuerte, hecho con su sangre. Lo lleva mercado del domingo. Mientras ella vocea, el niño juega con los frutos o las baratijas brillantes. Hace con él a cuestras, las jornadas más largas: quiere llevar siempre su carga dichosa. Ella no ha aprendido a liberarse todavía...

La falda es generalmente oscura. Sólo en algunas regiones, en la tierra caliente, tiene la coloración jubilosa de la jícara. Se derrama entonces la falda cuando la levanta para caminar, en un abanico cegador...

Hay dos siluetas femeninas que son formas de corolas: la silueta ancha, hecha por la falda de grandes pliegues y la blusa abullonada: es la forma de a rosa abierta a otra se hace con la falda recta y a blusa simple: es la forma del jazmín, en que domina el peciolo largo. La india casi siempre tiene esta silueta afinada.

Camina y camina, de la sierra de Puebla o de la huerta de Uruápan, hacia las ciudades; va con los pies desnudos, unos pies pequeños que no se han deformada con las marchas. (Para el azteca, el pie grande era signo de raza bárbara).

Camina, cubierta bajo la lluvia, y en el día despejado con las trenzas lozanas y oscuras en la luz, atadas en lo alto. A veces se hace, con lanas de color, un glorioso penacho de guacamaya.

Se detiene en medio del campo, y yo la miro. No es el ánfora; sus caderas son finas: es el vaso, un dorado vaso de Guadalajara, con la mejilla bien lamida por la llama del horno -por su sol mexicano-.

A su lado suele caminar el indio; la sombra del sombrero inmenso cae sobre el hombro de la mujer, y la blancura de su traje es un relámpago sobre el campo. Van silenciosos, por el paisaje lleno de recogimiento; cruzan de tarde en tarde una palabra, de la que recibo la dulzura, sin comprender el sentido.

Habrían sido una raza gozosa; los puso Dios como primera pareja humana en un jardín. Pero

cuatrocientos años esclavos les han desteñido la misma gloria de su sol y de sus frutas; les han hecho dura la arcilla de sus caminos, que es suave, sin embargo, como pulpas derramadas...

Y esa mujer que no han alabado los poetas, con su silueta asiática, ha de ser semejante a la Ruth moabita, que tan bien labraba y que tenía atezado el rostro de las mil siestas sobre la parva.

A la mujer mexicana

Mujer mexicana: amamanta al niño en cuya carne y en cuyo espíritu se probará nuestra raza.

Tu sangre bien coloreada de soles, es rica; la delicadeza de tus líneas tiene concentrada la energía y engaña con su fragilidad. Tu fuiste hecha para dar los vencedores más intrépidos que necesita tu pueblo en su tremenda hora de peligro: organizadores, obreros y campesinos.

Tú estás sentada sencillamente en el corredor de tu casa, y esa quietud y ese silencio parecen languidez; pero en verdad hay más potencia en tus rodillas tranquilas que en un ejército que pasa, porque tal vez estás meciendo al héroe de tu pueblo.

Cuando te cuenten, madre mexicana, de otras mujeres que sacuden la carga de la maternidad, que tus ojos ardan, por que para ti todavía la maternidad es el profundo orgullo.

Cuando te digan, excitándote, de madres que no sufren como tú el desvelo junto a la cuna y no dan la vaciatura de su sangre en la leche amamantadora, oye con desprecio la invitación. Tú no has de renunciar a las mil noches de angustia junto a tu niño con fiebre, ni has de permitir que la boca de tu hijo beba la leche de un pecho mercenario. Tú amamantas y meces. Para buscar tus grandes modelos no volverás tus ojos hacia las mujeres locas del siglo, que danzan y se agitan en plazas y salones y apenas conocen a hijo que llevaron clavado en sus entrañas. Volverás los ojos a los modelos antiguos y eternos: las madres hebreas y las madres romanas.

Da alegría a tu hijo, que la alegría se le hará rojez en la sangre y templadura en los músculos. Canta con él las canciones dulcísimas de tu país; juega a su lado en



la arena de los jardines y en el agua temblorosa de tu baño llévale por el campo bajo la luz maravillosa de tu meseta.

Te han dicho que tu pureza es una virtud religiosa. También es una virtud cívica: tu vientre sustenta a la raza; las muchedumbres ciudadanas nacen de tu seno calladamente, con el eterno fluir de los manantiales de tu patria. El héroe es como un fruto rojo, y tú la rama que lo sostuvo.

Hermosa y fuerte la tierra en que te toco nacer, madre mexicana: tiene los frutos más perfectos del mundo y cuaja el algodón de copo más suave y deleitoso. Pero tú eres la aliada de la tierra, la que debe entregar los brazos que colecten los frutos y las manos que escarden los algodones. Tú eres la colaboradora de la tierra y por eso ella te baña de gracia en la luz de cada mañana.

Madre mexicana: reclama para tu hijo, vigorosamente, lo que la existencia debe a los seres que nacen sin que pidieran nacer. Por él tienes derecho a las grandes solicitudes. Pide para él la escuela soleada y limpia; pide los alegres parques; pide las fiestas de las imágenes, en el libro y en el cinema educador; exige colaborar en las leyes, pero cuando se trate de las cosas que os manchan u os empequeñecen la vida, puedes pedir leyes que limpien de vergüenza al hijo ilegítimo y le hacen nacer paria y vivir paria en medio de los otros hijos, y leyes que reglamenten vuestro trabajo y el de los niños, que se agotan en la faena brutal de las fábricas.

Para esto podréis ser vehementes sin dejar de ser austeras; vuestra palabra no será grotesta; hasta tendrá santidad.

Te oirán, tarde o temprano, madre mexicana; volverá a ti la mirada los hombres justos, que todavía son muchos porque tu majestad quiebra, vencidas, a todas las demás magestades, y el verso de Walt Whitman se recuerda cuando se te ve cruzar ¡"Yo os digo que no hay nada más grande que la madre de los hombres"!

Yo te amo, madre mexicana, hermana de la mía, que bordas exquisitamente y tejes la estera color de miel; que pintas la jícara coloreada y que cruzas el campo vestida de azul, como la mujer de la Biblia, para llevar el sustento del hijo o del esposo que riegan los maizales.

Nuestra raza se probará en tus hijos: en ellos hemos de salvarnos o de perecer. Dios les fijó la dura suerte de que la marejada del Norte rompa sobre su pecho. Por eso, cuando tus hijos luchan o cantan, los rostros del Sur se vuelven hacia acá, llenos de esperanza y de inquietud a la par.

Mujer mexicana: en tus rodillas se mece la raza entera, y no hay destino más grande y más tremenda que el tuyo en esta hora.

La extranjera

A Francis de Miomandre

-“Habla con dejo de sus mares bárbaros,
con no sé qué algas y no sé qué arenas;
reza oración a dios sin bulto y peso,
envejecida como si muriera.

En huerto nuestro que nos hizo extraño,
ha puesto cactus y zarpadas hierbas.

Alienta del resuello del desierto
y ha amado con pasión de que blanquea,
que nunca cuenta y que si nos contase
sería como el mapa de otra estrella.

Vivirá entre nosotros ochenta años,
pero siempre será como si llega,
hablando lengua que jadea y gime
y que le entienden sólo bestezuelas.

Y va a morir en medio de nosotros,
en una noche en la que más padezca,
con sólo su destino por almohada,
de una muerte callada y extranjera”.

Todas íbamos a ser reinas

Todas íbamos a ser reinas,
de cuatro reinos sobre el mar:

Rosalía con Efigenia
y Lucila con Soledad.

En el valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,



que como ofrendas o tributos
arden en rojo y azafrán.
Lo decíamos embriagadas,
y lo tuvimos por verdad,
que seríamos todas reinas
y llegaríamos al mar.

Con las trenzas de los siete años,
y batas claras de percal,
persiguiendo tordos huidos
en la sombra del higueral.

De los cuatro reinos, decíamos,
indudables como el Korán,
que por grandes y por cabales
alcanzarían hasta el mar.

Todas íbamos a ser reinas,
y de verídico reinar;

pero ninguna ha sido reina
ni en Arauco ni en Copán...

Rosalía besó marino
ya desposado con el mar,
y al besador, en las Guaitecas,
se lo comió la tempestad.

Soledad crió siete hermanos
y su sangre dejó en su pan,
y sus ojos quedaron negros
de no haber visto nunca el mar.
En las viñas de Montegrande,
con su puro seno candeal,
mece los hijos de otras reinas
y los suyos nunca-jamás.

Efigenia cruzó extranjero
en las rutas, y sin hablar,
le siguió, sin saberle nombre,
porque el hombre parece el mar.

Y Lucila, que hablaba a río,
a montaña y cañaveral,
en las lunas de la locura
recibió reino de verdad.

En las nubes contó diez hijos
y en los salares su reinar,
en los ríos ha visto esposos
y su manto en la tempestad.

Pero en el Valle de Elqui, donde
son cien montañas o son más, cantan las otras que
vinieron
y las que vienen cantarán:

-«En la tierra seremos reinas,
y de verídico reinar,
y siendo grandes nuestros reinos,
llegaremos todas al mar».

Ausencia

Se va de ti mi cuerpo gota a gota.
Se va mi cara en un óleo sordo;
se van mis manos en azogue suelto;
se van mis pies en dos tiempos de polvo.

¡Se te va todo, se nos va todo!
Se va mi voz que te hacía campana
cerrada a cuanto no somos nosotros.
Se van mis gestos que se devanaban
en lanzaderas, debajo tus ojos.
Y se te va la mirada que entrega, cuando te mira,
el enebro y el olmo.

Me voy de ti con tus mismos alientos:
como humedad de tu cuerpo y evaporación.
Me voy de ti con vigilia y con sueño,
y en tu recuerdo más fiel ya me borro.
Y en tu memoria me vuelvo como esos
que no nacieron en llanos ni en sotos.

Sangre sería y me fuese en las palmas
de tu labor, y en tu boca de mosto.
Tu entraña fuese, y sería quemada
en marchas tuyas que nunca más oigo,
¡y en tu pasión que retumba en la noche
como demencia de mares solos!

¡Se nos va todo, se nos va todo!



BIBLIOGRAFÍA

- Concha, J. (2015). *Gabriela Mistral*. Júcar.
- De Luis Arrigoitia de, L. (1989). *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral*. Universidad de Puerto Rico.
- Mistral, G. y Ocampo, V. (2007). *Esta América nuestra: correspondencia 1926-1956*. El cuenco de plata.
- Mistral, G. (1973). *Desolación, Ternura, Tala, Lagar*. Fundación Carlos Slim. <https://cdn.pruebat.org/recursos/recursos/libros/pdf/Desolacion-Ternura-Tala-Lagar-Mistral.pdf>
- Mistral, G. (1923). *Lecturas para Mujeres*. Secretaría de Educación de México.



